

LOS PRIVILEGIAD OS DEL AZAR

CARLOS ALBERTO FELIPE
MARTELL

INTRODUCCIÓN: LA ESTADÍSTICA

La Estadística es una ciencia que estudia los fenómenos o experimentos aleatorios, o sea, aquellos en los que no podemos prever el resultado final al repetirlos en análogas condiciones.

La Estadística se entromete en cualquier disciplina donde exista incertidumbre. Por eso, me atrevo a afirmar que la Estadística es Poesía: tanto una como otra intentan “medir” esa incertidumbre.

Carlos Alberto Felipe Martell

1. FENÓMENOS CASUALES

29 de febrero de 2000. Montpellier. Francia.

Al arrancar su automóvil, Laure dejaba atrás una dura jornada laboral en el CHU (Centre Hospitalier Universitaire), donde trabajaba como enfermera titulada. Aunque su hora de salida habitual era a las veintiuna horas, la llegada en los últimos minutos de un par de accidentados le había hecho tomar la voluntaria decisión de quedarse un poco más, para echar una mano a sus compañeros que se incorporaban al turno de noche. Su dedicación era tan intensa que, extenuada, tenía la costumbre de regresar siempre a casa oyendo música en el radiocasete de su Citroen Saxo a un volumen más elevado de lo socialmente aceptable. Era su particular manera de descargar tensiones.

En aquellos instantes, mientras abandonaba la Avenue du Doyen Gaston, escuchaba la canción “L’oiseau et l’enfant”, de Marie Myriam, que había ganado el prestigioso (por aquel entonces)

Festival de la Canción de Eurovisión de 1977. El final de la canción coincidió exactamente con el instante en que paró el motor de su vehículo en el interior de su plaza de garaje.

—Esta casualidad solo puede ocurrir una vez cada cuatro años —murmuró—; igual que este día.

Al entrar en casa, vio encendida la luz de la habitación de su compañera de piso. Eran alrededor de las veintidós horas.

— ¡Bonsoir, Salka!

Se quitó el abrigo forrado, que tanto la protegía en invierno; no es que hiciera mucho frío en la ciudad, pero Laure era una de esas personas con una sensación térmica que le generaba inestabilidad. Echó un rápido vistazo a la cocina, pensando en prepararse una sencilla ensalada a base de tomates, escarola, pimiento, zanahoria y espinacas.

— ¡Salka!

Con un movimiento enérgico, Laure lanzó (con el propio pie) su zueco izquierdo hacia una esquina del recibidor donde tenía siempre colocada una papelerera, que hacía las veces de canasta. Era una costumbre pueril que había adquirido cuando empezó a trabajar en el CHU. Al principio, recogía los zapatos después del intento y los guardaba en una zapatera, pero, con el tiempo, había decidido que ambos zuecos durmieran en la propia papelerera.

— ¡Deux points! —El calzado izquierdo entró directamente por el aro—. ¡Salka!

El intento con el zueco derecho fue fallido. Tras “tocar tablero”, rebotó en el borde de la papelerera y cayó al suelo.

— ¡Salka!

Pero Salka no contestó. Con una extraña sensación de incertidumbre e incomodidad, Laure se acercó a la habitación. Al llegar a la puerta y observar el interior, tuvo la mayor impresión de congelación corporal de su vida. A pesar de su profesión, Laure no estaba preparada para aceptar la crueldad del azar al cebarse con sus seres queridos. — ¡Salka! —logró susurrar.

La norteafricana, natural de Mauritania, una de los únicos 29 inmigrantes llegados en pateras a Canarias en

1995 desde Marruecos (de lo cual se enorgullecía), se había quitado la vida a la edad de 29 años. ¡Tres veces el número 29! A Laure se le ocurrió que ese año no tenía que haber sido bisiesto. Si no hubiera existido el 29 de febrero, tal vez Salka estaría viva.

Un bote de somníferos vacío testificaba en silencio el paso del dolor al descanso eterno. La presión había podido con su debilitado sistema emocional. La visita de Mauro había rajado en canal las pocas esperanzas que le quedaban de redención. ¡El hijo de puta de Mauro!

PRIMERA PARTE

ESTADÍSTICA DESCRIPTIVA

2. FENÓMENOS CAUSALES Y FENÓMENOS ALEATORIOS

Septiembre de 2010.

Universidad de La Laguna, Tenerife. Islas Canarias.

—Para comprender mejor la Ciencia Estadística, hay que partir del hecho de que existen dos tipos de fenómenos: los fenómenos causales, experimentos en los cuales se puede conocer de antemano el resultado final, siempre que los repitamos en condiciones análogas; y los fenómenos aleatorios o de azar. Estos últimos son el objeto de estudio de nuestra asignatura.

Con estas palabras, Isidro León, Profesor Titular de la asignatura “Estadística para la Economía y la Empresa”, trataba de ganarse la atención de su alumnado en el tercer día del nuevo curso que ahora empezaba.

—En los experimentos aleatorios no podemos prever el resultado final antes de su realización, pues pueden dar lugar a diferentes resultados posibles. Tal es el caso del lanzamiento de un dado o una moneda.

Inconscientemente, el profesor miró su reloj y calculó que aún le quedaba más de la mitad de la clase. Él no solía mostrar cansancio ni ansiedad por terminar una sesión, pero estaba claro que, ante el arranque de un nuevo año académico, aún no se había desprendido del pijama de la pereza veraniega. O tal vez, pensó, el peso de los años que pasaban le restaba vitalidad y entrega ante los estudiantes. Inmediatamente rechazó esa posibilidad, porque no creía que, a sus treinta y siete años, sus capacidades estuviesen mermando.

Hizo un rápido barrido visual del aula y leyó algo de aburrimiento en aquellas caras que lo agujoneaban. Entonces decidió reaccionar con un ataque directo a sus centros cerebrales de atención.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó, señalando y dirigiéndose a una muchacha despistada de pelo largo, que estaba sentada en la bancada lateral izquierda, en segunda fila.

Isidro fumigaba de esta manera la atmósfera, con una tensión tan espesa que obligaba a ser respirada por todos los ocupantes del aula. Por todos menos por él, gracias a su transparente mascarilla de supervisor.

—Irene —contestó la joven, sorprendida y con una quebrada voz que delataba su estado de nervios ante la contundente e inesperada pregunta.

Isidro sabía que, en aquel instante (y por lo menos durante algunos minutos), la atención del colectivo estaba en sus manos; el alumnado estaba a su merced, pues, ahora, cualquiera temía que aquel profesor de reacciones imprevisibles pudiera hacerle preguntas, incluso más complicadas que aquella hecha a Irene, y habría que poner los cinco sentidos para no fallar ni tartamudear la respuesta.

—Bien, Irene. Voy a pulsar este interruptor. ¿Qué tipo de fenómeno se daría en esta situación? ¿Causal o aleatorio? —En los días previos de clase, las alumnas y alumnos más observadores habrían notado que Isidro encendía la luz de la pizarra nada más subir a la tarima. No solía apagarla al marcharse, porque normalmente había otra clase después de la suya.

—Yo diría que se trata de un experimento causal, porque de antemano sé que, cuando usted pulse el botón, se apagará la luz de la pizarra —contestó Irene, más aliviada que orgullosa por su respuesta.

— ¿Alguien más se atreve a opinar? —La reacción a esta pregunta era para Isidro un experimento causal, porque sabía de antemano que la mayoría agacharía la cabeza, como efectivamente ocurrió.

—Pues yo digo que se trata de un experimento aleatorio —tronó una voz desde la mitad posterior del aula.

— ¿Quién lo dice? —preguntó Isidro, tratando de ubicar con gestos de desorientación la procedencia de la voz.

—Me llamo Agustín —dijo un joven, levantando la mano. Llevaba una camiseta estampada que a Isidro le pareció que publicitaba el “Heavy Metal”, pero no podía estar seguro, porque su agudeza visual a media distancia dejaba mucho que desear. El poblado cabello castaño del muchacho hacía recordar la moda de los Beatles, que de nuevo estaba imperando. Isidro pensaba que, curiosamente, todo en la vida se basa en ciclos; todo vuelve a circular cuando haya dado una vuelta completa. Y las modas no iban a ser una excepción.

—Veamos, Agustín, ¿en qué basas tu respuesta?

—Pues verá, “profe”, lo más probable es que la luz de la pizarra se apague; pero ¿qué ocurriría si se produce algún cortocircuito o algún cruce de cables que lo impida?

— ¡Tú sí que tienes los cables cruzados! —gritó el gracioso de turno, semiescondido entre un montón de cabezas.

—Lo que quiero decir —prosiguió Agustín— es que existe una posibilidad, aunque remota, de que la luz no se apague. —La agudeza del muchacho era admirable, pero ninguno de ellos sabía que la pregunta tenía trampa.

Durante varios segundos, la clase se enzarzó en una absurda (aunque terapéutica) discusión sobre las posibilidades de que la luz pudiera quedar encendida tras pulsar el interruptor.

— ¿Quién tiene razón, “profe”? ¿Irene o Agustín?

— escuchó Isidro.

— Los dos y ninguno.

— ¿Cómo puede ser eso?

Entonces, el profesor pulsó el interruptor y, ante la estupefacción de todos, la luz no se apagó.

— Agustín tenía razón en que la luz pudiera quedar encendida. Pero no tiene razón en que el experimento sea aleatorio. Irene tiene razón en que es un experimento causal. Pero no tiene razón al decir que la luz se apagaría. Esto es una caja eléctrica con dos interruptores. Es lógico que vosotros no os hayáis fijado; tal vez, ni siquiera lo veáis desde vuestros asientos. El interruptor que señalé y dije que pulsaría es el de la ventilación. Luego, para mí, es un experimento causal, porque de antemano sé que la luz no se va a apagar como consecuencia de accionarlo.

— ¿Qué quiere decir con “para mí”? —preguntó el astuto Agustín.

— Pues quiero decir que, en Estadística, como en la vida, no todo es tan sencillo, no todo es siempre lo que parece. Para vosotros, como colectivo, no dejaba de ser un experimento aleatorio, porque no teníais claro lo que era ni qué podía ocurrir. Tú mismo, Agustín, rozaste la cienciaficción tratando de buscar una explicación, tal vez más arcana que científica, para justificar que la luz no se apagase. ¡Y seguro que experimentaste un placer orgásmico cuando viste la luz tras lo que se anunciaba como un apagón seguro!

El colectivo estalló en risas y Agustín quiso prolongar la broma:

— ¡He visto la luz, y ella es la que me guía!

La clase terminó, e Isidro se sintió relativamente satisfecho porque había logrado que fuese participativa, lo cual, normalmente, no era fácil de conseguir en una asignatura como esta. Requería un tremendo esfuerzo intelectual captar la atención de la audiencia durante los cincuenta minutos de sesión, precio que ningún profesor estaba dispuesto a pagar día tras día.

Dirigiéndose a su despacho, se encontró con Gustavo y Jorge, dos compañeros del Departamento de Economía Financiera y Contabilidad con los que le encantaba conversar. Jorge era más joven que Isidro, aunque su incipiente calvicie jugaba en su contra. En sus inicios como profesor había sido un auténtico prevaricador a la hora de poner las notas, y eso le había generado bastantes problemas. En el momento de evaluar, manejaba criterios tan subjetivos e irracionales como la condición social del alumnado, su ideología política, su indumentaria... Pero eso ya era agua pasada.

Gustavo tendría unos cincuenta años y un sentido del humor bastante incisivo e irónico. Era un tipo robusto, con una cabeza bastante grande y mucho más ancha por la parte inferior. Los laterales de su cara se prolongaban linealmente hasta los hombros, sin distinguirse curvatura alguna en la intersección con el cuello; no se sabía si se debía a un exceso de papada o a que tenía un cuello tan ancho como el perímetro facial.

— ¿Nos tomamos un café? —preguntó Gustavo.

— ¡Nos tomamos un café! —exclamó Isidro, incapaz de resistirse a su vicio favorito.

Estando en la cafetería de la Facultad, el móvil del profesor de Estadística sonó, y él sonrió al comprobar que era el número de su casa.

— ¡Hola, Marlene!

— ¡Hola, cariño! —La dulce voz de su mujer era un bendito bálsamo a aquellas horas de la mañana—. ¿Qué tal llevas el día?

—Supongo que no tan bien como tú. —Era una manera de animar a Marlene, quien, tras tres años trabajando en una inmobiliaria, se había quedado en paro por un recorte de personal al estar a punto de quebrar la empresa, tras sufrir los devastadores efectos de la crisis económica y financiera que asolaba al mundo occidental—. Me gustaría estar ahí, contigo. ¿Va todo bien?

—Sí, muy bien. Aunque... estaba limpiando un poco y, al mover tu guitarra, se ha roto una cuerda.

— ¡Vaya! Ya la cambiaré, no te preocupes.

La guitarra acústica: la evolución. Una guitarra española había acompañado desde niño a Isidro, en una perfecta simbiosis. En su círculo familiar y entre sus amigos, era imposible disociar el uno de la otra. Pero a los dieciocho años, cuando estudiaba en la universidad, compró una guitarra acústica y un par de armónicas de blues. ¡Y entonces descubrió su hobby!

Su Hobby, con mayúscula. Algo que dio un nuevo sentido a su vida: la composición musical. Su capacidad innata para las matemáticas, su facilidad para las rimas y el manejo de la guitarra, le dieron ese impulso para atreverse a algo que, antes, creía imposible. Tenía en su contra algunos factores; por ejemplo, no sabía prácticamente nada de solfeo, pero aprendió lo básico de una forma totalmente autodidáctica. La ayuda matemática no se limitaba a facilitarle el aprendizaje en el lenguaje del solfeo; iba mucho más allá. La composición, tal como él la concebía, consistía en resolver un sistema de ecuaciones lógicas, donde cada ecuación era un sentimiento melódico y cada incógnita era un verso poético; consistía en resolver un rompecabezas.

En aquellos años de inicio, las partituras fluían

mágicamente en medio de un entretenimiento personal que Isidro entendía como El Paraíso. Tal vez le hubiera gustado interpretar sus canciones, pero, realmente, su voz dejaba mucho que desear; además, al ser zurdo, estaba algo limitado en la técnica de ejecución con la guitarra, aunque nunca intentó tocar al revés y, aún así, no lo hacía mal del todo. En cualquier caso, nunca tuvo auténtica necesidad narcisista de compartir y dar a conocer su obra, por lo que esta, veinte años después, descansaba escondida en un cajón de su escritorio. De hecho, eran partituras muy básicas, pendientes de futuros arreglos musicales, solo un esqueleto de canciones con guitarra y armónica como única instrumentación acompañando a la voz.

La única exhibición pública que había hecho con su música fue muchos años después, al embutirla como fondo musical en su ahora arcaica y poco funcional página web, que tenía asignada para su actividad académica. Y esto no lo hacía por su ego (o eso quería creer); lo hacía para darle a la docencia un toque lúdico, porque creía que, pedagógicamente, el alumnado empatizaría más con la asignatura si la aderezaba con algo original.

Tras despedirse de Marlene, volvió a sumergirse en la intrascendente conversación con Jorge y Gustavo.

—... chiste que me contó Roque, el del Departamento de Idiomas —oyó decir a Gustavo—. ¿Sabes cómo se dice en inglés “sacarle los colores a un loco”?

— ¡Ni idea, tío! —respondió Jorge.

— ¡To put a mad red! —replicó Gustavo, a la vez que soltaba una sonora carcajada.

3. LA ESTADÍSTICA DESCRIPTIVA

La Estadística Descriptiva se limita a la recopilación, estudio, clasificación e interpretación de un grupo de datos, sin sacar conclusiones e inferencias para un grupo mayor.

De regreso a su despacho, encontró a uno de sus alumnos esperándole en la puerta. Se trataba de Agustín, aquel muchacho tan avispado que exhibía una atrevida sonrisa y toda su mata de pelos. Era mucho más alto que Isidro, por lo que este casi tenía que alzar la cabeza para observarlo.

**

Los primeros días del curso son ideales para que un profesor entregado recopile, estudie, clasifique e interprete información relativa a sus alumnos. Lo mismo que hace la propia Estadística Descriptiva. Lo mismo que él les enseña durante la primera semana. Solo que, el estudiante, aprende a recabar información sobre las edades de sus compañeros, las tabula, las representa gráficamente y, finalmente, aplicará fórmulas interpretativas que le indiquen cuál es la edad media de su clase, o cuál es la edad que más veces se repite; o, incluso, cuál es el rango de edades (la mayor menos la menor) entre sus compañeros. Mientras que Isidro, sutilmente, observa: recopila información sobre las personalidades y capacidades de sus alumnos; no las puede tabular cuantitativamente, pero las ubica en patrones aproximados aprendidos con la experiencia de los años como docente. Él no sabría definir esos patrones,

para eso estaban los psicólogos; solamente se hacía una idea abstracta. Tampoco sacaba conclusiones, el sistema de evaluación lo haría por él.

**

—Agustín, ¿verdad?

—Sí. Quería preguntarle cómo acceder al Campus

Virtual para matricularme en la asignatura.

Gracias a la plataforma tecnológica Moodle, desde hacía un par de años se podía gestionar la docencia en la Universidad de La Laguna (ULL) en un ambiente virtual de aprendizaje. Los alumnos podían acceder a un Aula Virtual para cada asignatura y, ahí, interactuaban con los profesores y con sus compañeros, beneficiándose de las múltiples posibilidades que permitía este sistema: intercambio de apuntes, participación en foros de debate, evaluación mediante cuestionarios, comunicación directa con el profesor...

—Entra. Si quieres, puedes acceder desde mi ordenador y ya quedas registrado.

Como no tenía mucho trabajo inmediato, Isidro enseñó a Agustín la manera de acceder al Aula Virtual de la asignatura “Estadística para la Economía y la Empresa”. Era un alumno de primer año universitario y, seguramente, esta era la primera materia en la que se iba a registrar; por eso no sabía bien cómo hacerlo.

El profesor observó al joven mientras introducía sus datos personales. Algo llamó su atención. Se trataba del primer apellido, Figueruela, nada frecuente en las islas canarias.

— ¿Eres pariente de Luis Figueruela?

—Pues... sí. Soy su sobrino. Mi tío me ha contado que usted le dio clase hace varios años — expresó, con un tono esquivo.

—Así es. Me acuerdo perfectamente. Era un alumno muy organizado y metódico. Le gustaba la precisión en sus argumentos, y solía corregir o rematar las intervenciones de sus compañeros en un afán perfeccionista. No lo digo como crítica, todo lo contrario, era digno de admiración.

Luis Figueruela había sido un alumno ejemplar. Pertenecía a la primera generación de estudiantes a los que Isidro había dado clase. Estaba considerado como el más atractivo de la clase; el profesor recordaba que lo llamaban Adonis, o algo parecido. El curso “19961997” le traía recuerdos entrañables. Nada más terminar la carrera, Isidro obtuvo una plaza de profesor universitario; jamás podría olvidar aquellos ataques de nervios antes de entrar al aula y aquella sensación constante de incertidumbre mientras se dirigía a la audiencia. Su propia juventud lo llenaba de inseguridad.

Figueruela era actualmente Director General de Doble Virtual Operativo Informático (VOIVOI), empresa líder en asesoramiento virtual en la isla. Se había casado con Sara, otra alumna de aquella promoción, que ahora trabajaba en la Delegación de Hacienda de Santa Cruz de Tenerife.

— ¿Cómo está tu tío? Ya sé que laboralmente le va muy bien. ¿Y qué tal Sara?

— Bien... Están bien.

El profesor notó que Agustín titubeaba un poco y se sentía incómodo, por lo que, rápidamente, decidió cambiar de tema.

— ¡Vale! ¡Ya estás inscrito del todo! Para las demás asignaturas, tendrás que hacer lo mismo, pero introduciendo el código que cada profesor te proporcione al respecto.

— ¡Muchas gracias!

Cuando Agustín se fue, Isidro consultó su correo electrónico. Tenía cinco mensajes sin leer en la bandeja de entrada. Dos de ellos eran informaciones intrascendentes del Departamento de Estadística Económica, al que pertenecía. Otros dos eran auténticas chorradas procedentes de un amigo. El primero de estos era el típico correo de millares de diapositivas secuenciales sobre los perjuicios causados por el excesivo consumo de hidratos de carbono, donde la diapositiva final era, indefectiblemente, un “pase usted un buen día”; todo ello, aliñado con una empalagosa y discordante música de fondo, que hubiera sido más adecuada para una presentación de paisajes. El segundo recopilaba toda una batería de chistes de segunda mano que, tal vez, podrían haberle hecho gracia a su sobrino cuando tenía cinco años. Isidro se sorprendía de que hubiese gente que no tiene otra cosa que hacer que leer todos los correosparidas que reciben y reenviarlos; o tal vez, lo que es aún peor, ni siquiera los leen, sino que se los endosan a los demás en una poco divertida e irónica burla. Sin molestarse en profundizar más allá de la primera página, los eliminó directamente.

El quinto correo le pareció algo enigmático, al

principio. Estaba escrito en francés, por lo que no

entendía prácticamente nada. El francés no era lo suyo. Creyó intuir “algo” sobre “alguien” que vendría a Tenerife en febrero. El mensaje lo remitía Laure Libert; ni siquiera sabía si era nombre de mujer o de hombre. Con un acceso directo a Facebook, supuso que era el típico correo spam, como esos correos de supuestos bancos que te amenazan con bloquearte tu inexistente cuenta en esa inexistente entidad. El mensaje de Laure fue a parar directamente a la bandeja de “eliminados”.

Cerró el acceso al correo. Tenía una sensación extraña; como si hubiese leído o recordado, inconscientemente, un nombre entre aquellos mensajes. Algo subliminal, por debajo de los límites normales de percepción. Evocó recuerdos pasados, su época de inicio profesional; se remontó, incluso, a su etapa de estudiante en las frías noches “laguneras”. Recordó aquellos días en que compuso un tema sobre las sensaciones que entonces experimentaba.

Abrió su página web, <http://cafema.webs.ull.es/>, subió el volumen de los altavoces, y se abandonó a escuchar esa melodía nocturna, melancólica: “La Laguna”.

Mientras sonaban aquellas notas en sistema MIDI, Isidro tarareaba la letra de las primeras estrofas, que casi había olvidado.

Donde ruge el estudiante En la eterna noche gris, Donde el frío abre tus carnes Cuando ataca el mes de abril.

Adicción crean sus calles

Donde esnifas elixir; Llega niebla hasta los bares

Y en tu mano un botellín. Todas las generaciones

Que han pasado por allí Nunca olvidarán las noches, Sus colegas o algo así.

¿No recuerdas a los punkies Con su cresta azul añil Invadiendo Heraclio Sánchez Con cerveza de barril?

4. MEDIDAS DE POSICIÓN

En Estadística, las medidas de posición sintetizan la información obtenida, reduciéndola a un solo valor. Las más usuales aluden a un número “central”, y se denominan “promedios”; los promedios más importantes son: la media aritmética, la mediana y la moda. Pero hay otras medidas de posición no centrales: los cuantiles.

Noviembre de 2010.

Arona. Tenerife. Islas Canarias.

Promedios

Isidro consideraba a su mujer, Marlene, como un promedio de promedios. La veía como una media aritmética, pues, estadísticamente, esta representa el punto de equilibrio de la distribución; si representamos gráficamente una distribución de frecuencias y esa gráfica fuese

una maqueta suspendida en el aire, la media aritmética sería el punto de apoyo que mantendría en equilibrio la maqueta para que no cayese. Y así veía a Marlene, como su punto de equilibrio que le impedía caer.

También la asemejaba a una mediana, que, en Estadística, recoge el valor tal que la mitad de los datos son inferiores a él y la otra mitad superiores. Marlene no era Diosa ni Diablo; no era ni opulenta ni pordiosera, ni

la más lista ni la más torpe...; la mitad de las mujeres eran más “algo” que ella, y, la otra mitad, menos “algo” que ella.

Por último, era una moda (valor que más veces se repite), pues, si él hubiese tenido muchas novias en su pasado, cosa que no fue así, estaba seguro de que la mayoría de ellas serían muy parecidas a Marlene. Tenía todo lo que él podía ansiar.

En definitiva, Isidro la “posicionaba” en el centro de la distribución de su vida. Deslumbraba con su larga melena de color castaño claro que, en verano, irradiaba unos reflejos entre dorado y pelirrojo. Tenía cuerpo de muñeca, casi juvenil, lo que le daba un atractivo especial. El paso del tiempo no había castigado aún sus facciones, a lo cual contribuía su eterna sonrisa. Isidro, por su parte, era mucho más serio, de facciones duras, varoniles; Marlene solía decir de su marido que parecía proceder de la Europa del Este.

El carácter de Marlene podría definirse como una esponja. Tenía esa extraña cualidad, que Isidro no llegaba a explicarse, por la cual todo el mundo le contaba sus problemas. Seguramente esa atracción especial se debía a que ella sabía escuchar; incluso se atrevía a dar consejos, y estos solían ser bastante atinados. Su marido pensaba que tendría que haber estudiado Psicología. Y es que, como una buena esponja, también tenía una facilidad admirable para escurrir y vaciarse las neuronas de sus confidentes. Él, por el contrario, era incapaz de filtrar; si se implicaba en algún asunto ajeno, lo arrastraba indefinidamente, mezclándolo con sus propias preocupaciones.

Isidro y Marlene formaban una pareja sedimentada con mimbres de estabilidad. Siempre que podían, estaban juntos. Ante cualquier amago de posible discusión solían hablar mucho, hasta el agotamiento. En cualquier caso,

la mayoría de sus discrepancias eran por asuntos pueriles; ellos aceptaban que la inmadurez manifestada en casi todas sus discusiones no era más que un derivado lógico de una relación rebosante de familiaridad y empatía.

La tarde anterior, sin ir más lejos, habían decidido ver en televisión una de las teleseries de humor que solían emitir a aquellas horas en diferentes cadenas. Marlene había sintonizado una cadena cuando Isidro llegó de la cocina con un paquete de palomitas recién salidas del microondas. Entonces se produjo una de esas absurdas (aunque inocentes) peleas por el mando a distancia.

— ¿Cómo es que estás viendo una serie de humor norteamericana? Son mucho mejores las europeas, Marlene.

— ¿Qué más da, cariño? Esta es bastante buena — había dicho ella, sin apartar la mirada de la pantalla de treinta y dos pulgadas.

—Claro que tiene importancia. Resulta que las series de humor americanas, en su mayoría, están contaminadas. Se trata de humor mezclado con innecesarias moralinas. Me parece cargante. Las europeas, en cambio, son series de humor puras, desvinculadas de esos disparatados mensajes que solo pretenden adoctrinar.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? ¡Solo quiero ver una serie y reírme un rato! No me creo que te plantees todo eso para decidir qué programa ver. ¿Serías capaz de no ver algo que te gusta por motivos éticos?

Marlene conocía las limitaciones de su marido. En algunos temas tenía unas ideas bastante claras, pero era un poco excesivo y testarudo a la hora de exhibirlas. Quería que fuesen adoptadas por pura imposición. Pero ella sabía convencerlo a base de hablar y hablar. Al final, se había salido con la suya, e Isidro tuvo que tragarse la serie norteamericana.

Sexualmente, la complicidad era perfecta, pues ambos eran lo suficientemente inteligentes como para asimilar que una pareja no siempre coincide en los momentos de apetencia sexual. Y entendían que, en esos casos, uno de ellos no podía marcarle los tiempos al otro; por eso, tenían un acuerdo implícito de participación desinteresada (y entretenida), por parte del inapetente, en la masturbación de su excitada pareja; y así, nunca se recriminaban nada.

Aquella tarde del 3 de noviembre habían ido a visitar a unos amigos en Arona, al sur de la isla, municipio en el que Marlene e Isidro habían vivido casi dos años de su vida antes de mudarse, en septiembre de 1997, a La Orotava, en la zona norte. Al poco tiempo de conocerse, habían alquilado un apartamento en Arona y se habían ido a vivir juntos. Todavía estaban terminando sus estudios, pero Isidro ya apuntaba a quedarse dando clase en la universidad donde cursaba la carrera.

Julián y Vera habían sido vecinos suyos, aunque ahora se habían mudado a otra zona del municipio. Ambos ejercían como pediatras en un centro de salud. Mostraron mucho interés por la labor docente de Isidro, ya que ellos formaban parte de un equipo de médicos investigadores que manejaba datos estadísticos. También se interesaron por saber en qué consistía la calificación de “Campus de Excelencia Internacional” que, hacía dos semanas escasas, había logrado la Universidad de La Laguna conjuntamente con la Universidad de Las Palmas. El profesor lo explicó con mucho orgullo.

Una vez se hubieron despedido de sus amigos, Marlene tuvo una idea.

— ¿Qué te parece si vamos a visitar el edificio de nuestro antiguo apartamento?

— ¡Genial!

Aparcaron delante de la envejecida construcción, un complejo de apartamentos con una piscina comunitaria, cancha de tenis y gimnasio. Como movidos por un resorte telepático, ambos levantaron la cabeza al unísono y buscaron, en el quinto piso, el balcón de aquella que fuera su morada durante los primeros años que pasaron juntos. Los enormes ventanales, que

en otro tiempo fueron suyos, estaban ahora adornados con unas cochambrosas y desvencijadas cortinas.

— ¿Quién estará viviendo ahí ahora? Tengo curiosidad por subir y tocar el timbre —dijo la siempre impulsiva Marlene.

—Entonces te mirarían con la desconfianza con que tú mirabas a los extraños que llamaban para vender alguna enciclopedia o alguna Biblia que diese respuesta a tus plegarias.

Echaron un vistazo a las canchas exteriores de tenis, donde dos adolescentes sudaban bajo unos generosos rayos de sol, mientras golpeaban con fuerza la pelota.

Isidro reflexionaba sobre lo curioso que resultaba el contraste climático entre el norte y el sur de la isla; los microclimas permitían que, en noviembre, las playas del sur estuviesen abarrotadas, mientras que la húmeda y fría La Laguna obligaba a la gente a cubrirse con guantes y bufanda.

Cuando estaban a punto de subir al vehículo para irse, una señora de unos sesenta años los llamó desde la puerta del edificio.

— ¿Marlene? ¿Eres tú? ¡Isidro!

— ¡Pero si es Dora! —gritó Marlene alegremente, y, acto seguido, se acercó y le dio un beso en la mejilla derecha—. ¿Cómo estás? ¿Sigues trabajando aquí?

Dora también besó a Isidro y los invitó a pasar al hall.

— ¡Pues sí, todavía sigo de portera! Este edificio está muy viejo y cada vez habita menos gente, pero, gracias a Dios, no me han despedido. La Junta de Propietarios se sigue portando muy bien conmigo.

Dora había sido portera cuando ellos vivían allí; seguramente había sido la portera toda la vida, pensaba Isidro. Era una mujer poco agraciada físicamente, con una gran verruga cerca de la boca y una permanente mueca algo repulsiva, reforzada por una mirada extraña que le producía auténticos escalofríos al profesor. Por lo demás, era muy buena persona y le habían cogido cariño. Después de recordar antiguos episodios del pasado, se despidieron de ella.

— ¡Ya sabes, Dora! Cuando pases por La Orotava, llama por teléfono y te invitaremos a comer a casa —dijo Marlene, demostrando el enorme afecto que le tenía.

— ¡Esperad! ¡Me olvidaba! Después de que os fuisteis, siguieron llegando durante unos años algunas cartas esporádicas para vosotros. Creo que las guardé en la portería, por si algún día pasabais por aquí. Y ese día ha llegado.

Dora entró en el pequeño cubículo donde solía pasar el día leyendo o viendo la tele. Después de rebuscar en unos cajones, salió con un puñado de cartas y con cara de sufrimiento, como si aquellas le pesaran.

—La mayoría eran publicidad y las tiré directamente a la basura; he conservado estas —dijo la portera.

Recogieron las cartas. Eran cinco. Tres procedían del banco con el que trabajaban en aquella época, y una pertenecía a una compañía de seguros. La quinta carta era una “carta auténtica”, con su sello y todo; de las que ya no solían recibirse, debido a la invasión del correo electrónico. Estaba sellada en Montpellier, Francia. El

destinatario era Isidro León. El nombre de la remitente retumbó en su cabeza: Salka Sidibe.

— ¿Quién es, cariño?

—No estoy seguro, me suena el nombre a alguno de mis fantasmas del pasado. Ya la abriré en casa.

Marlene arrancó el coche y creyeron alejarse de su vida pasada. Pero, unos metros más adelante, Isidro experimentó una nueva regresión, mucho más intensa que la visita que acababan de dejar atrás. Al pasar por la parada de autobús más cercana, la vio. La recordó. Allí, de pie, esperando el autobús; tiritando de frío, consumida y desnutrida. Aparentaba ser muy jovencita, pero, seguramente, no lo era tanto. Su delgadez y su piel morena le daban un atractivo especial. Esa silueta, que el profesor había contemplado tantas veces al pasar en su coche, hacía ya unos quince años, encajó en su mente como una pieza de puzle con el nombre de Salka. Ya sabía quién le había escrito la carta.

Cuantiles

Definitivamente, Salka no era un promedio de nada; Isidro no podía situarla en la parte central de ninguna distribución real. Su posición, creía él, sería más bien próxima a alguno de los datos extremos atendiendo casi a cualquier criterio. Pero, realmente, sabía muy poco de la africana.

La primera vez que la vio fue en septiembre de 1996. Isidro no había dormido en toda la noche, y, en aquel momento, a primera hora de la mañana, tenía una opresión en la zona estomacal tan fuerte que creía no ser capaz de entrar al aula. Era su primer día de clase como profesor universitario. La jungla lo esperaba al otro lado de aquella puerta marrón de madera con visor rectangular exterior.

Antes de entrar, echó un vistazo desde fuera, y sintió que lo que había imaginado iba a ser superado por la realidad.

Aquella macroreunión de infinitos jóvenes alterados, que descargaban su tensión tras la clase de Matemáticas, le recordaba el caos reinante en el patio de una guardería cualquiera. Unos caminaban de izquierda a derecha; otros, de derecha a izquierda; algunos proferían gritos sin sentido; otros, al detectar su presencia, lo miraban atentamente, tratando de entender qué hacía un alumno de un curso superior plantado en la puerta, observándolos... Porque Isidro, con tan solo veintitrés años, aparentaba ser más un alumno que un profesor. Aunque

durante los primeros días eso pesara en su contra, a la larga le beneficiaría, porque le sería más fácil entender las preocupaciones de los estudiantes; al fin y al cabo, él se acababa de licenciar.

Mientras daba los primeros pasos hacia la tarima, le llamó la atención un detalle. En medio de la algarabía total, una joven de color, extremadamente delgada, permanecía sentada en la primera fila en absoluto silencio. Posiblemente era la única que no sonreía; la única mirada triste en el aula.

Durante las primeras semanas de curso, el profesor pudo comprobar que Salka no se hablaba con nadie; le costaba o se negaba a hacer amistades en aquel entorno. Una tarde de sábado, al salir de su casa con Marlene para ir al cine, creyó distinguir a Salka en la parada del autobús, muy cerca de donde ellos vivían.

—Creo que en la parada he visto a una de mis alumnas. No sé si vivirá aquí, en Arona, o estará de paso.

—Pues si vive aquí y tiene que ir por la mañana a La Laguna en autobús, tendrá que madrugar bastante o perderse las primeras clases —había contestado Marlene. A medida que iban avanzando los días, Isidro escuchaba algunos comentarios del alumnado sobre Salka que rozaban la xenofobia. E incluso, circulaban bromas de mal gusto por parte de algún profesor en ese sentido. Se suponía que, en aquella época, los prejuicios raciales ya deberían estar sobradamente superados, pero está claro que algunos cambios sociales se toman mucho más tiempo en su recorrido de lo que sería deseable.

Aunque sus principios se lo pedían, Isidro casi nunca

entró en polémica, más que por cobardía, por debilidad de carácter, y porque nunca queda claro cuál es la línea que separa la broma pesada de la intolerancia. Las pocas veces que discutía con algún compañero no conseguía nada. Seguramente “él no estaba preparado para influir en las conciencias de los demás. ¡Claro, él no era psicólogo, y su labia estaba muy limitada!”, pensaba frecuentemente.

También le llegaron rumores acerca de una posible relación sexual entre la africana y un profesor de Economía Aplicada. Pero decidió no seguir prestando atención a este tipo de descréditos gratuitos.

Una mañana de octubre, al salir de casa, vio a Salka en la parada de autobús. El profesor detuvo el coche y se ofreció a llevarla a la universidad. Ella le dio las gracias y se subió. Al principio, apenas hablaron; la joven era muy introvertida, pero la curiosidad de Isidro le arrancó un poco de su historia.

Sin una sola lágrima en sus ojos y con una frialdad patológica, relató que su madre había muerto tras el parto, en Mauritania. Entonces se había ido, con su padre, a vivir a casa de una tía, en Marruecos. Pasaron los años y las cosas no les iban bien; y su padre, a quien le habían amputado una pierna engangrenada, gastó todos sus ahorros en un billete sin retorno (en una patera) para su hija. De eso hacía poco más de un año. Mientras la escuchaba, a Isidro le parecía estar viviendo aquella tragedia, tan cercana en el tiempo, tan tangible. Podía tocarse,

podía olerse solo con mirar a los enormes ojos de aquella menuda mujercita anoréxica. Observándola de cerca, el profesor se dio cuenta de que, probablemente, Salka era mayor de lo que aparentaba. La africana no quiso entrar en detalles sobre cómo sobrevivió al llegar a Canarias, pero dio a entender que había sido muy dura la manera de buscarse la vida. Isidro pensó instantáneamente en la prostitución. También estaba seguro de que Salka ni siquiera estaba matriculada en la universidad, pues no creía que su situación estuviese regularizada; seguramente quería aprender, simplemente eso.

Aquella misma noche, había visto en televisión un capítulo de la serie “Farmacia de guardia”, y en él, un personaje norteafricano, llamado Mustafá, se buscaba la vida como podía. Esto, junto a la historia de Salka, terminó de sensibilizarlo e impulsarlo a escribir.

Así, al día siguiente, inspirado por la historia de Salka y masculinizando el personaje (para despersonalizarlo), Isidro empezó a tejer su nuevo puzzle musical; escribió párrafos sueltos y líneas melódicas que, poco a poco, fue engranando hasta componer “Inmigrante ilegal”, un eterno lamento creciente, como una letanía inmisericorde suplicando equidad. Ahora estaba como fondo musical en un lugar de su página web, “[http://cafema.webs.ull.es/TECNICASMUESTREO/nov edades.htm](http://cafema.webs.ull.es/TECNICASMUESTREO/nov%20edades.htm)”.

Comenzaba así:

Piel oscura, enormes ojos flash
Pinta de llamarse Mustafá
Enfundado en su chilaba crema
A bordo de una patera

Todavía sigue oliendo a mar

Guarda receloso en el morral

La cartera y un trozo de pan

Las sandalias solo cuando aprietan

Y una foto de su abuela

Que murió de hambre en Navidad

Duerme en un parque y la noche más gris

Echa de menos su país

Pide limosnas o vende un collar

Lo ayudan tres de cada mil

Mira al que pasa culto y feliz

Y no entiende por qué él no es así

Ahora, catorce años después, Isidro se reafirmaba en que, definitivamente, Salka no estaba en un lugar central de nada. Había vivido en la cuerda floja. Podría llegar a ser un valor extremo dentro de cualquier colectivo.

**

En Estadística, los valores extremos no deben utilizarse para el cálculo de una media, porque distorsionan su representatividad; por ejemplo, si 6 alumnos responden correctamente a solo una pregunta de un cuestionario de 100 ítems, la media de preguntas acertadas por esos seis alumnos será 1; pero si un séptimo alumno "especial", "una lumbrera", contesta las 100 preguntas correctamente, distorsionará el valor de la media, que pasará a valer 17,5 preguntas acertadas. Y ese valor no representa la realidad.

Pues Salka era ese valor distorsionador, ese "cien" capaz de alterar con su dura realidad la uniformidad en las monótonas y frívolas vidas de sus compañeros de aula. La falta de comunicación con ellos no era tal; era, más bien, una falta de sintonía. No era un problema de introversión, sino de forzada madurez adquirida a base de bofetadas extremas y contundentes.

**

Isidro lo expresaba así en el estribillo de su canción:

Si la vida te da a luz en el infierno

Y pretendes tu cabeza asomar Te pisarán con todas sus fuerzas Los privilegiados del azar

Y justificarán su crueldad diciendo: "Es un inmigrante ilegal".

Salka, seguramente, conocía la antigua dirección de Isidro porque había vivido cerca de él. No recuerda mucho más sobre ella. Hurgando en su memoria, el profesor cree que después de las navidades de 1996 ya no volvió. Tal vez alguien descubrió que no estaba matriculada y la invitaron a no regresar a la universidad.

Ahora tocaba abrir la carta.

5. MEDIDAS DE CONCENTRACIÓN

Las medidas de concentración determinan el mayor o menor grado de equidad en el reparto total de los valores de la variable entre las distintas frecuencias.

Era lunes por la mañana. Hacía unos minutos que había llegado a la universidad y estaba comenzando su primera clase. Dos días habían transcurrido desde que recibiera la carta de Salka, pero aún no la había abierto; el profesor tenía intención de leerla en su despacho, porque el fin de semana no quería hacer nada relacionado con el trabajo. Suponía que Salka se habría mudado a Francia y allí habría terminado sus estudios. Y luego, años después, estaría tanteando la posibilidad de volver a Canarias a trabajar o, simplemente, necesitaba ayuda de tipo estadístico para algún proyecto de investigación (tipo tesis doctoral) en el que pudiera estar colaborando. Y por eso solicitaba ayuda de Isidro.

Basándose en esas suposiciones, no había abierto la carta. Ni siquiera Marlene lo había instado a ello, lo cual le resultaba extraño, dado el carácter insaciablemente curioso de su mujer. Cuando terminara la clase que estaba impartiendo tenía una hora libre para leerla. Estaba explicando a sus alumnos las medidas de concentración.

—Imaginad una distribución de salarios. Las frecuencias serían los trabajadores. Se trata de obtener una medida que nos indique si el reparto de los salarios entre los empleados es más o menos equitativo. ¿Alguna pregunta al respecto?

Una muchacha pecosa, con gafas de pasta verde, levantó la mano.

— ¿Cómo limitamos esa medida? Quiero decir...

¿hay un tope de mayor y de menor equidad?

—Pues sí, la medida tendrá que estar acotada, tanto superior como inferiormente —contestó Isidro—. Si todos los trabajadores cobran exactamente el mismo sueldo, estaremos hablando de la máxima equidad o, en términos estadísticos, de la mínima concentración. Pero si todo el dinero se concentra en una persona y el resto no cobra nada, o sea, un sistema de esclavitud donde el señor se lo lleva todo, hablaremos de mínima equidad o máxima concentración.

Curiosamente, cada vez que explicaba este tema, Isidro pensaba en cómo repartía las tonalidades entre sus canciones. Considerando las dieciséis canciones que tenía “cerradas” y registradas, casi todas estaban escritas en Sol mayor, Do mayor y Re mayor. La excepción eran dos de ellas, en La mayor. Si a esto sumaba otras diez canciones en las que estaba trabajando (cuando tenía inspiración y tiempo), su patrimonio musical estaba compuesto por seis canciones en Sol mayor, ocho en Do mayor, ocho en Re mayor, tres en La mayor y una en La menor; cero canciones para cada una de las restantes tonalidades existentes. Si tenemos en

cuenta la existencia de un total de veinticuatro tonalidades posibles, la concentración era más que evidente.

Isidro se preguntaba qué le llevaba a componer básicamente en esas tres escalas musicales, Do, Re y Sol; y siempre en modo mayor. Además, se tenía prohibido el uso de tonalidades en sostenidos y bemoles. A veces concluía que, tal vez, sus escalas eran las más fáciles para la ejecución con la guitarra; era un tema de comodidad o cobardía, según se mire. Si no fuese zurdo, tal vez su habilidad le haría dar un paso más. Otras veces concluía que su limitada voz se adaptaba mejor a esos tonos que a otros; pero sabía que eso era una excusa absurda. Además, sus canciones solo eran para él, y las cantaba en la intimidad.

Ese ejercicio de intimidad era una de las pocas cosas que no compartía con Marlene. Aunque, eso sí, Marlene tenía mucho que ver en el contenido de alguna de sus letras y, sobre todo, en la inspiración de Isidro. De hecho, había utilizado una de las frases favoritas de ella para el nombre de su página web.

La palabra clave elegida por Isidro, el “apellido” que el servidor de la ULL permitía elegir a sus usuarios, era “cafema”. Eran las iniciales de una expresión que solía emplear Marlene para referirse a su marido (en tono humorístico y burlón): “Combinación Aberrante: “Friki” Estadístico y Músico Aficionado”. Marlene llamaba “friki” estadístico a su marido porque ella no creía en la Estadística; o, por lo menos, en las estadísticas. “Tus estadísticas me las paso yo por el culo”, acostumbraba decirle a Isidro, para hacerle rabiar.

Esta situación provenía, básicamente, de aquella ocasión en que Marlene se presentó a unas oposiciones para la Administración Pública. Tenía que desarrollar un tema elegido por ella entre tres extracciones al azar sobre el temario total. En base a los temas que se había estudiado, Isidro la tranquilizó, comentándole que tenía un ochenta y dos por ciento de probabilidad de que le tocara, por lo menos, uno de los que se sabía. Pero cuando el presidente de su Tribunal extrajo las tres bolas, correspondían a tres temas que no se había preparado. Pocos argumentos tenía Isidro para darle una explicación convincente; la Estadística “podía decir misa”, pero a ella la iban a “catear”.

Tampoco Marlene compartía el sentimiento que ponía Isidro en su música; la composición musical, repetitiva en su creación y aprendizaje, esos rasgueos constantes de la guitarra que volvían a empezar a cada instante como un bucle, la desquiciaban. Por eso, la profesión y el hobby de su marido eran una combinación aberrante para ella. Pero solo en las formas; en el fondo, estaba orgullosa de la capacidad creativa y docente de Isidro.

Terminada la clase, el profesor bajó a la cafetería para cumplir con el ritual diario de ingerir su tercer (de momento) café de la mañana. Allí observó a un grupo de sus alumnos de primer curso; entre ellos estaba Agustín, el sobrino de Figueruela. Le llamaba la atención que aquel muchacho, tan avispado y tan atrevido durante las primeras semanas del curso, parecía cada vez más apagado y preocupado. Su carácter parecía haber sufrido una auténtica metamorfosis, pues, de la jovialidad de septiembre, había pasado a la apatía de noviembre de manera radical.

Abstraído en estos pensamientos, entró en su despacho y abrió la carta.

Montpellier. 3 de noviembre de 1997. Quiero que veas esta carta como una balada anónima, no como el hueco entre el 4 y el 5. He tomado la decisión de no ser directa contigo, porque quiero que esto sirva para algo. Mis últimos días en Tenerife han sido un infierno tan desgarrador que no creo que nadie pueda entender la magnitud de mi dolor. Por eso apelo a tu sensibilidad. Sé que tú puedes ayudarme si decides implicarte en descifrar esta carta.

Si te contase directamente lo que estoy sufriendo,

puede que lo leyeras entretenido, como si fuera una novela dramática. Tal vez se te escaparía alguna lágrima; tal vez podrías entenderme. Pero luego lo lamentarías por mí y, seguramente, no harías nada para ayudarme; al fin y al cabo, soy prácticamente una desconocida para ti. Por eso te he planteado un juego. Un acertijo que pretende atraer tu curiosidad y llevarte a investigar un poco sobre lo que pasó. Si lo haces, quedarás emocionalmente implicado ante el horror de lo que descubras y quizá me ayudes.

Una vez te oí comentarle a un compañero que te encantaba resolver crucigramas. Te he elaborado uno muy especial. Es un crucigrama depresivo, agri dulce y lleno de arrogancia por mi parte, ya que mezclo tu sensibilidad con mi dolor; quiero que, a través de tu emotividad, conectes con mi tragedia, por eso he enlazado ambas. Palabras poéticas y nombres malditos. Aquí descubrirás la clave principal de mi historia.

A continuación, aparecía en la carta una serie de casillas (algunas de ellas sombreadas) formando un crucigrama. Y bajo este, las supuestas pistas de resolución.

Tú percibes el mayor drama social en La: en la 1 horizontal y vertical.

Horizontal.

El 2 y el 3 causan el mayor daño físico. Entre ambos, el lugar donde el mar cicatriza las pisadas. En ese lugar también dejó huella el 4.

El 5 es el final de tu flor. Ojalá lo hiciera el eslabón más débil de la cadena, a su derecha.

6. A las primeras jamás las tuviste, ni siquiera en sueños. La segunda era el material de la espuma.

La última es la que marca la diferencia.

Vertical.

El 2 marca el inicio y el final. El de arriba, su amor, la dejó tirada abajo. El cuatro, primero presume de serlo, con complejos. Luego, cada una de ellas crea adicción.

En el 6 se perdió el pastor.

8. Por su culpa puede que no recuerdes mi nombre, de la misma manera que tampoco recuerdas el suyo.

Del 9 parece estar hecho tu apellido.

3, 5 y 7 forman un anagrama de lo que ansío en estos momentos.

La Reina Bruja vivía antes y después del campo. Tiene algo de Marlene.

Intenta hablar con Mauro. Eres mi única esperanza. Salka Sidibe.

Cuando terminó de leer la carta, tenía la cabeza a punto de estallar. No daba crédito a aquel disparate, digno de cualquier película de Adrian Lyne sobre atracciones fatales, aderezado además con tintes conspiranoicos. No entendía nada. Lo tuvo claro desde el primer instante: esta chica estaba loca; pero loca de atar.

— ¡Menos mal que esta carta fue escrita hace trece años! ¡Porque si no, sería para acojonarse de miedo! — murmuró para sí mismo.

Se preguntaba dónde estaba la equidad en el reparto de los valores de la vida. ¿Por qué estos desvaríos atacaban a los más desamparados, a los maltratados por el azar? ¿No había oportunidad para ellos? Recordó una estrofa olvidada de “Inmigrante ilegal”. Y en la avioneta de la extradición

Gime, pues no lo consiguió. Al tomar tierra y pisar su país Sueña en un mundo de ficción. Mira al que pasa

Culto y feliz

Y no entiende por qué él no es así.

Esa misma tarde, cuando Isidro llegó a casa dispuesto a compartir con Marlene el contenido de la misteriosa misiva, encontró a su mujer más atractiva que nunca. Llevaba puesta una falda verde turquesa, que le cubría algo más de medio muslo, y unas medias negras que ascendían hasta la altura de las rodillas; el resultado dejaba al desnudo la parte inferior de sus muslos, en una clara insinuación erótica. Superiormente, acompañaba una ceñida blusa naranja estampada, con ligeras líneas negras onduladas y asimétricas, así como una moderna chaqueta negra sintética abierta.

Nunca le había visto esa ropa, se la acababa de comprar; querría ir a cenar para celebrar algo, Isidro lo sospechaba.

— ¡Confirmado! —dijo Marlene, con la sonrisa más radiante que él le había visto jamás.

— ¿Confirmado? —preguntó su marido, con el corazón abriéndose paso a empujones, pidiendo salir por su boca.

— ¡Estoy embarazada de dos meses!

6. MEDIDAS DE DISPERSIÓN

Las medidas de dispersión determinan la mayor o menor representatividad de una medida de posición a base de cuantificar cuan dispersos (“alejados”) están los datos respecto a dicha medida de posición.

Durante las semanas siguientes, un cambio radical en sus parámetros emotivos modificó el carácter de Marlene. Parecía tener las hormonas totalmente descontroladas, a merced del capricho de los gemelos. Las técnicas de inseminación artificial, finalmente, habían dado sus frutos. Hacía más de un año que lo estaban intentando. Ahora, la llegada de dos bebés al mundo asustaba mucho a sus futuros padres.

El comportamiento de Marlene era tan voluble que una mañana contagiaba a Isidro con una euforia desmedida y, por la tarde, la descompensaba con charcos de llanto. En sus momentos de “bajona”, mostraba un sentimiento de culpa que solía sorprender a su marido; le pedía perdón por no haber accedido muchos años antes, cuando él lo ansiaba, a las técnicas de fecundación. Hacía ya diez años que un especialista les había dejado claro que jamás podrían tener un hijo de forma totalmente natural. Cuando Isidro intentaba tratar el tema, Marlene siempre había dado largas, buscando un aplazamiento ilimitado del problema. A sus treinta y ocho años, tal vez no fuese el mejor momento para quedar embarazada, pero, en los tiempos actuales, los riesgos de un embarazo tardío son cada vez menores.

Una tarde, a finales de noviembre, Isidro estaba en su despacho preparando intensivamente algunas clases por adelantado que le permitiesen vivir de las rentas durante algunas semanas y así ocuparse más tiempo de Marlene. Sus compañeros Jorge y Gustavo lo habían invitado a tomar café, y él, por primera vez en mucho tiempo, había rechazado la oferta. En la Facultad, Jorge y Gustavo siempre iban juntos por los pasillos: de la cafetería a sus despachos, de sus despachos a la cafetería, de Secretaría a Conserjería... Lo que resultaba más curioso era su forma de caminar. Jorge, mucho más joven, siempre se movía detrás de Gustavo. Esto le había hecho ganarse famosos apodosos en la universidad; lo llamaban “la sombra” (y, algunos, “el perro sin correa”).

Isidro necesitaba unos antiguos apuntes de Series Temporales que había traspapelado en algún momento, y se puso a registrar, distraídamente, en los archivadores que superpoblaron el armario del despacho. Casualmente, se encontró con algo que no había visto desde hacía tiempo: su orla de licenciatura. Él no era de esas personas que enmarcan sus logros profesionales para exhibirlos (pública o privadamente) con afán de obtener reconocimiento, o de atraer clientela, o, simplemente, por orgullo. Ahora observaba la orla sobre la mesa.

— ¡Hola! —saludó Gustavo desde la puerta—. Nos hemos tomado la libertad de traerte tu café. Como no quisiste acompañarnos a la cafetería...

— ¡Claro! Una de dos, o me habéis puesto cianuro como venganza, por no ir, o queréis demostrar que sois mucho más buenas personas que yo —bromeó Isidro. —Por cierto, ¿dónde anda metido Alberto? —preguntó Gustavo—. He venido cuatro veces durante esta semana, buscándolo, porque había quedado con él para hacer un artículo que queríamos publicar.

Alberto era un compañero de Estadística de Isidro, cuyo despacho lindaba con el suyo. La pared que los separaba era tan porosa que, hasta hacía poco, cuando aún estaba permitido fumar en los sitios públicos, dejaba filtrar el humo completo (con todos sus aditivos) del cigarrillo que Alberto llevaba cosido a la boca.

— ¿Acaso eres del Servicio de Inspección de la Universidad? ¿Qué sé yo dónde anda el vicioso ese? Me han dicho que se dedica a fumar, a escondidas, en los trasteros donde las señoras de la limpieza guardan las escobas.

— ¿Ésa es tu orla? —preguntó Jorge.

—Sí. Acabo de encontrarla en el baúl de los recuerdos.

— ¡Oye, Isidro! ¿Sabes que Jorge va a matricular a su hijo en ese nuevo colegio de franciscanos que han abierto en Puerto de la Cruz?

La pregunta que formulaba Gustavo escondía una intencionalidad de iniciar una de esas discusiones absurdas e inacabables de las que, cotidianamente, parecían disfrutar él y Jorge, y que tanto entretenían a Isidro, quien se mantenía al margen.

— ¡Ya empezamos! ¡Solo faltaba que tuviera que pedirte opinión para decidir dónde matriculo a mi hijo!

—se defendió Jorge.

—Pues no estaría mal que me permitieses opinar, igual que permites que un tipo con un collarín, llamado Padre Ángel, decida por ti cómo debes vestir a tu hijo — siguió provocando Gustavo. —Pues en eso consiste la uniformidad, en que todos los niños vistan igual, para que no se noten las diferencias sociales y culturales entre ellos. Así se minimiza el clasismo —dijo Jorge.

— ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Pero si estás leyendo la realidad al revés! ¿Es que eres disléxico? ¡Mira que deformas las cosas! El uniforme escolar pretende, precisamente, marcar una diferencia entre ese grupo de niños y el resto.

¡Y eso sí que es clasismo!

— ¿Sabes qué te digo? Que los profesores de mi hijo son licenciados, no maestros. El “profe” de “mates” es un experto en “mates”.

—Vale, pero, a la edad de tu hijo, lo que necesitan básicamente es un educador con mucha pedagogía, no un experto en Matemáticas. Y en eso, los maestros tienen las de ganar. Lo que no te discuto es el mérito logrado por los profesores de tu hijo para estar ahí: uno es cuñado, otra amiga y otra concubina del Director.

— Pero ¿qué burradas dices? ¡El Padre Ángel está comprometido con Dios y no tiene concubinas!

— ¡Dejaos los dos de decir tonterías! —terció Isidro.

—Tienes razón —apuntó Jorge, mientras inclinaba bruscamente la cabeza hacia abajo y se arrodillaba.

— ¿Eso qué es? ¿Una genuflexión, por mis blasfemias? —siguió atacando Gustavo.

— ¡Cállate ya! ¡Solo pretendo acercarme para ver de cerca la orla de Isidro!

Los tres estuvieron mirando atentamente aquellos rostros perdidos en otra época, donde aparecía un Isidro que no había cambiado mucho desde entonces.

—Este es Mauro, ¿verdad? —observó Gustavo.

—Sí. Este es.

Un silencio incómodo se abrió paso en el despacho de Isidro. De nuevo, los fantasmas del pasado engarrotaban su garganta; la misma sensación de opresión que, en aquellos tiempos, le producía la espesa niebla que cubría las noches de copas en la ciudad de La Laguna.

Jorge y Gustavo sabían lo mucho que significaba el recuerdo de Mauro para él. Por eso se despidieron y lo dejaron a solas, con sus pensamientos.

Isidro y Mauro eran paisanos. Ambos procedían de la isla de La Palma, donde habían coincidido en el instituto de secundaria. Si bien en aquellos momentos no eran grandes amigos, el haber salido de la isla a estudiar la misma carrera, en la Universidad de La Laguna, forjó entre ambos fuertes lazos afectivos. Seguramente se llevaban bien porque eran muy diferentes, casi complementarios.

Isidro era más serio, más formal. Su sentido de la responsabilidad para encarar los estudios era encomiable; lo cierto es que estudiaba bajo una fuerte presión, impuesta por la necesidad vital de aprobar todas las asignaturas cada año, para no perder la beca que le permitía vivir en La Laguna. Mauro se tomaba la vida como una broma, con cierto relajamiento. Su respaldo económico era mejor que el de Isidro, porque la situación familiar se lo permitía. Si se gastaba el dinero disponible antes de final de mes, solo tenía que telefonar a “papá” y asunto arreglado. Y si su padre se enfadaba alguna vez por el continuo despilfarro, Mauro era un artista para inventar excusas. A pesar de todo, era muy inteligente y captaba las cosas a la primera. Terminó la

carrera e, igual que Isidro, consiguió una plaza de profesor universitario, en concreto, en el Departamento de Economía Aplicada de la ULL.

Isidro pensaba que Mauro y él habían avanzado por dos distribuciones estadísticas diferentes. El camino recorrido por Mauro fue muy bacheado, alterado, con una enorme dispersión. Eso implicaba que era un recorrido más divertido que el de Isidro, cuya seriedad, su carácter, su beca y su novia Inma, taponaron cualquier intento de correr riesgos o, como diría Lou Reed, de “darse una vuelta por el lado salvaje”.

**

La dispersión (en Estadística) es un concepto bastante indicativo. Isidro calculaba que, en los años de estudiante, e incluso después, el dinero que por término medio gastaba semanalmente en cafés, unos 25 euros, venía a coincidir con el dinero que por término medio se gastaba Mauro diariamente en alcohol. Dos distribuciones con igual media. Pero con una gran diferencia. Isidro era muy constante en su vicio; prácticamente, todas las semanas gastaba lo mismo, sobre los 25 euros, porque tomaba aproximadamente el mismo número de cafés. Mauro era inconstante; una noche podía gastarse 2 euros en una cerveza y la noche siguiente se bebía 50 euros de alcohol.

Los 25 euros de Isidro eran una media representativa de su gasto; los 25 euros de Mauro, no. Mauro jugaba en la cuerda floja, no equilibraba sus actos. Lo mismo que con el alcohol ocurría con las drogas. Sus acciones estaban llenas de subidas y bajadas. Por eso la vida lo maltrató; o, mejor dicho, él maltrató su vida. El accidente de tráfico en el que pereció en 2004 fue consecuencia directa del alcohol. La comunidad universitaria se tiñó de dolor aquel día, pero ningún dolor fue tan profundo como el de Isidro.

** Por descontado, Isidro había compuesto una canción para aquel niño grande a quien, ya siendo profesor universitario, le gustaba relacionarse y emborracharse con gente más joven que él, con estudiantes que le permitiesen engañar el paso de los años.

De noche un vaso de alcohol en las manos

Solo entre jóvenes de veinte años Mira a las nenas fumando un cigarro El mismo “bareto” de su juventud Pero el dueño parece un anciano

Mauro, solitario

Ruegas perder años

Cuando el cruel espejo roba tu pelo

Y blanquea los restos Te asesina diciendo: “Mauro,

Que tu época ya ha pasado”

Isidro abrió Internet Explorer en el ordenador del despacho, accedió a su web y entró en “<http://cafema.webs.ull.es/TECNICASMUESTREO/fichas.htm>”. Se evadió homenajearlo, a su manera, al que fuera su amigo.

7. MEDIDAS DE FORMA

Las medidas de forma establecen una tipología de las distribuciones de frecuencias en función de la forma de su representación gráfica.

Diciembre de 2010.

Unos días después de su enfrentamiento con la orla, un nuevo encuentro con los años noventa volvió a desencajar su equilibrio emocional. Pero eso sería al atardecer. Ahora, el profesor explicaba a su alumnado las medidas utilizadas para determinar la forma gráfica de una distribución, en concreto, las medidas de apuntamiento. Estaba ilusionado por la visita al ginecólogo que Marlene y él tenían prevista para aquella tarde. Su tono de voz y su buen humor lo delataban.

—La distribución más importante que existe en Estadística es una distribución simétrica y campaniforme llamada distribución Normal. Se caracteriza porque tiene muchos valores centrales, son los que más se repiten, los de mayores frecuencias. A medida que nos vamos alejando del centro hacia ambos lados, las frecuencias disminuyen.

— ¿Es algo parecido a como estamos distribuidos nosotros en el aula? —preguntó una alumna llamada Paula. Poco a poco, Isidro se había aprendido el nombre

y alguna característica de muchas alumnas y alumnos de primer año. Paula solía preguntar bastante. Sus preguntas, a veces, eran ingeniosas e inteligentes, pero otras veces no; simplemente, preguntaba. Parecía que, básicamente, pretendía hacerse notar, por si acaso eso pudiese influir en su calificación final.

Isidro observó la clase y se sorprendió una vez más por la agilidad mental de Paula. En efecto, la mayoría de los alumnos estaban sentados en la bancada central y, sobre todo, en el centro

de esta. En los extremos de la bancada central también había muchos estudiantes, pero un poco menos. Y en las bancadas laterales se habían sentado muy pocos, tal vez porque, por las entreabiertas ventanas que flanqueaban ambos lados, entraba bastante aire frío, anunciando la inminente llegada del invierno.

—Pues sí, así es. Pero eso, para interpretarlo correctamente, habría que llevarlo a una gráfica donde la variable serían las distancias en línea recta respecto a un punto del aula. Os pondré otro ejemplo más sencillo. Consideremos la variable “Estatura de la población de personas que hay habitualmente en este edificio”. Todas son personas adultas. Habrá muchas personas que midan ciento setenta y cinco centímetros, que es, aproximadamente, la estatura media en nuestro país. También habrá muchos que midan ciento setenta y cinco centímetros. Igualmente numerosos, pero algo menos, serán los que midan ciento sesenta y cinco, o ciento ochenta y cinco. Y así sucesivamente, a medida que nos vayamos alejando del centro, encontraremos menos personas. El resultado gráfico se aproximará a una distribución Normal: una distribución en forma de campana y prácticamente simétrica. Si pateamos y peinamos a conciencia todo el edificio, podemos encontrar a alguien que mida ciento cuarenta o doscientos diez centímetros, pero serán muy pocos los que se sitúen en esos extremos.

Mientras proyectaba la imagen de una distribución campaniforme, Isidro oyó los murmullos con las típicas bromas de turno (y las risitas subsiguientes) que se repetían todos los años cuando utilizaba ese ejemplo. Comentaban que, en esos extremos, estaban ubicados el profesor de Historia Económica, que para hablar con el alumnado tenía que mirar hacia arriba, o un empleado de la cafetería llamado Armando, del que decían que se llamaba así porque era capaz de armar una estación espacial sin moverse del suelo. Tras concederles los segundos necesarios para que se relajaran, Isidro prosiguió.

—Ahora bien, ¿cómo sería, gráficamente, la distribución de frecuencias de vuestras edades? — En la clase solo había alumnos de primer año; los repetidores de la asignatura estaban en un grupo aparte.

—Pues... casi todos tenemos la misma edad —replicó Paula de nuevo.

—Vale, casi todos tenéis dieciocho, diecinueve o, incluso, veinte años. Alguno tendrá diecisiete; alguno, más de veinte. Pero mi pregunta es qué forma tendría la gráfica de esa distribución. Casi todos estaréis en el centro de la misma. Si la representamos, podréis observar en esta imagen que tiene una forma...

—... como de un pene apuntando hacia arriba — bromeó un alumno con el pelo en forma de afiladas púas, ante la carcajada general.

—Yo no lo hubiera expresado así, pero es correcto, te lo concedo. Se trata de una distribución “más apuntada” que la distribución Normal. Es la distribución Leptocúrtica. Imaginad que esta gráfica tuviese vida, quiero decir, que pudiera tocarse y moldearse. Suponed que es un objeto flexible. — ¿Un pene flexible? —insistió el mismo de antes para ganarse algunos gramos adicionales de risas.

—Si una mano inocente, o no tanto, presionase por aquí —Isidro señaló el extremo superior “del pene”—, la gráfica empezaría a “achatarsse”, es decir, su apuntamiento disminuiría.

Llegaría un momento en que coincidiría con la distribución Normal, que, desde el punto de vista del apuntamiento o curtosis, recibe el nombre de Mesocúrtica. Si seguimos presionando por el centro, se irá aplastando cada vez más, de forma que tendríamos pocos individuos en el centro de la distribución; sus frecuencias disminuirían. Los valores se irían repartiendo hacia los lados. Nos encontramos con una distribución Platicúrtica, que, como veis, tiene forma de plato invertido.

Isidro pronunciaba aquellas palabras mientras imaginaba, por algún extraño paralelismo, la presión que ejerce un feto en la barriga de la madre y los cambios que se van produciendo durante la evolución del embarazo. Y sumido en sus pensamientos, el resto de la mañana se le pasó volando.

*

Hacía muchos años que no la veía. Solo sabía que se había casado con un alemán y se había ido a vivir al extranjero. Pero allí estaba, en la puerta de un bar, cogida del brazo de una niña de unos diez u once años que se parecía a ella. Su cara estaba surcada por algunas arrugas, pero su belleza seguía intacta.

Marlene y él salían muy contentos de la consulta del ginecólogo tras haber visto a los gemelos en una ecografía tridimensional. Y en la acera de enfrente, con su hija, estaba Inma. Parecía mirarlos y dedicarles una sonrisa. “Tal vez quisiera saludarnos”, pensó Isidro. Marlene no la vio o, si lo hizo, lo disimuló. El profesor sintió que su corazón daba un vuelco. Se sintió avergonzado por sus sentimientos, trató de disimular su inquietud y no dijo nada.

Técnicamente, Isidro había tenido dos mujeres importantes en su vida, pero él contaba tres; y había compuesto una canción a cada una de las tres. Una de sus primeras composiciones fue “Inma”. Aunque también procedía de La Palma, fue en La Laguna, estando él en su tercer año en la universidad, cuando la conoció. Coincidieron a la salida de un concierto de jazz de un grupo local llamado Gato Gótico, cuyas credenciales eran una envidiable calidad musical, pero con el defecto (realmente virtud, según Inma) de haber mantenido sus principios puristas de estilo y sus altruistas convicciones artísticas, sacrificando, a cambio, la posibilidad de haber alcanzado la fama a nivel internacional.

Y se enamoraron. Inma era una atractiva jovencita de ojos verdes y cabellos acaracolados que, con su acento palmero, arrastraba musicalmente las vocales al hablar. Trabajaba como peluquera en las afueras de La Laguna y estudiaba Derecho en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Cuando empezaron a salir, Mauro se separó sutilmente de Isidro para darle un poco de oxígeno a aquella incipiente relación. El profesor de Estadística siempre le agradeció ese gesto.

Isidro flotaba en una nube por aquel entonces. Era su primera novia y estaba totalmente colado por ella. Habría dado su vida si ella se lo hubiese pedido. Para él, Inma era una golosina; por eso, la letra de la canción, que ahora la ubicaba en

“<http://cafema.webs.ull.es/tutorias.htm>”, era un romántico pastel de sensaciones gustativas. Le dedicaba “apetitosos” versos como: Piel de metal, oro al pasar

Mi golosina chocolate, Ensortijados en los ojos caramelos de cristal. Tiernos sonidos mentolados,

Soplos de seducción. Cuando en su boca masticable Saboreo una sonrisa

De cremosa espuma de limón,

Soy atraído por su cuerpo de merengue Derretido en un vestido juvenil. Como un sorbete de burbujas,

Estás bañada en gominolas de cereza y regaliz. — ¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué estás tan distante?

—Marlene notaba a su marido totalmente descentrado, pero lo achacaba al nerviosismo que le producía su futura paternidad.

—Lo siento, tenía la cabeza en otro sitio.

Marlene también había estudiado Derecho, pero, a diferencia de Inma, terminó la carrera. Ambas se conocían de la Biblioteca General de la Facultad de Derecho. Inma pasaba muchas horas allí estudiando, porque le quedaba más cerca de su casa que la sede de la UNED. Llegaron a trabar algo parecido a una amistad, aunque más bien era una simbiosis, porque se beneficiaban de un intercambio de apuntes y se ayudaban mutuamente a la hora de preparar exámenes. Inma e Isidro salieron un par de veces con Marlene y con Mauro. Así fue como se conocieron Isidro y Marlene.

Inma tramaba un plan, cual celestina, para conseguir que Marlene y Mauro salieran juntos, y hacer que este último sentara un poco la cabeza. Pero Mauro no pareció interesarse nunca por ella, y eso Isidro lo agradecería al cabo de un par de años. Ahora, Isidro recordaba cómo

Inma bromeaba con sus intentos casamenteros:

—Las dos “I” y las dos “M” —solían reír juntos, antes de aquellas citas a cuatro.

En “<http://cafema.webs.ull.es/ESTADISTICA/temario.htm>” se podía escuchar la melodía de “Por amor a Marlene”. Isidro tenía una espina clavada, porque creía que la letra de esta canción no estaba a la altura emocional de las dos que le había compuesto a Inma.

Noche celofán

Ya pasado de beber Eran cerca de las tres Y a su casa llamé

El aroma de un café

Endulzado de mujer Versos como éstos, no tenían la fuerza pasional de “Inma” ni, por supuesto, el desgarró semidepresivo de “Balada Anónima”.

Hay quien dice que cuando el amor se termina, si la relación se ha roto de mutuo acuerdo, es muy probable que los implicados lleguen a ser buenos amigos. Pero, si la brecha es unilateral, duele como si te perforaran el corazón desde la espalda con un taladro percutor y lo mantuvieran accionado durante bastante tiempo. Y, en ese caso, suele quedar un profundo sentimiento de odio y de reproches.

Sin embargo, cuando Inma decidió que ya no estaba

enamorada, Isidro no sintió odio. Solo pudo sentir una pena tan profunda, que toda su sensibilidad y su dolor los concentró en una equilibrada construcción melódica rebotante de amor, angustia y nostalgia. En la letra de "Balada Anónima", Isidro dejaba claro que quería separar las dos "Inmas": la Inma del "tutti frutti en los labios y toque malva en la piel" frente a la persona que lo había echado de su lado, alguien diferente, de quien no quería acordarse. Por eso, aunque técnicamente fueran dos las mujeres en su vida, la tercera era una mujer anónima (un desdoblamiento de Inma) cuyo nombre no recordaba. La melodía estaba en "<http://cafema.webs.ull.es/ESTADISTICA/estadistica.htm>". Su estribillo decía:

Con poesía le dije "Te quiero" Con dulzura me dio una patada
Por el tacto que tuvo al hacerlo
Yo le pago con esta balada

La conocí en la ciudad de los sueños Llevaba el sello de un cuento de hadas
Hace tanto tiempo de aquello

Que no recuerdo ni cómo se llama

¿Dónde había leído u oído, hacía poco, algo de baladas anónimas? Lo cierto es que ahora volvían a su mente. Y es que, al ver a Inma, tantos años después, Isidro no tenía la sensación de un "caramelo que droga como un beso en la boca empalagado de miel". Evocaba a la chica anónima, a la que había compuesto aquel romance con estructura métrica decasilábica, que rimaba los pares en asonante, indefinidamente, y que comenzaba así:

Arrancó en una noche de invierno

Surge de seducción ataviada La energía cubría aquel cuerpo
De una artista desaprovechada
Desabrido en la boca ese gesto

En el pelo unos bucles de plata

Y en los ojos dos verdes misterios

"Radiografiaban" con una mirada

Su lenguaje era puro talento

Escupido con pocas palabras Al hablar, me erizaba su acento Cantaba frases y las arrastraba

Y la magia de mis sentimientos Me impulsaba a sentirla endiosada Puede que solo fuera el deseo

No lo puedo expresar con palabras

**

Si se pudiese medir gráficamente la calidad de una relación sentimental, Marlene representaría para Isidro una distribución Normal, donde la mayoría de los momentos compartidos son buenos momentos. Los malos serían, más bien, escasos. Pero Inma no podría recogerse en una representación gráfica estática; el grado de apuntamiento de la relación se había ido desplazando con el tiempo. Al principio, todo era perfecto, "leptocúrtico": solo buenos momentos. Luego, una mano negra, tal vez la del azar, había presionado el centro neurálgico de la relación, sin siquiera detenerse en una situación platicúrtica, de mayor reparto de momentos buenos y malos.

En Estadística, si se sigue presionando por el centro una gráfica platicúrtica, llega a convertirse en una distribución Uniforme, una línea horizontal, o sea, la monotonía. Todos los momentos son iguales, ni buenos ni malos. Pero Inma había ido, incluso, mucho más allá. Había cambiado de curvatura. Si seguimos presionando por el centro la distribución uniforme, empezará a hundirse el interior y ascenderán los lados. De una distribución originalmente campaniforme, la relación había pasado a tener "forma de U", con muchos momentos malos y pocos buenos. Como diría "pelo de púas", al final de la relación entre Inma e Isidro, el pene apuntaba hacia abajo.

8. REGRESIÓN Y CORRELACIÓN

El objetivo del análisis simultáneo de dos o más caracteres es estudiar las relaciones entre ellos para detectar la posible existencia de algún tipo de dependencia o covariación (variación conjunta). Este análisis se aborda de dos maneras: la Regresión trata de explicar (a través de una función de ajuste) los valores que toma una variable en función de los valores de la otra; la Correlación trata de medir el grado de dependencia entre ambas, es decir, la intensidad con que esas variables están relacionadas.

Se acercaban las vacaciones de Navidad. Se encontraba en su despacho, dentro de su horario de tutorías; estaba resolviendo unas dudas que le había planteado Agustín sobre las distribuciones bidimensionales. Al terminar, decidió arriesgarse con el inclasificable muchacho.

—Cuando veas a tus tíos, dales recuerdos míos. Imagino que se acordarán de mí. Yo no puedo recordar a toda la gente que ha pasado por aquí, pero supongo que la primera promoción a la que das clase siempre te marca algunas instantáneas. Y recuerdo a Luis Figueruela, sentado donde tú estás ahora, haciendo preguntas para atar todos los cabos sueltos. Me los he encontrado alguna vez, pero hace ya mucho tiempo que no los veo. —Sí que se acuerdan de usted. Les daré recuerdos.

—Verás, Agustín, no me gusta meterme en asuntos de nadie, eso es obvio. Pero por el cariño que tengo a Luis y a Sara, te pido que si tienes algún problema en la universidad, sea académico, administrativo o, incluso, personal, consideres la posibilidad de poder contar con mi ayuda, si es que crees que puedo servirte en algo. La verdad es que he observado un profundo cambio en tu actitud y en tu carácter desde el comienzo del curso hasta ahora. No me gustaría que te vinieras abajo en los estudios. No sé si tendrás problemas con tus compañeros o con tus padres... Solo digo que, si quieres a alguien con quien hablar, aquí me tienes.

—Muchas gracias, pero no me pasa nada. Me va todo bien.

—Sí, tal vez son cosas mías, que veo problemas donde no los hay. Supongo que si tu carácter ha cambiado, tus padres serían los primeros en darse cuenta y en decírtelo, pero si soy solo yo el que lo capta, no debes preocuparte.

—No tengo padres. Mamá murió de un cáncer de mama cuando yo tenía nueve años. Y cuando tenía trece, mi padre murió de leucemia. Ya hace cinco años de eso, así que esa no puede ser causa de un cambio de carácter en los últimos tres meses, ¿no le parece? —La voz de Agustín desprendía un intencionado tono de reproche ante tantas preguntas sobre su blindada vida personal.

—Lo siento, no lo sabía. Espero que me disculpes por mi intromisión. Pero has de saber que mi ofrecimiento sigue en pie, te lo digo de corazón. ¿Te puedo hacer una última pregunta personal? Es pura curiosidad, si quieres no me respondas. ¿Con quién vives o, por lo menos, has vivido desde los trece años? —Desde los trece años estoy viviendo con mi tío

Luis y con su mujer Sara.

El profesor se quedó bloqueado ante la respuesta. No se lo esperaba y eso lo descolocó. Le había pedido a Agustín que diera recuerdos a sus tíos cuando los viera, y el joven no le había dicho que los veía a diario, que vivía con ellos. Cada vez que Isidro los nombraba, Agustín se había sentido incómodo. El profesor no entendía, para nada, la extraña reacción del alumno. No era capaz de ajustar una ecuación de regresión que explicara el comportamiento de Agustín en función de la relación con sus tíos. Pero esa regresión existía, vaya que sí.

—Hasta luego, profesor. —Agustín decidió irse, aprovechando la cara de póker de Isidro, para evitar que siguieran hurgando en sus asuntos. Fue entonces cuando el profesor volvió a la carta.

En algún momento de la conversación con Agustín, había tenido un flashback que todavía seguía nutriendo sus redes neuronales. Era una nítida imagen, hasta ahora latente, en la que Luis Figueruela aparecía sentado en la primera fila del aula “E.3.2.” (en el tercer piso de la Facultad), en una de las clases de “Estadística para la Economía y la Empresa” impartidas por Isidro en el curso académico “19961997”. Y tres bancos a su izquierda (dos vacíos entre ellos), estaba la morenita Salka.

Es bastante curioso cómo funciona nuestra mente. Reaparecen en nuestra vida dos registros del pasado, y los cables neuronales empiezan a cruzar información hasta encontrar un punto de encuentro entre ambos; un lugar común en el que hayan coincidido, aunque sea con dos bancos de separación entre ellos.

En la intimidad de su despacho, Isidro extrajo (de su maletín) la carta, que aún conservaba. En varias ocasiones, había tenido intención de desprenderse de ella, pero la curiosidad le había sugerido retenerla hasta tener tiempo para dedicarle unos minutos. La prioridad del embarazo de Marlene había condenado el escrito al olvido, pero Agustín Figueruela, sin quererlo, acababa de prender una mecha que marcaría el inicio de un camino sin retorno.

Desde la primera vez que la había leído, había algo en la prosa de aquella carta que le resultaba extrañamente familiar. Pero, como hombre de pensamiento lógico que era, lo achacaba a una simple asociación de ideas, alguna conexión mental por semejanza. De entrada, releendo la carta, le resultó curioso y, por supuesto, casual, que, en la primera frase, Salka hablase de una balada anónima. Todas las frases que precedían al acertijo final eran una sucesión de lamentos ante una tragedia en la que pretendía involucrar a Isidro. “¡Como si él no tuviera ya bastantes problemas!”, pensaba el profesor de Estadística. En su locura, Salka decía que el crucigrama enlazaba su tragedia con la sensibilidad de Isidro.

— ¿Qué sabrás tú de mi sensibilidad, si apenas nos conocemos? —le preguntaba Isidro a la carta.

Tal vez algo tan sutil, como haberla llevado en coche y haber escuchado su historia, era para ella, una joven condenada a superarse a base de sufrimientos continuos, una prueba de sensibilidad.

¿Y el crucigrama? Isidro había decidido que no había por dónde cogerlo. Le había dado muchas vueltas la primera vez que lo leyó, y, ahora, se estrujaba los sesos de nuevo.

—Tal vez me confundes con otra persona —razonaba en voz alta.

Había un par de cosas que lo desconcertaban sobremanera. Por ejemplo, la primera frase del acertijo, que aparecía fuera de los dos bloques (horizontales y verticales) de definiciones:

Tú percibes el mayor drama social en La: en la 1

horizontal y vertical.

No le extrañaba que estuviese aparte de dichos bloques, porque estaba claro que se refería a tres palabras, correspondientes al hueco de vocablo en la primera fila y a los dos huecos de la primera columna. Lo que no entendía muy bien era ese “La” en mayúscula; y ese repetir “en La: en la” dos veces, como si tartamudeara. Primero lo achacó a la dificultad con el idioma castellano, pero enseguida desechó esa idea, porque la norteafricana había demostrado en aquella época una soltura para hablar muy encomiable. Y en cuanto a la escritura, el resto de la carta no dejaba lugar a dudas sobre su dominio de la lengua. También podría tratarse de un simple error.

— ¡Sí, será eso! Te equivocaste escribiendo la frase y luego no rectificaste. Habrás querido decir “tú percibes el mayor drama social en la 1 horizontal y vertical” —se congratulaba Isidro de haber burlado una trampa.

En segundo lugar, en las horizontales expresaba:

El 5 es el final de tu flor. Ojalá lo hiciera el eslabón más débil de la cadena, a su derecha.

— ¿Por qué hablas de “mi” flor? ¿Por qué te diriges a mí en tantas ocasiones?

También era (cuanto menos) curiosa otra frase:

El cuatro, primero presume de serlo, con complejos. Luego, cada una de ellas crea adicción.

—Normalmente se suele decir que alguien presume de algo, por ejemplo, de estar muy obeso, sin complejos.

¿Por qué “con complejos”? ¿Presumir con complejos no sería redundante? —Isidro susurraba sus pensamientos.

Inmediatamente, desechó este razonamiento por considerarlo demasiado forzado. Pero lo más llamativo era que había algo en la primera instrucción horizontal que le sonaba muy familiar:

El 2 y el 3 causan el mayor daño físico. Entre ambos, el lugar donde el mar cicatriza las pisadas. En ese lugar también dejó huella el 4.

— ¿Por qué me suena tanto esa frase? Dímelo tú, Salka. Hay algo que se me está pasando. Y esa balada anónima...

El teléfono sonó, en plena reflexión de Isidro.

— ¿Hola?

—Bonjour!

— ¿Hola? —La comunicación no era nada buena. Se escuchaba una voz entrecortada, mezclando francés y castellano.

— ¿Hola?... ¡Soy Laure!... te “envoyé” un email...

— ¿Cómo dices? No te escucho bien.

—... saber si lo has encontrado?

— ¿Que si he encontrado qué cosa? ¡Creo que te confundes de número!

—...Laure Libert...

La comunicación, finalmente, se cortó. Isidro recogió sus cosas y se fue a casa. Ya estaba bien por hoy. Durante el trayecto, recordó vagamente que había leído el nombre de Laure en algún lado. Le sonaba de algún correo spam recibido, pero no tenía por qué ser la misma persona.

— ¡Hola, cariño! —llamó al entrar en casa. Su mujer descansaba en un sofá viendo la televisión, y le respondió con un beso al vuelo.

De pronto, el subconsciente de Isidro ubicó en aquel correo de Laure, que seguramente había borrado, una palabra que no sabía si realmente estaba allí. Pero algo le susurraba al oído que en aquel texto en francés, que había leído hacía dos o tres meses, estaba escrito el nombre de Salka.

—Otra asociación de ideas —murmuró.

**

O tal vez se trataba de una función de regresión múltiple (tetradimensional, como mínimo) donde Salka representaba la variable dependiente, que se comportaba en función de Laure, Luis Figueruela, Sara, y quién sabe qué otras componentes. Pero en Estadística, encontrar la ecuación de regresión no es tan complicado ni decisivo. El misterio (lo importante) consistía en medir el grado de dependencia, o sea, la fuerza con que esos personajes están relacionados (la Correlación).

9. ESTADÍSTICA DE ATRIBUTOS

La Estadística de Atributos se encarga del estudio de los caracteres cualitativos, es decir, aquellos caracteres cuyas diversas modalidades no son numéricas.

Aquella misma noche se puso a trabajar (en el despacho de su casa) en una de sus composiciones. Hacía mucho tiempo que no escribía, en parte por la preocupación que le generaba el embarazo de Marlene, y en parte por falta de inspiración. Pero los acontecimientos recientes, como la carta de Salka, el recuerdo de Mauro y, sobre todo, la

reaparición de Inma, le habían hecho proyectar su pasado, secándole los fuertes chaparrones de anestesia que lo habían mantenido silente.

La inspiración había vuelto, tal vez por una deuda inconsciente que lo apremiaba a componer una intensa canción sobre sus sentimientos por Marlene, y que estuviese a la altura de “Inma” o de “Balada Anónima”. Tenía un boceto de las principales líneas melódicas y ahora trabajaba el verso.

Cuatro de la madrugada Siento tu aliento en mi almohada Y entre tesoros ocultos, yo

No quiero que salga el sol

Isidro tachaba, escribía, volvía a tachar, ajustaba la métrica a la melodía o, incluso, trataba de forzarla para que encajase.

Hueles a menta y naranja

Aromas de mermelada

Es tu figura en la noche y yo

No quiero que salga el sol Pero la cabeza del profesor rumiaba inspiración por diferentes frentes. El crucigrama de Salka seguía martilleando su cabeza, sin piedad.

Ponle que sabes a fresa Ponle tus curvas delgadas Ponle ilusiones, pequeña Ponle brillo en la mirada

Pon que tu boca me hace “tilín”...— ¿O quizá quede mejor “ponle frescor a manzana”? — murmuraba, con la cabeza a punto de estallar.

Dejó la canción a medias y cogió el crucigrama. Isidro recordó que, cuando el teléfono lo había interrumpido por la tarde, sus ojos se dirigían a la última frase de la carta:

Intenta hablar con Mauro. Eres mi única esperanza. La frase suponía una doble incógnita. Por un lado, aparecía separada del resto de los enunciados verticales. Eso le llevaba a interpretar que el mensaje no formaba parte del juego, sino que era una petición más de desesperación, como el principio de la carta. En tal caso, estaba claro que se refería a su amigo Mauro, quien también había sido profesor de Salka en su primer año de docencia. Pero Mauro había fallecido, por lo que no existía esa única esperanza; y eso sin contar con que la carta había sido escrita en 1997.

Por otro lado, pensaba Isidro, tal vez la frase sí formase parte del pasatiempo. Y es que había leído en algún sitio que el nombre de Mauro era de origen latino, “Maurus”, y hacía referencia al habitante de la antigua provincia romana de Mauritania. Y Salka nació en la Mauritania actual. Podría ser un juego de palabras que escondía algún enigma. Así que, tal vez, su amigo Mauro no tenía nada que ver en esto.

La definición “6 vertical”, aunque no lo sugiriese, constaba de tres palabras; por lo menos, había tres huecos.

En el 6 se perdió el pastor.

— ¿Dónde se pierden los pastores? ¿En el monte?

¿En el campo? Yo creo que en el campo.

La cabeza de Isidro le sugería una asociación campopastor; no sabía muy bien por qué. También podía ser monte. Aunque muy forzado, podría tener la primera palabra del crucigrama, al menos para empezar a cruzar o descartar con otras. ¡Si es que adivinaba otras! Hizo una fotocopia del crucigrama y anotó en ella la palabra, en el centro.

Contento de haber empezado, y a pesar de tener muchas dudas de que aquella palabra fuese correcta, el profesor se levantó y se dirigió a la nevera. Abrió una cerveza fría, como un autómatas. Marlene estaba viendo un programa en la televisión y lo vio pasar. El primer trago de líquido, al bajar desde su garganta, hizo temblar todo el cuerpo de Isidro.

— ¿Qué haces, cariño?

— Me tomo una cerveza muy fría. ¡Demasiado fría!

— ¿Después de cenar? ¿Y con el frío que hace?

¡Estás loco! —dijo, sorprendida.

— Tienes razón, estoy loco. ¡Pero loco de amor! — le lanzó Isidro, a quien el crucigrama le había generado cierta euforia.

Volvió a sentarse en su despacho y observó detenidamente el acertijo. Hizo un barrido superficial sobre aquellas enigmáticas frases. Se puso y se quitó las lentes varias veces, porque, generalmente, se sentía incómodo tanto con ellas como sin ellas. No estaba seguro de necesitarlas, pero, por otro lado, creía que las necesitaba. Marlene lo llamaba “la paradoja de las gafas de Isidro”; era una burla que pretendía atraer la atención de su marido para hacerle ver que, lo más probable, era que en la Óptica no las hubieran graduado o ajustado bien. Pero Isidro era muy testarudo y se negaba a volverse a revisar la vista. Siguió dándole vueltas al crucigrama.

¡Entonces lo comprendió! Ya sabía por qué asociaba la palabra “campo”; no por relacionarlo con el pastor, sino porque aparecía unas líneas más abajo, en la penúltima línea de la carta y, tal vez, última del crucigrama (si es que la de Mauro no lo era):

La Reina Bruja vivía antes y después del campo. Tiene algo de Marlene.

Ahora lo veía claro. La “6 vertical” tenía dos huecos más, uno antes y otro después de la palabra “campo”. Y esos dos huecos, esas dos definiciones que faltaban, eran de la Reina Bruja. Para empezar, ya era algo. Creía tener “amarrada” esa palabra en medio de aquel galimatías, aunque tampoco estaba seguro al cien por cien.

Le inquietaba el nombre de Marlene en aquel misterio. Lo que le ponía los pelos de punta no era que se relacionase con la Reina Bruja, porque no sabía a qué se refería. Era algo más obvio, más directo: la simple mención de su nombre. ¿Por qué Salka, supuestamente, sabía el nombre de su mujer? No podía ser otra casualidad; Isidro empezaba a creer que estas no existían.

— ¿Acaso estabas obsesionada conmigo e investigaste mi vida personal? ¿Por qué? ¿Tal vez te dije yo su nombre en alguna ocasión, cuando te llevé en mi coche a la universidad? La última reflexión lo tranquilizó un poco. Seguramente sería eso; o tal vez Salka, que vivía cerca de ellos en Arona, lo había visto alguna vez con su mujer y había oído pronunciar su nombre. Pero, aún así, le inquietaba que lo mentase en su paranoico rompecabezas.

El juego, casi sin haber empezado, estaba llegando demasiado lejos. Isidro tenía una injustificada sensación de culpabilidad por dedicarle minutos de su tiempo a los desvaríos de una mujer que no tenía nada que ver con él ni con su vida; se sentía como si estuviese haciendo algo sucio, como si tentase al engaño. Podría quedar atrapado en unas redes adictivas que le habían tendido y le estaban empezando ya a descompensar su equilibrio emocional. No se había atrevido a enseñarle la carta a Marlene. ¿Qué pensaría ella de todo esto? ¡Le pediría que la rompiera, seguro! Y eso es lo que haría. Pero aún no. La guardó y se fue a dormir.

El sueño que atrapó a Isidro le produjo, mientras duró, uno de los placeres más intensos que recordaba; y cuando despertó, una de las angustias más tormentosas de su vida. Estaba a solas con Salka, en su despacho de la universidad. Era muy temprano y aún no había nadie en el edificio, salvo ellos dos y el personal de limpieza. Isidro explicaba a Salka los caracteres cualitativos, mientras la africana resolvía un crucigrama. Él hablaba de la Estadística de Atributos, del coeficiente de correlación de Spearman... Salka se excitaba, mientras anotaba en el pasatiempo las definiciones deformadas de las palabras que escuchaba: los Atributos eran “atributos sexuales”, la correlación era la “acción de correrse”, Spearman el “esperma”... Se tocaba su sexo y miraba lascivamente a Isidro.

Isidro está muy excitado. Salka se baja los pantalones y las bragas. Se arrodilla en la mesa del despacho, dando la espalda al profesor. Una señora de la limpieza los observa desde la puerta. Isidro embiste repetidamente a la desnuda morena, hasta que la polución de semen lo despierta.

Está muy avergonzado. Tiene su mano izquierda sobre el vientre hinchado de Marlene, a quien el semen ha manchado su camisón de dormir. Son más de las tres de la madrugada. El profesor se levanta, dispuesto a romper la carta.

*Al llegar al despacho de su casa, tras prepararse un café, Isidro estaba más calmado. No podía volver a la cama porque se había desvelado del todo. Antes de tomar la decisión definitiva de romper la misiva del diablo, volvió a trabajar en sus canciones. Era su mejor modo de relajarse. Le pareció muy adecuado el título “Cuatro de la madrugada” para la canción en la que trabajaba, porque era aproximadamente esa hora y, además, en la letra aparecía esa expresión. Echó un rápido vistazo al contenido de su carpeta de fundas de plástico con la etiqueta “LETRAS”; allí descansaban, transcritas con Microsoft Office Word, las letras de todas sus canciones: “Por amor a Marlene”, “Inma”, “Yonki”, “La mirada de León”, “Balada anónima”, “Complejos”, “Es La Palma”...

— ¿Complejos? ¡Complejos!

Como un poseso, extrajo la carta de Salka y la acercó a sus canciones. Si la carta fuese una llave y la carpeta de fundas una cerradura, aquella estaba entrando en esta sin ninguna oposición.

** En Estadística, la correlación entre dos caracteres cualitativos solo debería determinarse si se sospecha la existencia de algún tipo de asociación entre dichos atributos. Por un lado, estaba el atributo “Canciones”, con sus diversas modalidades (títulos); por otro lado, el atributo “Crucigrama Maldito”, con sus modalidades “horizontal” y “vertical”. Isidro sospechaba que tendría que pagar un coeficiente de correlación muy elevado entre ambos.

**

— ¡La muy puta ha profanado mi obra!

10. NÚMEROS ÍNDICE

Un número índice es una medida estadística que muestra los cambios de una variable respecto a una situación inicial arbitraria.

No sentía frío alguno, pese a las bajas temperaturas y a las altas horas de la madrugada. Más bien le invadía una sensación de sofoco que era incapaz de controlar. Su mano temblaba, mientras sujetaba la carta que ahora releía. Su estrategia consistía en comenzar por detectar títulos de sus canciones en el texto. “Balada anónima”, nada más comenzar la carta, era el aviso, la pista definitiva que Salka había utilizado para que él se diera cuenta. Y la mauritana se lo restregaba otra vez, para que no tuviera dudas:

Por eso apelo a tu sensibilidad... ya que mezclo tu sensibilidad con mi dolor; quiero que, a través de tu emotividad, conectes con mi tragedia, por eso he enlazado ambas...

Isidro creía escuchar, entre estas líneas, la voz de Salka: "Para que no te quepa duda de que tengo en mi poder tus canciones".

En el crucigrama aparecía explícitamente el título de uno de sus temas, "Complejos", que versaba sobre el análisis introspectivo de un hombre acomplejado, un hombre que se ve reflejado a sí mismo mientras con temple el fuego de una hoguera, en la noche de San Juan. Isidro pasó las páginas de su carpeta y encontró la canción. La leyó y se detuvo en el estribillo:

Se come la cabeza

Es una olla a presión Silencios de amargado alrededor Presume de mujeres y de ser un ganador
Dotada la entrepierna de rencor

Los músculos que exhibe Son un saco de complejos Pero tan transparentes

Que cualquiera puede verlos Nunca jugó con fuego

Porque era un libro abierto

Tan solo las brujas lo consuelan al llorar

En la noche gris de San Juan Encendió su ordenador y accedió al lugar donde podía escucharla: "[http://cafema.webs.ull.es/TECNICAS MUESTREO/informacion.htm](http://cafema.webs.ull.es/TECNICAS_MUESTREO/informacion.htm)". Era su manera de inspirarse; quería controlar todos los parámetros.

También aparecía el nombre de Marlene; podría, perfectamente, referirse a la canción "Por amor a Marlene". Respiró, aliviado, porque Salka tal vez no conocía el nombre de su mujer. Solo conocía sus canciones. Pero

¿cómo era posible? No tenía ninguna respuesta lógica para explicarlo.

En 1997, Isidro había compuesto la mayoría de sus

canciones "cerradas". En la década del nuevo siglo, su capacidad creativa se había agotado; aunque tenía muchos proyectos en el tintero, era incapaz de terminarlos. Pero sus composiciones solo habían salido de su casa, de su ordenador, de su cajón, muchos años después, para ir al Registro de la Propiedad Intelectual. Las melodías podían escucharse en su página, aunque tampoco en esa época. Pero las letras... ¡Era imposible! Isidro trató de hacer memoria. ¿Llevó alguna vez las letras de sus canciones a la universidad? ¿Tenía una copia en su coche cuando llevó a Salka? Pero, por más vueltas que le daba, la respuesta era siempre la misma: ¡No! No era posible.

Sabía que aquel era un callejón sin salida. Había sido muy cuidadoso y mimoso con sus temas musicales. Era un desconfiado y, por eso, los había registrado; si no lo hubiera hecho, tampoco

habría colgado en su web las melodías. La única persona que tenía acceso, sin ser él, era Marlene. Pero su mujer era incapaz de coger una canción y sacarla de casa sin su permiso; respetaba mucho el hobby de su marido y tampoco tenía un interés excesivo en él. Era absurdo creer que Marlene le había dado una copia a Salka, a quien ni siquiera conocía. Aunque el misterio lo torturaba, hizo un enorme esfuerzo por apartarlo momentáneamente y concentrarse en el crucigrama.

Otro título evidente de una canción era “Mauro”. Ahora descartaba la idea de relacionar el nombre con el origen mauritano de Salka. Volvió a releer por tercera o cuarta vez las horizontales:

El 2 y el 3 causan el mayor daño físico. Entre ambos, el lugar donde el mar cicatriza las pisadas. En ese lugar también dejó huella el 4.

El 5 es el final de tu flor. Ojalá lo hiciera el eslabón más débil de la cadena, a su derecha.

6. A las primeras jamás las tuviste, ni siquiera en sueños. La segunda era el material de la espuma. La última es la que marca la diferencia.

Había descartado ya el hallazgo de algún título de canción más, y se disponía a descifrar la primera línea horizontal, ya que la frase le había resultado familiar desde el principio; ahora ya sabía por qué. Ahí había palabras suyas, vocablos incluidos en sus canciones. Pero, antes de centrarse en esa línea, en la última lectura global descubrió otro título, otra obra suya: “Sueños”. El profesor buscó la melodía en la subpestaña “CALIFICACIONES” de la pestaña “TÉCNICAS DE MUESTREO”. Entonces, bruscamente cesaron los “complejos” acordes de “Complejos” para ser sustituidos por una balada lenta pero fluida. Isidro tarareaba para sí mismo algunas estrofas:

Soñó ser cometa y la galaxia cruzar

Soñó ser la estrella sideral

Soñaba luciérnagas brillando en champán

Soñó que existía el más allá

Soñaba despierto negando aceptar

Que nunca fue aquello sino un simple lunar

O incluso una ficha en el padrón municipal

Soñó que la muerte no lo espera al final

Soñó que su sueño era verdad Millones de rosas inundaban su hogar Y escupen aroma al reventar

Estaba seguro de que le iba a dar un decisivo avance al crucigrama. Tenía tantos frentes abiertos que no sabía por dónde empezar. Trataría de seguir el orden:

El 2 y el 3 causan el mayor daño físico. Entre ambos, el lugar donde el mar cicatriza las pisadas. En ese lugar también dejó huella el 4. El “2 horizontal” tenía dos huecos, y el “3” uno solo. Así que el daño físico estaría referido a la primera palabra del “2” y también al “3”, ya que, “entre ambos”, entre el “2” y el “3”, tenía que referirse a la segunda palabra del “2”. La expresión “daño físico” no le sonaba para nada. No estaba en ningún lugar de su memoria, pero, en cualquier caso, revisaría minuciosamente sus canciones.

Lo que sí sabía es que era suya la expresión “el mar cicatriza las pisadas”. Y también le sonaba bastante lo de “dejar huella”, aunque eso podía significar cualquier cosa. Rebuscó entre los papeles hasta que lo encontró. Por lo menos, la primera parte.

Era la última estrofa de “Balada Anónima”. En ella brillaba la palabra donde el mar cicatriza las pisadas: arena.

Como el mar que se acerca y se aleja Cicatriza en la arena pisadas Puede que me dejara una huella Pero no derramé ni una lágrima

Invadido por la sensación de eufórico triunfo, anotó la palabra en el crucigrama. Aquello tomaba forma, ya no podía detenerse. Tal vez estaba entrando en un terreno oscuro y peligroso, pero ahora no había marcha atrás.

—“En ese lugar”, o sea, en la arena, dejó huella el

4. No lo entiendo.

Destripó el párrafo y no encontraba la respuesta a aquel enigma. Quien había dejado huella era el mar o la chica anónima (Inma). Pero el “4 horizontal” constaba de seis letras.

— ¿Será “balada”? ¿Balada anónima? ¡Sí, claro! La

Balada anónima dejó huella.

Isidro recordó algo. En la carta se decía que el crucigrama mezclaba su sensibilidad con el dolor de Salka. Ahora veía claro que “el 2 y el 3 causan el mayor daño físico” tenía que referirse a este último, al dolor. De momento, no podía hacer nada con esa parte.

El 5 es el final de tu flor. Ojalá lo hiciera el eslabón más débil de la cadena, a su derecha

La frase podría haberse escapado si no fuera por el “tu”. Al hablar de “su” flor, Isidro se dio cuenta de que hablaba de otra de sus canciones: “Flor de Menta”. No lo había detectado antes porque su partitura no estaba en la carpeta de fundas, junto a las demás. Hacía unos días la había extraído para leerla mientras la cantaba con su guitarra, como solía hacer habitualmente con cualquiera de sus temas. La había escrito hacía tanto tiempo que no solía acordarse de las letras. Ahora, “Flor de Menta” estaba en su mesilla de noche; fue a buscarla, sigilosa mente, para no despertar a Marlene. Esta se “revolvió” en la cama al entrar él, pero no se despertó. De regreso, entró en “http://cafema.webs.ull.es/TECNI_CASMUESTREO/tecnicasmuestreo.htm”.

Se trataba de una descripción sencilla y directa de cómo se trunca una vida inocente.

Alma ingenua, cara de ángel

Ataviada de atracción

La llamaban Flor de Menta Por aquel salvaje olor Sus amigas tonteaban Ella huía del amor

Flor de Menta espera en sueños

A su príncipe Ilusión

En abril, Semana Santa Un don Juan la deslumbró Manejaba las palabras Disparando al corazón...

— ¿Cuál era el final de mi flor? ¿Con cuatro letras? El final de mi flor está al final de la canción, en la estrofa que se repite tres veces:

Y se dice que un día Donde yace la flor Aromática menta De la tumba brotó

— ¿Yacer? ¡Yace! Es la única de cuatro letras. Flor de Menta, al final, yace. Espero que sea esto.

La otra parte de la línea cinco no la comprendía. No sabía nada del “eslabón más débil de la cadena”. 6. A las primeras jamás las tuviste, ni siquiera en sueños. La segunda era el material de la espuma.

—Ahora toca buscar en “Sueños”. —Isidro releyó la canción de principio a fin, buscando la pista—. ¡Aquí está la estrofa! No puede ser otra.

Soñó ser el dueño de un tesoro en el mar

E invitó a las sirenas a danzar

Y esas jóvenes ninfas que no tuvo jamás

Desfilan desnudas por el bar

— ¡Bien! La primera del “6 horizontal” es “ninfas”. Vamos a por la espuma.

Recordaba haber escrito algo sobre la espuma en un par de canciones. Le sonaba de “Balada Anónima”. Releyó la canción pero no encontró ninguna mención al respecto.

— ¿Tal vez en “Tocado de la cabeza”? —El profesor buscó esta canción en la carpeta y la leyó detenidamente. Sabía que allí hablaba de playas y de olas, pero tampoco encontró ninguna frase con la palabra “espuma”.

Entonces lo recordó. Era más simple que eso; había estado buscando algo relacionado con el mar y las olas, pero era en el estribillo de “Inma” donde aparecía esa palabra; tantas veces había cantado ese estribillo, que había automatizado todos sus vocablos y no lo había relacionado:

Inma

Roja espuma de chicle

Pirulís infantiles

Y palotes “de a diez” Inma

Chupachups afrutado Como un beso en los labios Salpicado en “soufflé” Inma

Confitura de tarro Tuttifrutti en los labios Toque malva en la piel Inma

Caramelo que droga Como un beso en la boca Empalagado de miel

—El material de la espuma es el chicle. ¡Ya te tengo, seis horizontal!

La última línea horizontal no tenía número, pero estaba claro que se refería al “7”:

La última es la que marca la diferencia.

— ¿Aquí están de nuevo tus inquietudes? ¿O mis canciones?

Se levantó y se puso a pasear, aleatoriamente, a uno y otro lado del despacho. Llevaba las gafas en la mano e, instintivamente, se las ponía y se las volvía a sacar. Murmuraba lo que iba pensando.

— ¡Claro!

Al pasar revista a su obra, no se había dado cuenta, pero ahora sí. Uno de sus temas versaba sobre una relación imposible (o tal vez no tanto); una pareja separada por una barrera aparentemente insalvable: la “Diferencia Intelectual”. Isidro la “sintonizó” en “<http://cafema.webs.ull.es/ESTADISTICA/profesorado.htm>”.

— ¡Claro! La diferencia. La diferencia intelectual.

Semianalfabeta Jenny, corazón fresa

Él se fue con ella por su forma de besar
Con un guiño al final

La salvaje inculta sabe que atrapó estrella
Dueño de una empresa, un Ferrari para fardar
Y un chalet junto al mar

**

En Estadística, los Números Índice permiten comparar el valor, el precio o la cantidad de una magnitud en un “período actual” respecto a un “período base”. Dan respuesta a preguntas como las que se hacía Isidro: ¿Qué valor tiene, si es que tiene alguno, la carta de Salka en 2010 tomando como base 1997, el año en que fue escrita? Ese valor ¿ha experimentado algún incremento o alguna disminución?

**

De momento, había terminado con las horizontales y con el crucigrama. Era la hora de irse a descansar.

Tú percibes el mayor drama social en La: en la 1 horizontal y vertical.

Horizontal.

El 2 y el 3 causan el mayor daño físico. Entre ambos, el lugar donde el marcica trizalaspisadas. En ese lugar también dejó huella el 4.

El 5 es el final de tu flor. Ojalá lo hiciera el eslabón más débil de la cadena, a su derecha.

6. Alasprimerasjamáslastuviste,nisiquieraen sueños. La segunda era el material de la espuma.

La última es la que marca la diferencia.

1 2 3 4 5 6 7 8 9

11. SERIES TEMPORALES

Una Serie Temporal es una sucesión de observaciones numéricas ordenadas en el tiempo. Caracteriza el aspecto dinámico de la Estadística.

Al día siguiente, se despertó zarandeado por su mujer, mientras creía escuchar en sueños cómo la melodía de una de sus canciones se detenía en una nota y esta se emitía de forma ininterrumpida, en un siseo infinito: el despertador solicitaba una respuesta y no le hacían caso.

—Vamos, cariño, apaga eso y levántate —susurraba la adormilada Marlene.

—Lo siento, anoche dormí muy mal. Estaba inquieto. Además, tuve una erección incontenible; ¡hasta te he manchado la ropa!

—No pasa nada. Ya la meteré en la lavadora.

Isidro esperaba que Marlene le pidiera detalles del sueño erótico; no sabía si contarle la verdad o deformarla. No le gustaba mentirle, pero, ante el embarazo de ella y la inestabilidad de él, no creía estar preparado para enfrentarse a una absurda e innecesaria discusión que no conduciría a ningún lado. Aunque Marlene, más que discutir, solía dialogar y razonarlo todo hasta extremos extenuantes. En cualquier caso, no tenía intención alguna de hablarle de la carta. No quería compartir con ella sus secretos, y eso lo entristecía; siempre habían tenido una sólida confianza mutua y él la estaba traicionando. El sentimiento lo desgarraba por dentro.

En el fondo, no temía que Marlene lo instase a olvidarse de aquel absurdo galimatías del pasado. Lo que le aterraba era que su mujer, dada su curiosidad insaciable, se implicase en aquella carta y, a través de ella, explorase la intimidad más profunda y blindada de su marido; los secretos que Isidro pensaba llevarse a la tumba; su tristeza por haber amado a Inma con mayor pasión que a ella; su obra, exhibida abiertamente por una desconocida.

Pero Marlene no se había despertado del todo y lo dejó pasar. Seguramente, en otro momento lo interrogaría. Él le contaría que no se acordaba del sueño. Ella insistiría, pero el profesor no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

La mañana en la universidad se le hizo bastante pesada; no había dormido casi nada y tenía que recurrir a visitas extra a la cafetería. En uno de sus descansos, se encontró en el ascensor a Agustín, acompañado de otras dos alumnas. Parecía mucho más animado que en otras ocasiones. “La componente estacional de una serie temporal”, comparó Isidro. “Los altibajos sucediéndose en el tiempo; sube, baja, sube, baja...; variaciones periódicas repetitivas”.

**

Las ventas de abrigos de una empresa de pieles aumentarán en otoño y se dispararán en invierno; en primavera, iniciarán una caída en picado. Son los movimientos estacionales. Aunque, eso sí, lo más importante para la empresa será la situación al final del ejercicio, el resumen anual: la tendencia, variación a medio y largo plazo, es la que marca la regularidad. Pero los movimientos de Agustín estaban acribillados por fuertes oscilaciones estacionales.

**

—Hola, profe.

Isidro tuvo una idea.

—Hola, Agustín. Oye, me gustaría hablar un momento contigo. ¿Podrías venir a mi despacho?

—Desde luego.

En el trayecto desde el ascensor hasta el cubículo donde Isidro trabajaba, no se dirigieron una sola palabra.

—Pasa —invitó el profesor.

El joven se notaba de nuevo a la defensiva. Su profesor de Estadística lo había pillado desprevenido; no sabía de qué iba aquello. ¿Insistiría en hurgar su intimidad?

—Verás, Agustín —continuó Isidro—, se trata de tu tío. Quería hablar con él. No quiero pedirte directamente su teléfono porque me parece una intromisión. Así que te agradecería que le dieras el mío y le digas que me llame.

— ¿Ocurre algo? Creo que, hasta que no sean los exámenes, no debería sacar conclusiones precipitadas sobre mi rendimiento.

—Lo siento, Agustín, no se trata de ti. Siento haber generado ese malentendido. Es un asunto personal.

—Lo intentaré, pero no le prometo nada —respondió el alumno—. Mi tío siempre está muy ocupado y estoy casi convencido de que dirá: “Ya lo llamaré”; y luego se olvidará, e incluso perderá el número de teléfono.

—Está bien... En cualquier caso, coméntale que hay un asunto que me tiene intrigado. Dile que se trata de Salka, una mujer que estudió con él.

—De acuerdo, se lo diré cuando lo vea.

—Gracias.

Agustín salió del despacho dejando, de nuevo, un intenso aroma de intriga. ¿Por qué repetía otra vez “cuando lo vea” si vivía con su tío? Isidro no quería más misterios en su vida y resolvió que era un muchacho bastante raro.

Por la tarde fue a caminar con Marlene, quien, al regresar, tenía bastantes molestias; el embarazo iba bien, pero a veces le pasaba factura. Ella se fue a descansar e Isidro aprovechó la intimidad para dar otro empujón a sus secretos ocultos. Ahora tocaba las verticales.

El 2 marca el inicio y el final. El de arriba, su amor, la dejó tirada abajo.

El cuatro, primero presume de serlo, con complejos. Luego, cada una de ellas crea adicción.

En el 6 se perdió el pastor.

8. Por su culpa puede que no recuerdes mi nombre, de la misma manera que tampoco recuerdas el suyo.

Del 9 parece estar hecho tu apellido.

3, 5 y 7 forman un anagrama de lo que ansío en estos momentos.

La Reina Bruja vivía antes y después del campo. Tiene algo de Marlene.

O no tenía la inspiración nocturna, o la primera definición no había por donde atacarla. Eran dos palabras que marcaban el principio y el final. Isidro peinó el contenido de sus canciones buscando alguna pista. Contaba con todas las consonantes de la segunda palabra (de hecho, la intuía), pero eso no parecía ayudarle, de momento.

Durante la revisión de los temas sí que hizo un descubrimiento que certificó, definitivamente, la primera palabra que había colocado: la “6 vertical”. Había intuido “campo” y la última frase, la de la Reina Bruja, así parecía aclararlo. Ahora ya no le quedaron dudas; en la estrofa inicial de “Es La Palma”, que tenía ubicada en [“http://cafema.webs.ull.es/ESTADISTICAL/evaluacion.htm”](http://cafema.webs.ull.es/ESTADISTICAL/evaluacion.htm), composición inspirada en la nostalgia que le producía vivir fuera de casa cuando estudiaba, estaba el lugar donde se perdió el pastor:

Joven amanecer Escarcha en los pinos En el campo un pastor Entre cencerros perdido

Cuando el sol trae de los árboles

Zumo de eucalipto Cuando el norte huele a ñame El sur se inunda de vino

La “2 vertical”, supuso, correspondería a la vida y experiencias de Salka, no a las suyas.

La frase siguiente creía tenerla fácil con solo ojearla. La primera palabra la encontraría en “Complejos”, y la segunda, sin tener que pensarlo mucho, era “calle”, y pertenecía a la letra de “La Laguna”; uno de sus versos lo decía: “adicción crean sus calles”. ¡Y encajaba perfectamente! En “Complejos” encontró el párrafo:

Presume de mujeres y de ser un ganador

Dotada la entrepiera de rencor¹ — ¿Presume de serlo? De ser un ganador. ¡Ya te tengo, Salka!

Pero su euforia se esfumó al comprobar que, si bien coincidía el número de letras, la palabra “ganador” no encajaba: la “4 horizontal” lo impedía.

— ¡No, no, no! ¿Qué pasa aquí? ¿Será la “4 horizontal” la que esté mal?

La revisó minuciosamente y concluyó que así era.

— “En ese lugar también dejó huella el 4”. El “4”. Él. Masculino. No puede ser “Balada”. Entonces... en la arena también dejó huella el “4”.

Revisó “Balada anónima” pero no aclaró nada; la noche anterior, ya había calzado la palabra “balada” en ese espacio con muchas dudas.

— ¿Qué o quién dejó huella? El mar cicatriza pisadas en la arena. ¿Tal vez esta parte sea de otra canción y yo estoy partiendo de una premisa equivocada?

Isidro había llegado a la palabra “arena”, en la “2 horizontal”, a través de “Balada Anónima”. Y la “4 horizontal” “también dejó huella en la arena”, pero podía estar en otra canción.

— ¡Sí! ¡Ya lo tengo! ¡Ahora no puedes engañarme!

¡Soy el puto amo!

Cuando Isidro era muy joven, aún menor de edad, conoció a un personaje que era todo un mito viviente en La Palma. Los rumores decían que había perdido la cabeza por una mala caída en ala delta, pero a Isidro le sonaba a leyenda urbana. Lo cierto era que Evaristo, que así se llamaba, recibía una paga por incapacidad mental; muchos decían que vivía del cuento. A él le había dedicado (unos años después) una canción titulada “Tocado de la cabeza”, en la que

contaba su historia en versos, a la que se accedía “pinchando” (en su web) “ESTADISTICA EMPRESARIAL I” y luego “INFORMACIÓN”.¹ Junto a un almendro, refugiado en una cueva

Vive de un sueldo que le pagan “por la jeta” Dos amuletos: la postal de Santa Rosa

Y un almanaque de una tía en pelotas Fiesta en su pueblo, en pijama a la verbena Baila agarrado al fantasma de una vieja Que estuvo hace tiempo en su agenda

Lo animan todos y se sube al escenario

Y entre las burlas desafina unos cantos En el estribillo de la canción encontró las palabras

“huella” y “arena”: Cuenta que estuvo en la guerra

Jura por Dios incoherencias Solo en la playa contando las olas De pies a cabeza vestido de rosa Queda marcada en la arena

La huella gris de un demente

Tocado de la cabeza Quien dejó huella en la arena no podía ser “demente”, porque no cabía, pero sí “tocado”.

—Mi “tocado de la cabeza” —murmuraba Isidro. Tachó la definición y colocó la palabra tras borrar “balada”. También escribió “ganador” en la “4 vertical”.

El 2 marca el inicio y el final. El de arriba, su amor, la dejó tirada abajo.

El cuatro, primero presume de serlo, con complejos. Luego, cada una de ellas crea adicción.

En el 6 se perdió el pastor.¹ 8. Por su culpa puede que no recuerdes mi nombre, de la misma manera que tampoco recuerdas el suyo.

Del 9 parece estar hecho tu apellido.

3, 5 y 7 forman un anagrama de lo que ansío en estos momentos.

La Reina Bruja vivía antes y después del campo. Tiene algo de Marlene.

— ¿Qué haces, Isidro?

La voz de su mujer, quien había entrado sigilosamente hasta colocarse a su espalda y observar por encima de su hombro, le heló la sangre.

—Pues... estoy resolviendo un acertijo.

— ¿De qué se trata? ¿Me dejas ayudarte?

— ¿Ya estás mejor? —preguntó Isidro para ganar tiempo. Pero ella no estaba dispuesta a concedérselo.

—Sí. ¿Qué tienes ahí? ¿Ésa es la carta que te dio

Dora cuando fuimos a Arona? — Marlene se mostraba¹ inmisericorde.

— Sí, una fotocopia, ¿cómo lo has adivinado? Se trata de una especie de acertijo relacionado con la Estadística —mintió Isidro y, enseguida, se dio cuenta de su error. Marlene la iba a leer, sí o sí. Trató de arreglarlo como pudo—. Bueno, quiero decir que es de una antigua alumna a quien di clase en la primera promoción de mi vida laboral. No la recuerdo mucho, pero creo que está un poco mal de la cabeza. El caso es que pone unas cosas muy raras, pero el crucigrama que hay aquí, en esta parte,

¿ves?... Ha despertado en mí cierta curiosidad.

— ¿Desde cuándo estás con eso? ¿Cuándo abriste la carta? Hace varias semanas que la has recibido. ¿Por qué no me has dicho nada?

— ¿Y por qué mi mujer me interroga de esta forma si no he hecho nada malo?

— Déjate de tonterías y ponme al corriente. El embarazo me tiene aburrida y quiero participar en este juego.

Si a Isidro León le quedaba alguna esperanza de dar marcha atrás, acababa de perderla para siempre.

**

Las series temporales están sujetas a varios factores; algunos de estos hacen referencia a una variación a corto plazo y otros a largo plazo; estos últimos (recogidos en la Tendencia) son los que dan la idea de regularidad. Isidro sabía que, si bien a corto plazo Marlene parecía entusiasmada y colaboradora, a la larga, tendencialmente, su comportamiento se iría moldeando conforme a su carácter; desde que¹ descubriese que aquel peligroso juego lo estaba trastornando, le invitaría a abandonarlo. Tenía que darse prisa en resolver el enigma.

**

Esa misma noche, el profesor de Estadística tomó una decisión. Era una idea que ya se le había pasado por la cabeza, aunque suponía que no le iba a llevar a ningún sitio. Se trataba de escribirle a Salka a la misma dirección del remitente. Pero, desde 1997 hasta 2010, lo más probable era que una persona como Salka, acostumbrada (y empujada) a huir hacia delante, hubiese cambiado de ciudad o, por lo menos, de domicilio.

Lo que más preocupaba a Isidro era el robo de su intimidad y, sobre todo, cómo podía haberse producido este. Escribió aclarándole a Salka que no había recibido la carta en su momento y que, ahora, con el paso del tiempo, le gustaría saber de qué iba todo aquello. Se interesó por

saber cómo habían llegado a ella sus canciones, exigiendo una explicación al respecto. A la mañana siguiente, echaría la carta en el buzón, con pocas esperanzas de recibir contestación. Pero no tenía nada que perder.

1

SEGUNDA PARTE

TEORÍA DE LA PROBABILIDAD

12. CÁLCULO DE PROBABILIDAD

La Teoría de la Probabilidad, basada en el azar y la incertidumbre, contiene los fundamentos teóricos que permiten el paso del nivel descriptivo al inferencial. Estudia los fenómenos aleatorios: aquellos fenómenos que, ante las mismas condiciones iniciales, pueden dar lugar a resultados diferentes.

Aunque quería dar un paso más, pasar de la mera descripción a la investigación y extrapolación de datos que le llevaran a obtener conclusiones, el resto de la tarde no le permitió que avanzase con el pasatiempo. Tuvo que detallarle a Marlene todos los pormenores de lo que había descubierto conforme ella le iba planteando los múltiples interrogantes que transmitía la carta.

—Pero si es “prácticamente una desconocida para ti”, según ella misma dice, ¿qué pretendía de ti? ¿Por qué te escribió?

—No lo sé, realmente no lo sé.

—Pues tiene que haber una razón —insistía Marlene—. ¿Cómo has adivinado tantas palabras? Yo no entiendo nada.

Isidro se vio obligado a confesar lo que no se atrevía, aunque tampoco tenía sentido ocultarlo. Él no se consideraba responsable.¹ —Creo que tiene (o tenía) mis canciones. Las letras de mis canciones. Por eso habla de mi sensibilidad. Aunque eso no explica que me haya escrito. No lo entiendo bien.

— ¿Cómo que tiene tus canciones? ¿Te dedicabas a repartir copias en clase entre tu alumnado? Si no recuerdo mal, las registraste en esta última década. ¿Cómo es que esta niña tenía tus letras, aún sin registrar?

—No era una niña; era mayor que el resto de sus compañeros. —Isidro deseó no haber dicho eso—. No tengo ni idea de cómo las conseguí. Yo nunca las saqué de casa.

—Más bien será que no te acuerdas, porque si llegaron a sus manos es que hubo una filtración, aunque sea involuntaria.

Con todas las cartas sobre la mesa, Isidro se sintió más relajado.

— ¿Quieres que me olvide de esto, cariño? Lo estoy haciendo por curiosidad, pero puedo romper la carta ahora.

—Haz lo que quieras. Intenta terminar el crucigrama; no creo que yo pueda ayudarte si está relacionado con tus canciones. ¡Pero no te obsesiones!

La amenaza velada de la última advertencia lo incomodó. Tras el alivio por poder compartir con Marlene el acertijo, se sentía de nuevo culpable, viéndose otra vez solo y sin apoyo. Y lo peor era que, ahora, ella sabía lo que se traía entre manos e intuía que él estaba preocupado.

A la mañana siguiente, Isidro recibió una inesperada llamada al teléfono de su despacho, en la universidad. Era Sara, la mujer de Luis Figueruela.

—Hola, Sara. ¿Qué tal te va?

—Pues muy bien. Me alegro mucho de hablar contigo. Hace tiempo que no coincidimos. Creo que hace1 unos meses te vi en un supermercado, pero de lejos. ¿Va todo bien? Espero que Agustín no te cause problemas. Me ha dicho que te preocupas por él más de la cuenta.

—No, no me causa ningún problema. Es un muchacho encantador, aunque, tal vez, últimamente lo encuentro un poco descentrado.

—Creo que no debes preocuparte. Está pasando una etapa complicada a nivel personal, pero ya me ocupo yo del tema.

Sara, a sus treinta y tres años, era una persona muy segura de sí misma y no permitía que nadie le diera consejos sobre cómo proceder ante cualquier contratiempo. Con sutileza, dejaba claro a Isidro que no debía entrometerse en los asuntos de su sobrino político.

—Gracias por decírmelo, Sara. Si me has llamado porque te preocupa mi interés por los cambios de Agustín, te prometo que no volveré a atosigarlo —respondió Isidro, dejándole claro que había pillado la indirecta.

—No, no se trata de eso. Tampoco tiene mayor importancia. Te llamaba porque mi sobrino me comentó que querías hablar con Luis sobre Salka.

—Así es. Aunque, claro, también puedo hablar contigo. Tú también estudiaste en su promoción. Siento haber solicitado hablar con Luis y no con cualquiera de vosotros dos. Es una descortesía por mi parte.

—No tienes que preocuparte por eso, Isidro. —El tuteo de Sara venía desde que fue su alumna. Dado que Isidro empezó a dar clases con veintitrés años, no permitía que nadie lo

tratara de “usted”, porque creía que eso lo disfrazaba con una capa de vejez que no se merecía. Al profesor le incomodaba que, ahora, Sara pareciera “preocuparse de que Isidro no se preocupase”, pues repetía una y otra vez la misma respuesta.¹ —En cualquier caso, quería información sobre

Salka. Te agradecería mucho tu ayuda.

—Bien... Lo que ocurre es que Luis está muy ocupado con el trabajo. Seguramente ya te llamará, cuando Agustín le dé tu recado.

Isidro captó que Sara se estaba dando cuenta de que había metido la pata. ¿No podía darle el recado ella misma? Empezó a hablar atropelladamente, exhibiendo así su nerviosismo.

—Mira, yo no recuerdo mucho sobre Salka, pero, si quieres, puedes hablar con Rosa Martínez. Ellas se llevaban muy bien. Te dejaré su teléfono.

—No te molestes, Sara. No me gusta llamar a nadie que no conozca bien sin trasladarle previamente mis intenciones. Suena un poco raro, pero yo soy así.

—En ese caso haré lo siguiente: yo llamaré a Rosa y le diré que se ponga en contacto contigo. Te aseguro que estará encantada, pero ten cuidado con ella. Te va a asaltar sin piedad — respondió Sara.

— ¿De qué me estás hablando, Sara?

—Verás, resulta que Rosa es ahora una especie de militante activa de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Creo que vive de eso; no lo sé. Su única actividad es “comer el coco” a todo el que se cruce en su camino. Por eso te prevengo.

El comentario de Sara le recordó a un primo de Marlene. El profesor no sabía exactamente de qué vivía, y si alguien le preguntaba por su profesión, él decía con toda naturalidad que era cantante de salmos.

—Gracias, Sara. Mira, no sé si te pareceré entrometido; sé que no es asunto mío, pero os tengo mucho aprecio y tal vez me aclare el comportamiento de Agustín. ¿Os van bien las cosas a Luis y a ti? —Isidro apretó la mandíbula y descargó el sobrecejo contra los¹ ojos, en una defensiva expresión facial dispuesta a recibir una fuerte reprimenda.

—Me alegro de haber hablado contigo, Isidro. —La brusquedad con que soltó el teléfono fue lo último que percibió. Por lo visto, Sara era incapaz de asumir su (supuesta) separación; su actitud (igual que la de Agustín) le parecía de lo más infantil.

*

Esa misma tarde recibió en su despacho una visita sorpresa. A pesar del enojo que le había causado a Sara, tenía que reconocer que la “¿mujer?” de Luis había cumplido su palabra. Pero

Isidro nunca podía esperar ni una respuesta tan rápida ni una visita directa, en vez de una llamada telefónica. Estaba claro que Rosa tenía mucho interés en hablar con él, aunque sospechaba que no precisamente sobre Salka.

—Hola, Isidro.

—Hola. Creo que me suena tu cara, pero no estoy seguro.

Al principio no se acordaba de ella. De hecho, el nombre de Rosa Martínez no le decía nada. Cuando Sara la nombró, sabía que era otra alumna de la promoción, pero sin rostro. Las facciones de aquella cara redonda y excesivamente maquillada le trajeron a la mente a una jovencita bastante morena que pasaba desapercibida en clase.

—Soy Rosa. Fui compañera de clase de Sara y de

Salka. Sara me dijo que querías verme y aquí estoy.

—Eres muy amable por haber venido. No tenías que haberte molestado.

—Para mí no es ninguna molestia hablar con las

personas. Además, es mi deber. Seguro que Sara te habrá¹ prevenido sobre mí, la conozco. ¡Y tiene razón, soy un poco pesada! Pero, si tienes cinco minutos, te agradecería que escucharas un mensaje que, con toda seguridad, como mínimo te hará pensar y replantearte algunos conceptos de tu existencia.

La entrada a saco de Rosa fue un error por su parte. Isidro era un ateo convencido. Tan convencido que “pecaba” a menudo de intolerante con los creyentes más recalcitrantes. Normalmente se mantenía al margen de cualquier discusión religiosa o ideológica, pero cuando lo encaraban abiertamente, cuando lo provocaban, trataba de construir argumentos contundentes y agresivos para defender su postura. Su falta de diplomacia en este aspecto era algo que no podía controlar. Por eso estalló y entró al trapo, olvidando el asunto que le había llevado hasta Rosa. Y ese pudo ser un gran error por parte de Isidro.

—Lo siento, Rosa, pero yo, cuando quiero comprar algo, me dirijo a un punto de venta. No compro nada cuando el punto de venta viene a mí.

—Yo no vendo nada, Isidro —se defendió Rosa.

—Sí, tú vendes tus ideas.

—En todo caso, un poco de paz para tu espíritu.

—Bien, te aseguro que no me interesa tu mensaje —respondió Isidro agresivamente—. Pero tal vez quieras oír el mío. Si tienes cinco minutos, como tú dices, podría explicarte por qué no me interesa nada de lo que me puedas transmitir. No quiero ser grosero, solo darte a entender que no me creo lo que me cuentas, incluso antes de escucharlo.

—Estaré encantada —contestó Rosa, manteniendo una digna calma que Isidro envidiaba—. No me importa escucharte aunque tú no me escuches a mí.

—De acuerdo —respondió Isidro, sin caer en la trampa emocional que le tendían—. Te doy a elegir.¹ Tengo un argumento estadístico y una teoría. ¿Qué prefieres?

—Supongo que el argumento estadístico, que es lo tuyo.

Él sabía que en ese terreno tenía ventajas, pero no estaba dispuesto a compadecerse de ella.

—En primer lugar, caben dos posibilidades: que tú te estés lucrando de esta “evangelización” sin creer realmente en ella, en cuyo caso cometes un fraude, o que realmente creas lo que predicas, en cuyo caso, tal vez mi argumento, cuando lo proceses, te haga abrir los ojos y entonces digas que has visto la luz.

—Te aseguro que mis creencias son muy sólidas y nada me las va a tumbar —respondió Rosa.

—Aquí va lo que opino. Hoy me vienes a visitar tú, una evangelista, y me cuentas una historia tan atractiva, sugerente y esperanzadora como poco creíble. Construida con toneladas de romántica poesía; pero la poesía solo son palabras. La solidez de la base de tu historia es muy discutible.

—No estoy de acuerdo. Te puedo demostrar que es bastante sólida —dijo Rosa.

—Espera, que sigo. Si quieres retiro todo lo de la solidez, no voy por ahí. Mañana me viene a visitar un católico y me cuenta otra historia totalmente diferente a la tuya. Tal vez con los mismos protagonistas, el niño del pesebre, la mula, la virgen, los querubines... Pero otra historia diferente. Pasado mañana me visita una pareja de mormones y me larga otro rollo. Luego viene un budista, un testigo de Jehová, un bahá'í, un musulmán, un hinduista...; algunas historias, ni siquiera se parecen entre ellas. ¿Me sigues?

—Te sigo —contestó pacientemente.¹ —Tú que has estudiado algo de matemáticas, te voy a poner dos supuestos restrictivos para poder terminar mi razonamiento. Primero: supón que en el mundo existen cien religiones, sectas, creencias, filosofías; llámalo como quieras. Te permito que incluyas el ateísmo aunque este signifique la no creencia. Segunda restricción: supón, y ya es mucho suponer, que todas y cada una de ellas son equiprobables; o sea, que cada persona que me ha visitado a lo largo de cien días tiene la misma probabilidad de que la historia que me cuenta, la historia en la que cree, sea cierta. Entonces, querida Rosa, la probabilidad de que lo que tú me puedas contar sea creíble sería tan solo del uno por ciento. Y por ese uno por ciento no merece la pena escucharte.

Isidro sabía que se había pasado. Los acontecimientos de las últimas semanas habían alterado sus niveles de agresividad y, ahora, descargaba toda esta contra la inocente Rosa. Estaba siendo tremendamente injusto, pues ella no tenía nada que ver con que una desconocida regresara de 1997 para decirle: “Tengo tu obra, tu intimidad, aquello que mantenías en secreto. Plagio. Profanación”. Rosa permanecía en respetuoso silencio. ¿Cómo iba a pedirle ahora que le hablara de Salka? Si la historia de Rosa tenía una credibilidad del uno por ciento, la probabilidad de que lo enviara a la mierda era del noventa y nueve por ciento restante.

—Lo siento, Rosa —se atrevió a reconocer Isidro, agachando la cabeza—. Tengo algunos problemas personales y acabo de pagarlos, todos y cada uno de ellos, con la persona que menos se lo merece.

—No te preocupes. En cualquier caso, no creo que haya diferencias tan contradictorias o insalvables entre las diferentes religiones. Tal vez, si miraras un poco más en tu interior, te darías cuenta de lo equivocado que estás.¹ Creo que será mejor que cambiemos de tema, porque está claro que no llegaríamos a ningún sitio. Querías hablar sobre Salka, ¿no? —Su tono sonaba ahora algo más distante.

—Entenderé perfectamente que prefieras marcharte por lo grosero que he podido ser. Yo te he llamado y he sido un anfitrión estúpido.

—No, tú solo has dado una opinión, y yo te lo respeto. ¿Qué pasa con Salka? ¿Tienes noticias tuyas?

—Algo así. No puedo contártelo todo, porque me han pedido que lo mantenga en secreto —mintió Isidro—. Alguien quiere averiguar qué fue de ella. Por lo visto, desapareció tras las navidades de 1996.

—La verdad es que no sé qué ocurrió después de la fiesta. Supongo que se enfadó tanto que lo abandonó todo. Cada persona tiene una capacidad de aguante diferente.

— ¿De qué fiesta me hablas? —preguntó Isidro con interés. aquella prometía ser una buena pista—. ¿Por qué dices que se enfadó?

—La fiesta de antes de Navidad. Cuando terminaron las clases, nos fuimos todos a celebrarlo en un local alquilado. Pero ¿no estabas tú allí?

—Te aseguro que en tal caso lo recordaría, Rosa.

— ¡Claro, tienes razón! Me estoy haciendo un lío. Hace tanto tiempo... Te estaba confundiendo con Mauro, ya sabes, por el acento de La Palma. Ahora me acuerdo perfectamente. Mauro estaba un poco... pasado... ese día.

—Ya. Y... ¿qué ocurrió?

—No recuerdo mucho, pero un grupo de compañeros, algo bebidos, se metieron con ella. Fueron bastante crueles.

— ¿Cuánto de crueles?¹ —Mucho. —Rosa hizo una larga pausa. Estaba calculando el daño que podía hacer con sus palabras—. La llamaban “negra”, despectivamente. Le preguntaban cómo follaba una negra cuando estaba “salida”. Ese tipo de cosas. La humillaron, la vejaron.

— ¿Quién? Necesito los nombres, Rosa. Es importante. Estas cosas no deben quedar en el olvido por mucho tiempo que pase. —Isidro no sabía realmente qué podía ganar él con esa información, pero algo, tal vez la carta, lo empujaba a averiguarlo.

—No me acuerdo, Isidro; hace mucho de aquello. Una persona se envalentonó y el resto la siguió. Ya sabes lo que hace el alcohol.

Pero Rosa no disimulaba bien. Estaba claro que se acordaba quién era esa persona.

— ¿Quién es, Rosa? Dímelo, por favor. ¿Quién fue el instigador?

—La instigadora —contestó al fin.

— ¿Una mujer? ¿Una compañera?

—Sudamericana, para más señas. ¿Recuerdas a

Silvana Amanca, aquella chica del Perú?

—Claro que sí. Era una alumna muy brillante. Creo que fue la primera de vuestra promoción. ¿Ella acosó abiertamente a Salka?

—Yo tengo una teoría —se aventuró Rosa—. A principios de curso, Silvana recibió en sus propias carnes el acoso xenófobo, muy sutil, de algunas personas de clase. Había tres o cuatro desgraciados con la boca muy afilada, y la broma y la burla eran escupidas continuamente. A Silvana le llegaron comentarios, de eso estoy segura. Posiblemente ella escuchó algunas puyas racistas. Me da la impresión de que, en vez de encarar el problema, lo que hizo fue ocultarlo, taparlo. Lo escondió detrás de otro. Convirtió a Salka en el centro de la diana.¹ Poco a poco fue ganándose la confianza de la clase. Tenía una gran habilidad para la manipulación y sacó partido de eso. Incluso logró el respeto de la persona que más se metía con ella al principio.

— ¿Quién se metía con Silvana? —preguntó Isidro.

—Pues... Luis Figueruela. Una de sus palabras favoritas durante las primeras semanas de clase era “sudaca”.

Aquella revelación no se la esperaba. Isidro tenía a Luis por un joven perfeccionista, meticuloso y algo presuntuoso; con la mala costumbre de corregir o complementar las opiniones de sus compañeros. Pero este aspecto no le cuadraba con su carácter. El profesor concluyó que todos tenemos nuestro lado oculto.

Invitó a Rosa a la cafetería de la Facultad, antes de despedirla. Pidieron dos cafés solos, muy cargado el de Isidro y muy claro el de Rosa.

— ¿Cuál es tu relación con Sara? ¿Hablas con ella a menudo? —preguntó, concentrado en el vaho que subía de su taza.

—Sí, somos buenas amigas. Casi todos los jueves quedamos en el Centro Comercial Meridiano, en Santa Cruz, y nos tomamos un café. Hablamos de cualquier cosa menos de religión; Sara me lo tiene prohibido por el bien de nuestra amistad. A veces se me escapa algo, ya sabes, reconozco que soy un poco pesada.

— ¡Qué va! —rió Isidro—. Oye, Sara me contó su problema con Luis; creo que es una auténtica pena —disparó a ciegas.

— ¿De qué estás habl...? ¿Te lo ha contado? ¡Pero si me hizo prometer que no te diría nada!

—Bueno, ella y yo tenemos cierta confianza. No tenía que haberlo mencionado, perdona mi indiscreción. Espero que no le digas que hemos hablado de esto, pero,1 en cualquier caso, sigo diciendo que es una lástima. — El anzuelo había llegado hasta la garganta de Rosa. Ahora faltaba que lo enganchara.

—Hasta cierto punto —picó Rosa—. Hacían una buena pareja, de acuerdo, pero si tu marido te la pega con su secretaria, lo mejor es mandarle a paseo.

A Isidro le sorprendió la contundente respuesta, viniendo de una mujer tan religiosa.

— ¿Su secretaria? Sabía que era alguien de la empresa, pero no exactamente quién —mintió, buscando más información.

—Su secretaria, su socia, la señora de la limpieza,

¿qué más da? El caso es que, en cuanto Sara confirmó sus sospechas, lo invitó a marcharse de casa y, el muy cabrón, al día siguiente ya estaba instalado en el apartamento de su secretaria. Creo que es mucho más joven que él, pero no estoy muy segura. Supongo que la crisis de los treinta lo llevó a buscar nuevas experiencias.

—Te agradezco mucho que me hayas hablado de Salka. Sara me dijo que eras amiga suya. ¿No recuerdas nada más sobre aquella fiesta?

—Amigas... Realmente era complicado ser amiga de Salka. Era muy seria y extremadamente reservada. Pero Cristina, Anita y yo tratamos, a nuestra manera, de protegerla. Nos daba mucha pena su situación.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Isidro.

—Sabíamos que había llegado en una de las primeras pateras que entraron en Canarias. Tenía una mirada muy triste y su introversión no la ayudaba. Tratábamos de darle conversación, pero ella respondía casi siempre con monosílabos. ¡Al principio, hasta llegamos a pensar que no dominaba el idioma! Pues resulta que, en la fiesta, mientras era salvajemente humillada por un grupo de energúmenos capitaneados por Silvana Amanca, la gran1 mayoría permanecía en silencio, avergonzada. Avergonzada pero sin mover un dedo. Finalmente, fue Anita quien sacó a Salka de allí; fue la última vez que vi a la africana, saliendo por la puerta del local, con las lágrimas resbalando por su ropa.

— ¿Dónde puedo localizar a Anita y a Cristina?

—A Cristina no lo sé. Creo que se fue de Canarias al terminar los estudios. A Anita es más fácil. Es mi mujer.

—Vaya, veo que Sara y Luis no fueron la única pareja que surgió de vuestra promoción.

Tras decir esto y procesar lo que acababa de escuchar, los ojos de Isidro se abrieron, llenos de estupefacción e incredulidad. Esto ya superaba la lógica.

— ¿Cómo que es tu mujer? ¿Quieres decir que la Iglesia Adventista acepta la homosexualidad? ¡Eso no me lo trago!

—No, no la acepta. La Biblia no le da cabida. Mi Iglesia se opone y es un yugo que tengo que soportar. Oficialmente, nadie de la congregación lo sabe. Aunque, más bien, se hacen los locos y no preguntan; al fin y al cabo, es mi vida privada. Cuando digo “mi mujer” me refiero a que es mi pareja, pues realmente no estamos casadas, porque entonces sí que me expulsarían.

Había sido un día tan sorprendente como productivo, pues había obtenido respuesta a algunas incógnitas importantes.

**

Si la entrevista con Rosa hubiera tenido lugar otro día, en otro momento o en otro contexto, los resultados, quizá, no habrían sido tan fructíferos. Es lo que tienen los fenómenos aleatorios: pueden dar lugar a varios resultados posibles y nunca se sabe, de antemano, el resultado final. El azar había jugado a su favor, permitiéndole obtener aquella información.

**

Había detalles realmente inquietantes, sobre todo el papel que desempeñaba Silvana Amanca. Para evitar los acosos, podría haber empleado su gran inteligencia de otra forma, pero había preferido ofrecer a sus coyotes otra pieza más débil, comprando así su propia libertad. Parecía que la primera promoción a la que Isidro había enseñado Estadística era una promoción maldita: una norteafricana obsesiva y enigmática que había sido humillada, una paradójica fundamentalista de doble moral, un xenófobo que abandonaba a su mujer y a su sobrino huérfano, la acosada convertida en acosadora...

1

13. VARIABLES ALEATORIAS

Las variables aleatorias asocian números reales a los resultados de un experimento aleatorio.

Era viernes por la tarde. Estaba dispuesto a terminar, de una vez por todas, con aquel crucigrama endemoniado. Por lo menos, intentaría completar todo lo que le permitía su información.

Cuando cursaba los últimos años de carrera, Isidro León encajó uno de los golpes más duros de su vida. Un primo suyo, más amigo que primo, había fallecido por agresión con arma blanca. El azar se había cebado con una persona de nobleza extrema, con grandes dotes naturales para la música y el deporte, enemiga de cualquier polémica. Pero ese día, simplemente pasaba por

allí. Y allí se quedó. Noche tras noche, en sueños, Isidro era acribillado por aquel drama. Fue así hasta que compuso una canción, "La mirada de León", y, desde entonces, dejó de tener pesadillas. Tecleó en su explorador

"<http://cafema.webs.ull.es/TECNICASMUESTREO/temario.htm>

" y escuchó la melancolía y la tristeza de aquellos simples acordes a los que, algún día, igual que con el resto de sus canciones, tendría que añadir más instrumentación para aumentar su calidad.¹ Dominaba en los ochenta

La guitarra, la pelota, La parranda, los amigos, Las mujeres más hermosas Parecía estar hecho De imán

Al entrar en los noventa

Empuñaba una rosa Pero aquel hijo de perra Empuñaba otra cosa

Le tocó perder la vida

Por azar

A sus dedos arrancó la púa

A sus piernas arrancó el balón

Pero nunca, nunca la mirada de León

Ahora podía tachar la "9 vertical". Su apellido parecía estar hecho de imán.

El 2 marca el inicio y el final. El de arriba, su amor, la dejó tirada abajo.

El cuatro, primero presume de serlo, con complejos. Luego, cada una de ellas crea adicción.

En el 6 se perdió el pastor.

8. Por su culpa puede que no recuerdes mi nombre, de la misma manera que tampoco recuerdas el suyo.

Del 9 parece estar hecho tu apellido.

3, 5 y 7 forman un anagrama de lo que ansío en estos momentos.

La Reina Bruja vivía antes y después del campo. Tiene algo de Marlene.¹

La “8 vertical” lo traía de cabeza. Dado que Salka se dirigía a Isidro, la solución tenía que estar en las canciones. Pero ya lo había intentado una y otra vez. Ni siquiera las dos letras que ya tenía colocadas lo ayudaban. El profesor pensaba en alto, tratando de deducirlo por lógica.

—Por su culpa no recuerdas mi nombre. ¿Por culpa de quién no recuerdo tu nombre? ¿De Mauro? ¿De la Reina Bruja?

No había forma de avanzar. En cuanto a la “3, 5 y 7 vertical”, las dio por imposible, porque suponía que eran letras sueltas para combinarlas cuando estuvieran todas. Ese es el concepto de anagrama. Y entonces llegó el momento que Isidro estaba esperando con nerviosismo. Tenía una idea y una esperanza de descubrir uno de los principales enigmas de la carta. Algo que, desde el principio, llamaba su atención. No quería retrasarlo más.

— ¡Encaja, por favor, encaja! —rogaba Isidro, deseando saborear su triunfo y confirmar su intuición—.

¿Dónde era? ¡Antes y después del “campo”!

Pero Silvana no cabía. ¿Cómo era su apellido? Y el corazón de Isidro salió libremente por su boca, ante la suavidad con que encajaba el vocablo.

— ¡Amanca! ¡La Reina Bruja! —gritó, a la vez que escribía “Ama” antes y “nca” después de la palabra “campo”. Lo que aún no entendía y lo turbaba era qué relación podía tener Amanca con Marlene, pero, claro, eso era ficción, juego de palabras, algo que estaba en la letra de “Por amor a Marlene”. Ya lo investigaría.

Orgulloso de su trabajo, hizo una recapitulación de lo que le faltaba:

Tú percibes el mayor drama social en La: en la 1 horizontal y vertical.

Horizontal.

El 2 y el 3 causan el mayor daño físico. El 5 es el final de tu flor. Ojalá lo hiciera el eslabón más débil de la cadena, a su derecha.

Vertical.

El 2 marca el inicio y el final. El de arriba, su amor, la dejó tirada abajo.

8. Por su culpa puede que no recuerdes mi nombre, de la misma manera que tampoco recuerdas el suyo.

3, 5 y 7 forman un anagrama de lo que ansío en estos momentos.

LaReinaBrujavivíaantesydespuésdelcampo. Tiene algo de Marlene.

Había tratado de mantener un orden estricto, porque así era como le gustaba resolver los crucigramas. Al volver al principio, se dio cuenta de que la primera frase, que representaba un

alto porcentaje de letras del1 crucigrama, iba a resultar fácil de descifrar. De hecho, la “Y” de la “5 horizontal” (junto con lo que tenía debajo) suponía una obviedad. Enseguida lo comprendió todo. Ese “La” en mayúscula se refería a la nota musical. En su obra había dos títulos, solo dos, compuestos en dicha nota. Y recogían, claramente, dos dramas sociales diferentes: la inmigración y las drogas. ¡Ahora faltaban pocas letras para completar el juego!

“Inmigrante ilegal” y “Yonki”. Mientras la tarareaba, escuchó las notas de “Yonki” en “<http://cafema.webs.ull.es/ESTADISTICA/examen.es.htm>”. Era una melodía que sonaba a tragedia. Lo había inspirado su primo Federico, quien había jugado con las drogas durante los primeros años de democracia, cuando Isidro aún era un niño. Entonces se convirtió en una víctima, sin posibilidad de redención, por el rechazo social generado. Ahora, Federico andaba vagando por las calles de La Palma, buscando un pico y esperando la muerte. Era1 cuestión de tiempo.

Era otra época, aunque Franco ya se había muerto Cosas de niños, aquel día no acudió al colegio Cruza la plaza donde está el camello

Curioso quiso probar el cielo

Su primer porro le supo a caramelo

De adolescente unos minutos pasa en el talego Fue suficiente, el de uniforme destrozó sus nervios Cayó en la trampa de los quinceañeros

Marcado por un simple juego

Poco a poco el caballo lo fue comiendo

Y la semilla del diablo le atrofió el cerebro

Era su cuerpo y le impedían tomar decisiones

No tuvo medios para corregir sus errores

Y ahora es el yonqui que la sociedad no tolera

Yonqui por culpa de la represión del sistema

La capacidad para razonar de Isidro, en pleno apogeo, intuyó la palabra de la “8 vertical”:
“tiempo”. No era una persona, como había estado buscando. Por culpa del tiempo, tal vez no recordaba el nombre de Salka. Pero quería asegurarse.

—Y tampoco recuerdo el suyo... ¿el de quién?

¡Razona, razona! ¡Está en las canciones! ¡Claro, Balada

Anónima!

Ésa era la clave. La protagonista de Balada Anónima era, o pretendía ser, una desconocida; desconocida por el paso del tiempo:

La conocí en la ciudad de los sueños Llevaba el sello de un cuento de hadas Hace tanto tiempo de aquello¹ Que no recuerdo ni cómo se llama

**

Isidro se sentía como una variable aleatoria: había logrado asociar un conjunto de resultados reales a aquel acertijo que, al comienzo, parecía formado por una sucesión de casillas aleatorias, donde casi cualquier letra podía tener cabida. Lo que dependía exclusivamente de él estaba resuelto.

**

Isidro susurró, con una sonrisa que transmitía una mezcla de incertidumbre y de placer por el triunfo parcial:

— ¡Ya he recuperado mi obra! ¡Ahora me toca a mí profanar la tuya!

14. EXPERIMENTO DE BERNOUILLI

Es un experimento aleatorio que consiste en realizar una única prueba con dos resultados posibles y excluyentes: éxito y fracaso.

A la hora de resolver un crucigrama, lo difícil es comenzar. A medida que avanzamos, gracias al cruce de palabras, cada vez irá resultando más sencillo, al aumentar el número de pistas alfabéticas. Isidro era un experto en este tema. Sabía que ya podía completar el noventa o el noventa y cinco por ciento con solo fijarse un poco. Pero, como persona excesivamente metódica que era, prefería ir paso a paso para asegurarse y no meter la pata.

Así que, siguiendo su intuición o, quizá mejor, leyendo entre líneas las pistas que tenía, iba a tener una conversación con los padres de Mauro. No podía olvidar aquellos rumores, a los que nunca prestó atención (no porque no los creyese, sino porque no era asunto suyo), sobre una posible relación de Salka con un profesor de Economía Aplicada.

Aquella mañana de sábado había sido invitado a participar en unas conferencias sobre la “Modelización de variables del sector turístico en la isla de La Palma” organizadas por el Cabildo de su lugar natal. Se había levantado muy temprano para coger el avión de las ocho

de la mañana, que le llevaría desde el Aeropuerto de Los Rodeos (Tenerife) hasta el Aeropuerto de Mazo, y le permitiría estar en la sede del Cabildo Insular, en Santa Cruz de La Palma, alrededor de las nueve, hora de comienzo de las ponencias.

— ¿Seguro que estarás bien tu sola, cariño? —le había preguntado a Marlene al despedirse.

—Sí, no te preocupes. Date prisa o perderás el vuelo. La prosperidad sociocultural había sido generosa

con la isla de La Palma en los últimos años. Los cambios en la mentalidad de la población habían logrado que, en

2010, el turista ocasional percibiera una mezcla de progreso y modernidad que era la envidia de cualquier otro lugar pequeño. De ser una sociedad abierta y cerrada (abierta con el visitante, cerrada en sus férreos y arcaicos principios), había llegado a convertirse en una sociedad abierta y abierta. Lo que nunca había perdido la isla, y eso había que agradecerlo, era ese carácter acogedor de sus gentes; sus pueblos eran, y seguían siendo, auténtica mermelada.

Cuando Mauro e Isidro llegaron a la ULL, a principios de los noventa, habían dejado atrás una sociedad que, poco a poco, empezaba a abrirse camino gracias al empuje de una juventud ilusionada y emprendedora, nadando contracorriente y venciendo el oleaje ultraconservador de la generación anterior. Y es que Santa Cruz de La Palma había sido, por lo menos en la década de los ochenta según las vivencias de Isidro, una ciudad perdida. Como en todos los lugares pequeños, donde todo el mundo se conoce, la perezosa evolución social suele tomarse su tiempo, avanza pausadamente.

Los padres y abuelos de aquellos jóvenes soportaron o disfrutaron una profunda división clasista que deleitaba a los descerebrados, hacía reír a los pasotas y generaba odio en los envidiosos. Y es que había un importante sector de la sociedad (el que movía el dinero, el que gobernaba) constituido, en su mayoría, por un grupo de individuos cercanos a los Dioses, gracias a la herencia de sus antepasados: infinitos apellidos aceptados como versos, cuyas sílabas de plata eran más propias de otros tiempos. Uno a uno, con la misma tijera, estos

individuos eran filtrados según su pureza. El progreso pasaba de largo, mientras estos guapos fósiles con piernas seguían anclados restregando, orgullosos, su elegancia social. Santa Cruz de La Palma, definitivamente, había sido uno más de esos lugares donde la caricatura cobra vida.

Los padres de Mauro habían pertenecido a este grupo responsable de que vegetara la ciudad, creciendo a paso caracol. Pero tras la muerte de su hijo, y ayudados por el empuje juvenil que había impulsado la isla desde los noventa, se habían adaptado muy bien a los cambios. Aunque algunos, como Mauro, se habían quedado en el camino, los jóvenes habían vencido. aquellos (mayores) que antaño habían creado una macrosecta que los protegiera del ganado popular, habían sido sutilmente recluidos en los encorsetados rediles de su mundo medieval. Ahora, ellos eran el ganado; de pata negra, sí, pero ganado al fin y al cabo.

Pero lo que Isidro tenía claro era que los padres de Mauro jamás habrían aceptado que su hijo tuviese una novia de piel negra. Aquella mañana, al terminar el ciclo de conferencias, se acercó a su casa.

— ¡Hola, Isidro! Se te ve muy bien. —Ángela estampó dos besos en ambas mejillas del profesor. La costumbre que había en la isla de La Palma de dar un solo beso, también había cambiado.

—Gracias, Ángela. Tú sí que te conservas como una chiquilla. —Aunque a Isidro le parecía que su maquillaje¹ era excesivo para su edad, sabía que Ángela siempre agradecía este tipo de cumplidos—. ¿Cómo está don Mauro?

—Tiene bastantes achaques. Se pasa todo el día en la finca y, cuando llega por la noche, no hace más que quejarse de la espalda. Le digo que deje de trabajar, pero ya sabes cómo es. Le diré que viniste a vernos.

Don Mauro no necesitaba trabajar. Las fincas de plátanos les habían concedido vivir con bastante margen para permitirse casi cualquier lujo, aunque ellos no eran precisamente despilfarradores. Más bien, al contrario. Le dieron a su único hijo cuanto pidió (y ese, tal vez, fue su gran error), pero ellos gastaban poco. Isidro cogió (de una mesilla) una foto donde él y Mauro estaban en el monte, con tres amigas; Mauro llevaba una gorra de color crema con la visera veteada en malva. Estaba tomada en La Palma, un día del verano de 1994, antes de los exámenes de septiembre.

—Lo echo mucho de menos, Isidro.

—Lo sé, Ángela. Lo sé. Quería preguntarte algo, pero tampoco quiero traerte recuerdos que puedan aumentar tu dolor.

—Lo único que me queda de Mauro son los recuerdos. Y no estoy dispuesta a perder eso también.

—Sí, es lógico. Se trata de las novias de tu hijo. Era muy atractivo y tenía las mujeres que quería. Pero me gustaría saber si había alguien especial en su vida; alguna relación seria. Tal vez tú lo sepas.

—Supongo que si hubiera tenido una novia formal, te enterarías tú antes que yo, Isidro. Mauro no tenía con nosotros la confianza suficiente para compartir sus líos amorosos. Cuando venía de vacaciones, solía traer a casa a diferentes chicas, y estas pasaban con él la noche. Mauro procuraba que nosotros no viésemos cómo las1 entraba de noche y las sacaba por la mañana de su habitación. Él sabía que nosotros lo sabíamos, claro, pero, si disimulábamos mutuamente, no habría preguntas al día siguiente sobre esa costumbre suya. Te aseguro que ninguna de aquellas muchachas era lo que podríamos llamar una novia formal.

—Supongo que tienes razón. Tenía que preguntarlo, por si acaso. Sé que te va a extrañar esta pregunta. ¿Crees tú que Mauro podría haberse enamorado de una chica de color? Ya sabes, de una africana.

— ¿A dónde quieres ir a parar? Cuéntame de qué va esto —inquirió Ángela. Los grandes ojos de aquella mujer, resaltados por la pintura, escrutaban interrogativamente las intenciones de Isidro.

—Creo que se trata de una pista falsa. He recibido una carta de una amiga común y da a entender algo como haber tenido una relación con Mauro, pero no estoy seguro. Lo más probable es que no sea así. Y como ella no sabe que murió, me preguntaba si debía escribirle y contárselo.

Ángela puso cara de meditar lo que estaba escuchando antes de armar su respuesta.

—Una cosa te voy a decir. Mauro puede haber tenido relaciones sexuales con una negra; es posible que, incluso, le diese morbo. Pero jamás sería su novia. Jamás.

¿Lo entiendes? No debe quedarte ninguna duda.

— ¿Cómo estás tan segura? Tal vez eso es lo que tú desearías... Lo siento, Ángela. No quería decir eso — trató de rectificar el profesor.

—Te equivocas en esto, Isidro. Soy muy tolerante con las personas de otras etnias. Pero mi marido no. Y mi hijo tampoco lo era; lo heredó de su padre, supongo. A mí no me hubiese importado, pero te aseguro que él jamás se casaría ni conviviría con ella.1 El profesor se daba cuenta de que, a veces, su psicología para describir a las personas que conocía no era infalible. Ángela lo había sorprendido. O siempre lo engañó, o la evolución la había purificado.

— ¿Qué harías tú en mi lugar, Ángela? ¿Debo escribir a Salka y contarle lo del accidente de Mauro? ¿O debo dejarlo pasar?

—Mira, Mauro era uno de esos muchachos con una vida sexual bastante activa y una vida sentimental bastante pobre. Soy su madre, y lo conocía muy bien. Murió antes de dar ese pasito de madurez que, en algún momento, todos marcamos, unos antes y otros más tarde. Para él, las chicas no eran nada más que una distracción pasajera, pero es posible que alguna de ellas pudiera llegar a enamorarse o, incluso, a obsesionarse. No sé qué te cuenta en la carta, pero si recuerda a mi hijo tantos años después será porque él le dejó huella. ¿No crees?

Isidro calibró las palabras de Ángela. En caso de ser verdadera la relación de Mauro y Salka, su madre tenía razón. Mauro habría dejado huella en la africana; eso, tal vez podía deducirse de

la carta. Pero lo que él quería averiguar, y para eso había venido, era si Salka habría dejado huella en Mauro.

**

¿Éxito? ¿Fracaso? Isidro no sabía calibrar muy bien la sensación que le había dejado la visita a Ángela. Era una de esas ocasiones en que no sabía si la información recibida significaba algo importante o no; lo cierto es que era tremendamente confusa; o tal vez lo estaban engañando. Al fin y al cabo, Ángela se había mostrado muy insistente en dejar claro que Mauro nunca tendría una novia con un color de piel diferente al suyo.

**

Con una sensación de incomodidad y de dejarse atrás algo importante, se despidió de Ángela y se dirigió a casa de sus padres, donde pasaría la noche, para regresar a Tenerife en el primer vuelo del día siguiente. Allí se encontraría también con su hermana Andrea y con su sobrino Isaac.

Isidro y Andrea debían mucho a sus padres por la educación que habían recibido de pequeños, no tanto por su dedicación absoluta, pues tampoco es que se hubieran volcado en sus hijos de forma exagerada, sino por el simple hecho de haberse casado y haberlos traído al mundo. Y es que, tanto el profesor como su hermana, habían crecido con lo que Isidro consideraba una de las experiencias más enriquecedoras de la vida: sus padres eran “contrarios”.

El “cabeza de familia”, haciendo honor a ese anticuado concepto, siempre había sido un hombre muy religioso y con ideas de derechas. Se había manejado muy bien en las turbias aguas del régimen franquista que, por suerte, ya era historia. La madre, por su parte, había coqueteado en su juventud con el ilegalizado partido comunista, pero nunca se metió en problemas. De esta forma crecieron los niños, entre intensas discusiones dialécticas que nunca pasaron de ahí, pues ambos se querían y nunca intentaron imponer sus ideas salvo a través del razonamiento. Andrea e Isidro bebieron de dos fuentes tan contrapuestas que habían sido capaces de formarse una visión de la realidad bastante amplia y crítica.¹ Almorzó con la familia, y recordaron viejos tiempos mientras hojeaban un antiguo álbum de fotos, en las que unos jóvenes Andrea e Isidro incitaron, con su indumentaria y sus rocamboleros peinados, la curiosidad de Isaac. Más tarde, su hermana se despidió y se marchó con su hijo, a quien le esperaba una dura jornada de tareas escolares atrasadas por haber estado con gripe durante la semana.

Aquella noche, paseando por las calles de la que fuera su ciudad perdida, Isidro encontró a otro fantasma del pasado. Muy envejecido y pidiendo limosnas, sentado en la acera de la calle Real. Hacía bastante frío y se cubría con una vieja gabardina muy desgastada que alguna buena

persona le habría regalado. El profesor le dejó un billete de diez euros en señal de respeto; el viejo, algo tocado de la cabeza, ni se inmutó, pero a Isidro no le importó. Al fin y al cabo, Evaristo lo inspiró una vez.

Huele a silencio, la resaca de una siesta Sale a la calle, la rutina le recuerda Que todos los días son fiesta

Dos amuletos: la postal de Santa Rosa

Y un almanaque de una tía en pelotas

15. DISTRIBUCIÓN BINOMIAL

La distribución binomial mide, probabilísticamente, el número de éxitos que ocurren al realizar “n” pruebas de Bernouilli sucesivas e independientes.

La mañana del domingo, ya de vuelta a casa, aprovechó que Marlene había salido a visitar a una amiga para darle el empujón casi definitivo a la carta. Se cuidaba mucho de no dedicarse al crucigrama cuando ella estaba presente. Quería terminar con él de una vez, implicándose lo menos posible, para dedicarse a su mujer todo el tiempo restante de embarazo.

Horizontal.

El 2 y el 3 causan el mayor daño físico. El 5 es el final de tu flor. Ojalá lo hiciera el eslabón más débil de la cadena, a su derecha.

Vertical.

El 2 marca el inicio y el final. El de arriba, su amor, la dejó tirada abajo.

3, 5 y 7 forman un anagrama de lo que ansío en estos momentos.

LaReinaBrujavivíaantesydespuésdelcampo. Tiene algo de Marlene.

Intenta hablar con Mauro. Eres mi única esperanza. Desechó la frase referida a Marlene, porque no era capaz de encontrar la conexión. Al fin y al cabo, tampoco le preocupaba, porque ya tenía la palabra que quería: Amanca. Estaba seguro de que iba a terminar el crucigrama; o, por lo menos, casi todo. Aunque su metodismo le había impedido detenerse a razonarlo, sabía que la segunda palabra de la definición “2 vertical” tenía que ser “cuneta”; no había otra palabra lógica que encajase. Además, la frase hecha tenía sentido: “El de arriba, su amor, la dejó tirada abajo”, o sea, “la dejó tirada en la cuneta”. E Isidro apostaría su obra musical a que “su amor” era Mauro: la palabra de arriba, que comenzaba con “M”. Y el resto, sería pan comido.

¿Estaba Salka enamorada de Mauro? ¿Le correspondería él? Según su madre, eso era imposible. Además, la metáfora de Salka lo certificaba: “la dejó tirada en la cuneta”.

En ese momento sonó el teléfono. Con la carta en la mano y sin dejar de mirarla, se levantó y descolgó.

— ¿Diga?... ¿Oiga?1 Tras unas palabras entrecortadas, la comunicación se cortó. Volvió a sentarse, colocando la carta sobre su escritorio.

Con las palabras “Mauro” y “cuneta” colocadas,

creía que el “2 y el 3 horizontal” estaban cantados. Aunque no fue así. Ahora tenía dudas. ¿A qué se refería con que “causan el mayor daño físico”? ¿Un daño real u otra metáfora? ¿Qué cosa causa el daño?

Pero había algo más que se le estaba escapando. Y entonces lo recordó: las casillas sombreadas. Sabía que el crucigrama estaba casi hecho gracias a la ayuda que le proporcionarían dichas casillas. Solo le faltaban dos letras, y tenían que ser una “d” y una “e” para tener algún sentido: “MADRE CRUEL”. También podía ser “macro cruel”, había que barajar esa posibilidad, pero no lo creía.

¿Qué madre era cruel? ¿La de Mauro? ¿La suya, por haberla abandonado en este mundo, al morir durante el parto?

—Ahora es coser y cantar. Lo tengo.

A Isidro solo le quedaba una palabra para completar el enigma, ya que a Salka le tuvieron que haber causado daño físico dos hombres llamados “Edu” (automáticamente completado) y “Germán” (este último, por puro sentido común). Y es que había una cosa más, algo que había dejado intencionadamente para el final. Sabía que la primera frase de la carta escondía una palabra: “Quiero que veas esta carta como una balada anónima, no como el hueco entre el 4 y el 5”. Entre el “4” y el “5 horizontal” había un hueco con una “r” y una “m”. El mensaje estaba claro: “quiero que veas esto como una balada anónima, no como una broma”.

Ya casi estaba listo.

Horizontal.

El 5 es el final de tu flor. Ojalá lo hiciera el eslabón más débil de la cadena, a su derecha.

Vertical.

3, 5 y 7 forman un anagrama de lo que ansío en estos momentos.

— ¡Solo me falta el eslabón más débil de la cadena, querida Salka!

Isidro guardó la carta, cogió una cerveza de la nevera y se sentó, intentando pensar en cómo proceder ahora. Tenía una especie de deuda moral con aquella africana flacucha que había disparado una carta desde muy lejos, tanto en el espacio como en el tiempo, y había logrado acertar con ella en el centro de su alma, suplicándole ayuda. Él había escrito “Inmigrante ilegal” (inspirándose en Salka) y ella la había leído; tal vez, incluso, cantado. Por eso acudió a él. Por eso, él tenía que ayudarla. Pero1 ayudarla en 1997. Demasiado tarde.

—“Mezclo tu sensibilidad con mi dolor” —leyó, casi en un susurro—. ¿Qué dolor? Una humillación, de acuerdo. Pero ¿cómo te afectó?

Isidro creía saber la respuesta. ¿Cómo le iba a afectar a una persona que había abandonado sus raíces y se había jugado la vida cruzando el mar en una patera en busca de futuro, que alguien tratase de truncar ese futuro? ¡Claro que le tenía que afectar!

Y entonces recibió de nuevo la llamada. Si pensaba que ya estaba todo a punto de terminar, le iban a asestar un golpe terrible a su frágil estado emocional.

— ¿Dígame?

— ¿Isidro?

—Soy yo. ¿Quién eres?

—Soy Luis Figueruela. —La voz sonaba tan tensa que el profesor se sintió incómodo.

—Hola, Luis. Gracias por llamar. ¿Te ha dado el recado tu sobrino? —preguntó, tratando de suavizar con calma el fuerte olor a conflicto. Después de hablar con Agustín y con Sara, no esperaba de Luis un carácter más cordial.

—Sí, algo me ha dicho. Pero no sé si lo he entendido bien. Comentó algo sobre mi época de estudiante.

Isidro sabía que Agustín le habría nombrado a Salka, de la misma manera que se la nombró a Sara. Al parecer, Luis Figueruela eludía el tema, esperando que fuera el profesor quien lo encarase.

—Realmente, lo que quiero saber es sobre Salka, Luis. La norteafricana que estudió contigo. ¿Qué puedes decirme de ella?

— ¿Qué es lo que quieres exactamente? No entiendo por qué me preguntas esto. Dime la verdad, ¿de qué va esta historia?

Isidro era incapaz de entender la extrañísima reacción de Luis. Solo le preguntaba por una antigua compañera y parecía haberse puesto un escudo, como si lo estuvieran acibillando. Sabía que, si le explicaba toda la verdad, tal vez no sacara nada en limpio. Tenía que provocarlo un poco.

—Dímelo tú, Luis. ¿De qué crees que va esta historia?

—No tengo tiempo para juegos. Si esto es una broma pesada, creo que este es el mejor momento de acabar con ella y aquí no ha pasado nada. ¿Estás de acuerdo?

— ¿Y si te digo que he recibido una carta de Salka?

— ¡Eres un hijo de puta! —gritó Luis. Isidro se quedó de piedra. Ahora era él quien se sentía atrincherado. Aquel arranque de agresividad no se lo esperaba para nada. Además, le parecía absurdo y fuera de lugar.

— ¿Por qué te pones así? —siguió incordiando

Isidro, tratando de recuperarse del impacto.

—Dime una cosa. ¿Qué sabes exactamente? ¿Y quién te lo ha contado? —Las palabras de Figueruela cada vez eran más misteriosas para el profesor.

—Veo, Luis, que por este camino no llegamos a ningún punto de acuerdo. ¿Prefieres que hablemos de Edu y de Germán? —El farol de Isidro bombeó brutalmente su propio corazón ante la ansiosa espera de una respuesta.

— ¡Estás jugando con fuego, cabrón! ¡No sabes dónde te estás metiendo! —lo encañonó Luis.

— ¿De verdad lo crees? —siguió manipulando, sin saber de qué demonios estaba hablando—. ¿Y qué piensas hacer al respecto?

— ¿Pretendes chantajearme? ¿Tu sueldo de profesor es tan mísero que has proyectado robar a un próspero1 empresario?

—Yo lo único que quiero es que me hables de Salka. Entonces te dejaré tranquilo. Ella me escribió.

— ¿Te escribió? ¿Y cómo es eso posible? ¡Salka está muerta, mal nacido! ¡Y tú vas a desear no haberte metido en esto!

Tras proferir la amenaza, colgó el teléfono, dejando al profesor con cara de póker. Isidro estaba asustado. Muy asustado. ¿Qué sentido tenían aquellas palabras, aquella agresividad? ¿En qué andaba metido Luis? La posibilidad de que Salka estuviese muerta no quería contemplarla como factible. La carta era de hacía trece años, sí, pero leyéndola la sentía viva, como si acabaran de escribirla.

¿Y si estaba muerta? Esto podría convertirse en algo muy peligroso. Luis habló de un chantaje. ¿La habría matado él? ¿Mataría ahora a Isidro?

Eran muchos interrogantes girando como un tiovivo en su cabeza. Cada vez que terminaba de formular una pregunta, ya tenía la siguiente vibrando. ¿Quiénes eran Edu y Germán? ¿Por qué Salka tenía sus canciones?

¿Qué papel jugaba Silvana Amanca?

**

En Estadística, la distribución Binomial hace referencia al número de éxitos alcanzados en “n” pruebas, cada una de las cuales admite dos situaciones posibles: éxito y fracaso. Pero a veces la Estadística nos lleva a engaños. Si cada pregunta que había lanzado a Luis Figueruela fuese una de esas pruebas, Isidro no podría asegurar si su cosecha estaba preñada de éxitos o de fracasos. Por un lado, sabía que había dado en el clavo, se había topado con algo importante. Pero, por otro, ahora estaba más confundido que antes; lejos de aclarar las cosas, las veía en penumbras. Y las penumbras le aterraban.¹

16. DISTRIBUCIÓN DE POISSON

Expresa, en términos de probabilidad, el número de éxitos que ocurren por unidad de tiempo o de espacio. Las variables de Poisson hacen referencia a los “sucesos raros”, ya que la probabilidad de ocurrencia de éxito por unidad de tiempo o de espacio es muy pequeña.

La mañana siguiente, lunes 20 de diciembre, puso en marcha su pequeña investigación. Se le había ocurrido la tarde del día anterior, después de tranquilizarse un poco tras la conversación con Figueruela. Marlene lo había notado extremadamente nervioso, pero él la había convencido de que se debía a motivos laborales.

—Son los últimos días de clase del año, querida — le había dicho—. Y casi no me da tiempo de llevar el temario hasta donde tenía previsto.

Ahora, a falta de dos días para las vacaciones de

Navidad, Isidro consultaba los expedientes de matrículas.

—A ver si te he entendido bien —preguntó Azucena, una de las administrativas del personal de Secretaría—.

¿Quieres un listado de los alumnos matriculados en

Primero durante el curso académico “19961997”?

—Así es. Fue la primera promoción a la que di clase. Estoy tratando de ayudar a un grupo de ex alumnos que quieren organizar una cena y pretenden que ninguno quede sin ser avisado — mintió Isidro. En las últimas1 semanas, se había convertido en un experto en mentir, y era algo de lo que alguna vez tendría que redimirse.

— ¿Y tú vas a ir a esa cena? ¡Supongo que, si los ayudas, te invitarán y no tendrás que pagar tu parte! — bromeó Azucena.

—Eso mismo les dije yo. Pero ya sabes que, con el embarazo de mi mujer, no sé si podré apuntarme. En todo caso, ya veremos.

— ¡Aquí tienes! —dijo, triunfal, la administrativa, tras tenderle un papel escupido por la impresora—. Solo están los nombres, claro. Para consultar teléfonos y direcciones, tendríamos que ir, uno a uno, a su ficha personal. Pero no creo que eso te sirva de mucho, porque, después de catorce años, casi ninguno vivirá en el mismo sitio.

—Claro que no. Me basta con esto, no te preocupes. Si necesito algún dato particular, ya me pasaré por aquí. Eres un cielo —dijo Isidro, dándole un beso en la frente como solía hacer cada vez que Azucena le solucionaba algún engorroso papeleo.

Con el tiempo justo, entró en un aula para impartir la clase de Estadística Empresarial. Encendió el ordenador y el proyector, y retomó el duro discurso de la distribución de Poisson, que no había podido concluir la semana anterior.

—Podemos considerar, incluso, un paralelismo entre esta distribución y la Binomial. La distribución de Poisson viene a ser una Binomial con una probabilidad de éxito muy pequeña y un número de pruebas realizadas muy grande —recitaba a su público.

Observó las caras del alumnado y comprendió que muchos habían desconectado, incluso, antes de comenzar la clase. A Isidro no le gustaba explicar esta distribución, porque la experiencia le había demostrado que a los1 estudiantes les costaba bastante captar el sentido de la misma. Pero como sus compañeros que también impartían esa asignatura, Arantxa y Alberto, no se quejaban, había llegado a la conclusión inversa: a los estudiantes les costaba captar la distribución de Poisson porque a Isidro no le gustaba explicarla.

A esto había que añadir el desequilibrante estado nervioso del profesor y el eufórico estado nervioso del alumnado ante la inminente llegada de las vacaciones.

—... y presenta asimetría a la derecha... —seguía parlotando, mientras pensaba que su mente sí que presentaba asimetría.

La cabeza la tenía en otro sitio. Cuando, por fin, terminó la clase y entró en su despacho, deseó que nadie lo molestara durante algunos minutos. Quería identificar en la lista dos nombres: Germán y Eduardo. Porque, si no aparecían, tal vez se había precipitado al considerar que los que “causan el mayor daño físico” eran personas y, en concreto, compañeros de Salka. Mientras destripaba el listado, invadido por una extraña sensación de peligro, el campo magnético de la africana volvió a empujarlo otro paso hacia el abismo: allí aparecía,

amenazante, el nombre maldito de Germán. Germán Escuela. Isidro no lo recordaba, pero había sido alumno suyo.

Tras el rápido y fructífero vistazo, volvió a estudiar la lista con mayor detenimiento. El orden era por apellidos y había un total de setecientos veintinueve alumnos. No solo estaban los suyos, sino los de otros grupos, impartidos por otro profesor. Revisó una segunda y una tercera vez; a medida que ponía mayor atención en la búsqueda, crecía su incomodidad. Definitivamente, no había ningún Eduardo. Probó con Edurne o cualquier nombre que empezara con “E” y se le hubiese escapado. Cuatro veces. Cinco. Repasó, incluso, los apellidos, más fácil porque daban el orden al listado, pero tampoco encontró pistas relacionadas con la palabra “edu”.

Isidro extrajo de su cartera la copia del crucigrama. Barajó la posibilidad de error. Con Germán hubiera sido posible, pero no con “edu”; si quitaba la letra “d”, no se leería “Madre cruel” en las casillas sombreadas. Pensó en alto, como solía hacerlo cuando buscaba inspiración.

— ¿Quién eres? ¿Por qué estabas en la fiesta si no eras alumno (si es que esto tiene que ver con la fiesta)?

¿Qué otros “no alumnos” había allí?

Isidro sabía, por lo menos, de uno: Mauro. Pero entonces era un profesor muy joven, de apenas veintitrés años, y siempre se apuntaba, el primero, a cualquier celebración de este tipo.

Estaba a punto de abandonar temporalmente las pesquisas cuando decidió volver a repasar la lista. Observó aquellos nombres, uno a uno. Encontró a Luis Figueruela, a Sara, a Rosa... No aparecía Salka, pero él ya suponía que la africana no estaba matriculada. Siguió leyendo. Entonces hizo un descubrimiento sorprendente.

¿Cómo no se había acordado?

— ¿El “morboso”? —murmuró.

Javier Fernández, a sus treinta y dos años, estaba considerado como uno de los investigadores más prometedores en el campo de la Economía de la Salud. Si tuviese quince años más, podría considerarse el Papa de la Facultad de Economía. En un par de años, pasaría a engrosar la nómina de catedráticos de la ULL gracias a sus depurados conocimientos y a su amplio currículum. Javier era un referente obligado en todos los Encuentros, Jornadas y Congresos de Economía de la Salud, a nivel internacional. Colaboraba en trabajos de investigación con varios de los grandes y prestigiosos colegas de diversos puntos del planeta. El suyo era uno de esos nombres habituales en las más prestigiosas revistas de divulgación económica.

No se dejaba ver mucho por la cafetería del edificio, porque decía que la calidad del café (que allí servían) era ligeramente superior al agua con que la señora que trabajaba en su casa fregaba el suelo. “Tal vez el café sea un poco mejor, pero huele igual”, solía decir.

Como consecuencia de una operación de cadera, a la que se había sometido hacía tres años, ahora caminaba ligeramente escorado a la derecha. Sus alumnos lo llamaban “Javi el

morboso”, apelativo tremendamente injusto porque cualquiera que lo escuchase podría malinterpretarlo. Aunque pudiera sugerir algún interés enfermizo hacia temas sexuales o inmorales, realmente, lo de “morboso” obedecía a un tic gestual de Javi: cada vez que (en clase) terminaba una frase que consideraba importante o decisiva para sus alumnos, se relamía escandalosamente ambos labios, en lo que parecía un lascivo gesto obsceno, pero que no era más que un regodeo intelectual.

Isidro no podía asegurar si Javier Fernández sabía que lo llamaban “el morboso”; nunca lo había dado a entender, por lo que daba la impresión de que toda la Facultad lo sabía menos él. Había sido alumno suyo en aquella promoción que comenzó los estudios en otoño de

1996; fue compañero de Salka, de Luis, Sara, Rosa... Esta vez, el profesor de Estadística había sido muy lento para recordarlo.

Llamó a la puerta de su despacho.

— ¡Adelante! ¡Hola, Isidro!

— ¿Qué tal, Javi? Oye, quería preguntarte algo. ¿Me dejas invitarte a un café?

— Ese matarratas va a acabar contigo, ya lo verás. Te lo agradezco de todas maneras.¹ Javier nunca daba opción, ni siquiera planteaba aceptar otra cosa que no fuese café. Este no era más que una disculpa para no entrar en la cafetería. Isidro tenía una teoría, no comentada con nadie, según la cual Javi tenía un gran complejo por su cojera y evitaba hacer una entrada exhibicionista ante tanto público, sin entender que, si alguien reparase en él entrando en la cafetería, no sería precisamente por su cojera, sino por lo insólito de verlo allí. Procuraba moverse del despacho a clase y de clase al despacho. Por eso, Isidro no insistió.

— Quería que me hablaras de Salka —espetó sin más preámbulos, aguzando los cinco sentidos para interpretar la reacción de Javier. El nombre de Salka parecía incomodar a mucha gente, e Isidro ya intuía una clasificación en dos grupos.

— ¿De Salka? ¿Quién es Salka? —O era un gran actor, o no la recordaba.

— Aquella muchacha africana que estudió contigo en el primer curso. Solo estuvo hasta la época de Navidad; por eso, tal vez no la recuerdes —dijo Isidro, tratando de refrescarle la memoria.

— ¡Creo que sí! ¡Claro, ya me acuerdo! ¿Qué fue de

ella?

— Pues ahí es donde quería que me ayudaras.

Alguien trata de localizarla y me ha pedido colaboración. Estoy tratando de descubrir por qué dejó los estudios y qué pasó en la fiesta de Navidad. ¿Recuerdas la fiesta que se celebró en un local antes de las vacaciones?

—La fiesta... —pareció titubear un poco—. Recuerdo algo de una fiesta, pero... no, yo no fui. Estaba acatarrado, creo. Hace mucho tiempo de aquello, Isidro. No deberías darle tantas vueltas. No creo que llegues a ningún sitio. ¿Quién la busca?1 —Eso no puedo decírtelo. Por lo menos, de momento. Pero te agradezco tu ayuda. ¿Recuerdas cómo era Salka en clase? ¿Tenía problemas con alguien?

— ¿Problemas? ¿De qué tipo? No recuerdo casi nada de ella.

—De tipo racista. Algo tendrás que recordar —

pronunció, con dureza, el profesor de Estadística.

—Verás, Isidro, nosotros éramos muy jóvenes. Puede ser que a alguien de la clase se le fuese un poco la olla, no lo sé. ¡Pero estamos hablando de hace catorce años, por Dios!

— ¿Era rechazada por la clase? Dime la verdad. ¿Sí o no? Ni siquiera te voy a preguntar si tú fuiste uno de ellos. Solo quiero saber si el colectivo, como tal, la excluía.

— ¿Sabes lo que creo realmente? Que ella sí que tenía un carácter autoexcluyente. Ella renegaba del colectivo. Puede que se sintiese superior, o que fuese bastante introvertida, no lo sé. Pero la clase iba a lo suyo. Y Salka a lo de ella.

Isidro creyó leer en la cara de Javier la sensación de haber metido la pata. Lo que había dicho era bastante clarificador: la clase iba a lo suyo y Salka a lo de ella. Sugería una clara frontera entre ambos grupos. La clase, por un lado, y la africana, por otro. Y no había ser humano capaz de soportar eso eternamente.

—Gracias por tu ayuda, Javi —se despidió sin esperar respuesta.

Tal vez la enorme tensión a la que estaba sometido le llevaba a desconfiar de todo el mundo. Lo cierto es que, con Javier Fernández, daba la impresión de que era más lo que no quería recordar que lo que realmente no recordaba. De cualquier manera, no había estado en la1 fiesta final, por lo que la información que pudiese proporcionarle era bastante limitada.

Isidro se sentía como si estuviese encorsetado por

un secreto conjuro, cuya ausencia de fisuras impedía acceder a toda noticia relacionada con Salka.

**

En cualquier caso, como si de una paradójica variable de Poisson se tratara, el número de “sucesos raros” ocurridos en un corto espacio de tiempo era relativamente grande: había

conseguido el listado, había encontrado a Germán pero no a Edu, había llegado a Javi de forma totalmente casual (o sería más correcto decir causal: a causa de la lista) y las reacciones de este eran algo más que sugerentes.

1

17. DISTRIBUCIÓN GEOMÉTRICA

La distribución geométrica determina, en términos de probabilidad, el número de pruebas que hay que realizar hasta obtener el primer éxito.

Es 23 de diciembre. Las vacaciones han comenzado ya. Ha tomado la decisión de abandonar (momentánea y, tal vez, definitivamente) la búsqueda del secreto de Salka. Por lo menos, no pensará más en ello hasta que comiencen de nuevo las clases, en enero. Tal vez no lo hará hasta que Marlene dé a luz. Y luego, cuando los gemelos acaparen todos los huecos libres de su vida, seguramente olvidará el asunto para siempre.

Ya no le afectaban tanto las amenazas de Luis Figueruela, pues no había vuelto a tener noticias suyas. Incluso la insaciable curiosidad que lo había estado empujando, ahora, al pasar más tiempo en casa con su mujer, felizmente, se había minimizado. Y eso lo tranquilizaba. Desde luego, se sentía mucho más relajado sin la carga de unas preocupaciones que no eran suyas. Su mujer merecía algo más que un marido presente en cuerpo y ausente en alma.

Alrededor de las veinte treinta horas, Marlene se encaminaba a la rutina diaria que se había impuesto desde hacía unas semanas. Últimamente no había fallado ni una sola noche. Se trataba de ir en coche hasta el super1 mercado que había a unos quinientos metros de su casa, y que cerraba a las veintiuna treinta; a continuación, aparcaría en los exteriores, cerca de la entrada. A esas horas podía permitirse el lujo de elegir sitio, encontrando habitualmente hueco en la misma puerta del establecimiento. Entonces haría una pequeña compra de las cosas imprescindibles (esa noche compraría más de lo acostumbrado, debido a la cena de Nochebuena), la guardaría en el coche, cogería el chaleco reflectante, cerraría el vehículo y se iría a caminar los escasos tres kilómetros que acostumbraba. Luego, regresaría a por el automóvil y conduciría de nuevo hasta su casa.

Siempre que podía, Isidro solía acompañar a Marlene; hacía cuatro días que no le fallaba. Pero un dolor de cabeza debido, probablemente, a la tensión acumulada en los días finales de trabajo, le pedía quedarse.

— ¿Cómo estás, cariño? ¿Te ha sentado el calmante?

—Marlene le había sugerido la toma de paracetamol y esperaba que ya le estuviera haciendo efecto.

—Pues... la verdad es que me sigue doliendo. Tal vez estoy incubando algún virus. Ya sabes cómo son de traicioneras estas gripes. ¿Quieres que te acompañe? Mientras conduzcas tú, no me importa.

—No, será mejor que te quedes descansando. Si en vez de relajarte te estresas en el “súper”, la cabeza te estallará. —Marlene sabía que a Isidro le desesperaba acompañarla en la compra. Cuando la hacía él solo, lo llevaba bien, porque utilizaba una lista con los productos necesarios e iba a por ellos, a tiro hecho. Pero Marlene improvisaba sobre la marcha en el supermercado, e Isidro no tenía paciencia porque, al no depender de él, no sabía cuándo terminaría aquella peregrinación entre pasillos, mientras un público de enlatados lo observaba desde todos los estantes.¹ —Está bien, como quieras. Ten cuidado.

Julio esperaba frente al supermercado, como cada noche. Su paciencia estaba a punto de agotarse. Al fin y al cabo, sus planes no eran infalibles y entrañaban un gran riesgo; podrían plantearse de otra forma. Decidió que esta sería la última noche. Si no venía sola, ya no volvería. Cambiaría de planes.

Entonces apareció. Conducía su Volvo S40 de 2006, color gris metalizado. Y bajó sola del coche.

— ¡Bingo! —profirió Julio.

Esperó unos segundos para ver si se cumplía el ritual. Y así fue. Marlene tenía por costumbre no cerrar el coche cuando entraba en el supermercado, tras aparcar cerca de la puerta de acceso. No llevaba nada en su interior que pudiera interesar a los ladrones y, además, estos no abundaban por aquella zona. La figura de la mujer fue difuminándose a medida que se perdía en el interior del establecimiento.

Julio llevaba varios días esperando a que Isidro no la acompañase. Tenía que aprovechar este momento. Disimuladamente, se dirigió hacia la entrada del supermercado y, al llegar a la altura del vehículo, abrió la puerta del copiloto con toda naturalidad, como si fuese su propio coche. Si se mostraba nervioso o alerta, levantaría sospechas. Deslizó las manos hacia la parte posterior del asiento y allí, en el bolsillo trasero, estaba su objetivo. Lo extrajo sin mayores dificultades y se alejó. Arrancó su vehículo y se dirigió a su próximo destino.

Marlene estaba preocupada por su marido. El dolor de cabeza no había remitido con el paracetamol; tal vez necesitaba una dosis superior. Cogió el teléfono móvil y marcó el número de su casa.¹ — ¿Marlene? —contestó él, mirando el identificador de llamadas.

—Hola. Estoy en el “súper”. ¿Cómo sigue tu cabeza, amor?

—Se está empezando a aliviar ligeramente, pero me dan unos latidos tan regulares y acompasados que me parece estar siendo atacado por una Banda de Música. — Isidro trataba, sin éxito, de hacerla reír a base de un exceso de retórica.

—Vale, no te preocupes. Si quieres, tómate otra pastilla. Me voy a caminar enseguida. Volveré pronto. Besitos.

—Besitos a ti, mi amor.

Marlene terminó su compra y se dirigió a caja, a pagar. La cajera no se molestó en preguntarle por el ticket de aparcamiento, porque la veía todas las noches y sabía que aparcaba en el exterior. Y es que, cuando cada noche regresaba de su paseo, el supermercado ya había cerrado las puertas y, consecuentemente, el acceso al aparcamiento interior.

Una vez hubo colocado la compra en el coche, sus manos tantearon el bolsillo trasero, donde guardaba el chaleco reflectante. Pero no encontraron nada.

— ¡Qué raro!

Volvió a palpar dos veces más, pero no estaba. Miró en el suelo, por si se hubiera caído. Nada. Registró la guantera, los asientos y el suelo delanteros, los asientos traseros, todo. Abrió el maletero, pero no estaba; tampoco hubiera tenido sentido. Trató de recordar dónde lo había dejado la noche anterior, pero lo único que tenía claro era que, automáticamente, siempre iba a parar al bolsillo del coche. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de que alguien lo hubiese robado.¹ — ¿Para qué iba alguien a robar un chaleco? Si estuviera a la vista, podría ser, pero registrar el coche...

—susurró.

Se le ocurrió que, tal vez, habían registrado el coche buscando dinero o cualquier cosa y se habían conformado con el chaleco; aunque era muy arriesgado hacer eso delante de la puerta de un supermercado. En cualquier caso, el chaleco no estaba y tendría que comprar otro. Estuvo decidiendo entre marcharse a casa o ir a caminar de todas formas. Ante los rumores que apuntaban a la futura aprobación de una ley, que contemplaría la prohibición de caminar de noche, por carretera, sin el chaleco reflectante, Isidro siempre le insistía en que no se le ocurriese hacerlo, porque era un riesgo muy grande. “Una persona sin chaleco durante la noche es, para un conductor, lo mismo que un disparo de Cristiano Ronaldo desde el borde del área para un portero. Simplemente, no lo ves” — solía decir.

El recorrido que acostumbraba hacer Marlene era bordeando una carretera comarcal, con pocas curvas, pero también con muy poca visibilidad. El tráfico a aquellas horas era escaso, lo que facilitaba la movilidad del peatón. Durante el día, era una zona muy transitada por ciclistas; por la noche era frecuente cruzarse con algún que otro deportista haciendo footing y con alguna persona caminando.

Tomada la decisión de hacer el recorrido, se propuso ser más prudente que en otras ocasiones. A medida que avanzaba, su confianza iba en aumento. Los coches que pasaban la veían perfectamente, porque se alejaban un poco de ella. Mientras pensaba en la cena de Nochebuena del día siguiente, que tenía intención de aderezarla con romanticismo, llegó a un cruce donde la carretera se bifurcaba en dos trayectos: uno en cada sentido de circulación. Ella siempre tomaba el camino más corto, unos doscientos metros, hasta que los dos carriles volvían a unirse. Ese camino suponía andar en el mismo sentido de circulación que los vehículos. Los coches le venían de espaldas y tenía que extremar la prudencia.

A un lado de la carretera había un vehículo con las luces encendidas y el motor en marcha, delante de una casa, posiblemente esperando a alguien. Marlene pasó a su lado. El ocupante parecía estar entretenido buscando algo en la guantera; tal vez un CD. Siguió caminando y

llegó al borde de la curva que encaraba el tramo final. Nada más pasar la curva, las casas laterales se comían, textualmente, la carretera; ahí no había arcén y no tenía más remedio que adentrarse un par de metros en la carretera. Aún así, los coches tenían espacio para pasar, dejando al ocasional peatón a su derecha. Era la zona más peligrosa del recorrido.

Pero Marlene no tenía chaleco y Julio no podía verla. O eso declararía. Ella oyó el ruido del motor que se acercaba, pero había una curva entre el vehículo y ella. Confiaba en que los coches solían ser muy prudentes en aquella carretera y, sobre todo, en aquella curva. “¡Si tuviera mi chaleco!”, pensó. Con molestias en el vientre por la caminata y el sofoco, aceleró el paso todo lo que pudo. Los gemelos tiraban de ella con toda la fuerza que tenían. “Date prisa, vienen a por nosotros”. Las luces del coche de Julio enfilaron el tramo recto. Marlene tenía unos metros de ventaja, suficientes para que el conductor la viera.

Julio no quería ver nada que no fuese reflectante. Estaba oscuro, ¿cómo iba a suponer que una mujer cometería la torpeza de andar sola, a esas horas, por una carretera oscura y sin el chaleco reglamentario? La velocidad que llevaba no era excesiva, pues, en caso contrario, supondría un riesgo innecesario para su defensa. Además, aquella zorra no tenía por qué morir; en principio, le daba igual, pero si moría, las cosas se complicarían a nivel de responsabilidad penal.

El impacto fue brutal. El cuerpo de Marlene fue catapultado por los aires, chocó contra la pared de una vivienda blanca, a su derecha, y se precipitó en el suelo después del rebote por la inoportuna ley de la gravedad. Ella sentía cada fotograma como un progresivo abandono de la realidad y una transición hipnótica a un estado de trance inconsciente e indoloro, como si flotase en algodones. En ese viaje, sintió cómo sus manos, ambas manos, apretaban fuertemente su vientre, para que su fruto no sufriera daño. Era su única preocupación. El resto no le importaba, su mente había dado la orden precisa.

Desde la dimensión paralela en la que se encontraba, escuchaba voces aterrorizadas que procedían desde lo alto. Su parte racional, de la que no había logrado evadirse totalmente, le decía que eran vecinos asomados a las ventanas tras oír la colisión.

Julio había frenado bruscamente en los últimos metros al considerar que, en ese momento, el bulto que había aparecido delante de su coche era visible. Tras el golpe, la parte trasera del automóvil fue a chocar contra una casa, a su izquierda. Empezaban a detenerse varios vehículos que llegaban a la zona. Él salió del coche, abrió su móvil y marcó el “unounodos”.

— ¡Por favor! ¡Esto es una emergencia! ¡Creo que he atropellado a una persona!

Tras indicarles la situación exacta del lugar del siniestro, solicitó indicaciones para colaborar. Le dijeron que observara si la persona respiraba y que lo prudente era esperar la llegada del personal sanitario.

Julio se acercó a Marlene. Respiraba por la boca, con

mucha dificultad. Parecía inconsciente o en estado catatónico. Tenía cara de estar sufriendo mucho, y Julio sonrió. Incluso se permitió el indecente lujo de deleitarse con la belleza de aquella mujer y con la sensualidad de sus labios. Entonces ella le cogió la mano.

Marlene buscó algo físico donde agarrarse desesperadamente a la vida. Quería que Isidro estuviera allí, cogiéndole la mano. Pero aquella gruesa y peluda mano no era la suya. Aún así, era lo que había. No la soltaría hasta que la ayudaran. Si moría, no quería hacerlo en soledad. Toda su esperanza la depositó en aquella mano que le habían tendido. Es la paradoja de la vida.

**

Julio había puesto en marcha un proceso asociado a una distribución geométrica: un proceso de continuas pruebas, que concluye cuando se obtiene el resultado deseado (éxito; o fracaso, según para quién). La distribución geométrica requiere mucha paciencia. Julio había estado a punto de perderla, pero su espera fue, finalmente, recompensada.

1

18. DISTRIBUCIÓN BINOMIAL NEGATIVA

La distribución binomial negativa determina, en términos de probabilidad, el número de pruebas que hay que realizar hasta obtener “r” éxitos (o fracasos).

**

La vida es tan cruel como una binomial negativa. No paramos de tropezar en la misma piedra, una y otra vez; continuamos arriesgando, realizando pruebas, sucesivamente, y cosechando resultados. Pero nunca te detienes; tu ambición, tu inconformismo, te hacen seguir adelante, hasta que el pésimo suceso te para los pies en seco. Isidro solo se detuvo cuando la fatalidad golpeó su vida. O eso creyó entonces.

**

Se culpaba porque pensaba que su dolor de cabeza era consecuencia del estrés derivado de aquella carta. Por eso, dado que no acompañó a Marlene a caminar, existía una relación indirecta entre el atropello y sus pesquisas.¹ Pero nada más lejos de la realidad: la relación entre ambas variables era directa, muy directa.

En la fría sala de espera, una auténtica trampa

psicológica, Isidro temblaba como un niño cuando tiene fiebre alta y no puede dejar de tiritar. Tenía la misma sensación, los mismos temblores, que cuando su tío y su prima murieron en un accidente de avión. Solo que, aquella vez, Marlene lo había enrollado en un abrazo infinito hasta hacerlo entrar en calor. Ahora, ella no podía repetirlo, porque agonizaba en la sala de cuidados intensivos.

Los primeros efectivos de la Guardia Civil que llegaron al lugar del siniestro y encontraron al conductor auxiliando a la víctima (por lo menos, anímicamente), lo habían telefonado enseguida y lo remitieron al Hospital Universitario de Canarias (HUC). Una vecina le hizo el favor de llevarlo, porque Isidro no estaba en condiciones de conducir.

—Siento no poder quedarme —le había dicho Juana, tres o cuatro veces, durante el trayecto, aunque él apenas prestaba atención—. Tengo a la niña sola y he de volver inmediatamente. Mañana me pasaré para ver cómo está Marlene.

Nada más llegar al hospital, un par de guardias civiles le pusieron al corriente sobre las fatídicas circunstancias que propiciaron el accidente: Marlene paseando de noche sin chaleco (Isidro era incapaz de entenderlo), una curva cerrada sin arcén con el tráfico de espaldas... Ahora, en una esquina de la sala de espera estaba Pedro, el hermano de Marlene, intentando consolar, sin éxito, a sus ancianos padres. El dolor reflejado en sus caras era un espejo para verse el suyo. Habían llegado antes que él. Isidro los había llamado desde que se enteró, porque ellos vivían cerca del hospital y sabía que¹ cuidarían de Marlene hasta que él llegara. La relación con la familia de su mujer no era, precisamente, muy cordial. Tampoco Marlene había contribuido a que lo fuera; no es que fuese la responsable, pero tampoco le importaba en exceso si Isidro y sus padres intimaban o no. El beso que le dieron sus suegros fue bastante frío, recriminándole con la mirada su segura (aunque desconocida para ellos) culpabilidad.

—No nos han dicho mucho —había dicho Pedro, tratando de disminuir la tensión—. Parece ser que está muy mal. Cuando la examinen, nos dirán algo más.

Sin ser ellos, había en la sala ocho personas más, ocho mentes torturadas que habían aterrizado allí descendiendo por el tobogán del terror. Isidro se levantó y, vegetativamente, emprendió un espontáneo e involuntario recorrido sin rumbo fijo, cual Forrest Gump. Algunas personas, con los ojos enrojecidos de tanto haber llorado, levantaban la cabeza a su paso. Él procuraba no acercarse mucho al grupo formado por la familia de Marlene. En su irregular trayecto estuvo a punto de chocar contra un médico con ropa verde de quirófano que entraba, en ese momento, en la sala. Llevaba el gorro puesto y la mascarilla recogida bajo su barbilla.

— ¿Cómo está mi mujer, doctor? ¿Está bien? — preguntó un desesperado Isidro, despertando de su automatismo.

— ¿Quién es usted? —preguntó, a su vez, el médico. El profesor se dio cuenta de que no estaba allí él solo.

—Soy el marido de Marlene Ortega.

—Lo siento, señor. Yo no soy el que lleva ese caso. Enseguida un compañero mío le dará información.

Dicho esto, el médico se dirigió directamente a una señora de unos cincuenta años que ya lo esperaba, puesta en pie. Se puso a hablar con ella en un rincón. Isidro pudo observar las disimuladas lágrimas que ella trataba de contener, pero no podía precisar si eran de alegría o de miedo. Al cabo de un rato, la mujer salió de la habitación con el médico. Pedro se acercó a su cuñado y le dijo que no se preocupase hasta que no facilitasen algún dato sobre Marlene.

Habían pasado unos cuarenta eternos minutos desde la entrada de aquel médico. Isidro había dejado de temblar, e intentaba tomarse las cosas con un poco de calma. La situación parecía ir para largo y no tenía sentido estrujarse la cabeza. Miraba a sus suegros y le parecía que a ellos les pasaba lo contrario: el paso del tiempo aumentaba su inquietud y se les veía totalmente desencajados. Fue entonces cuando entró el doctor.

— ¿Familia de Marlene Ortega?

Fue un acto reflejo. Nada más oír pronunciar el nombre, los padres, el hermano y el marido de Marlene, se levantaron como resortes y sus respectivos organismos tensaron todos los músculos de sus cuerpos, como mecanismo de defensa. Los cuatro se acercaron.

—Les adelanto que no traigo buenas noticias — empezó diciendo, con cara compungida—. Veamos... En primer lugar, os informaré sobre las consecuencias colaterales, y, luego...

— ¿Qué quiere decir con consecuencias colaterales?

—interrumpió Isidro, deseando que el médico no se fuera por las ramas. Se fijó en que llevaba una tarjeta de identificación colgada de la camisa en la que ponía “Dr. Antonio García. Jefe de Servicio de la Unidad de Cuidados Intensivos”.

—Bien... Usted es el marido, ¿verdad? —Isidro asintió con la cabeza—. Vuestros hijos no han sobrevivido.

Ese fue el primer golpe que tuvo que encajar. Su preocupación por Marlene era tan grande que apenas había pensado en los gemelos. Se lamentó de haberlos dejado en segundo plano.

— ¿A eso lo llama usted efectos colaterales? ¡Eran mis hijos, por Dios!

—Consecuencias colaterales —puntualizó el doctor—. Lo siento, tiene usted razón. Creo que no ha sido una expresión muy afortunada. Ruego me disculpéis — dijo, y agachó la cabeza, en señal de arrepentimiento.

— ¿Cómo está mi hija, doctor? —Fue Antonia, la madre de Marlene, quien habló.

—No quiero engañaros, no está bien. Ha sufrido fuertes traumatismos y debéis tomaros con calma lo que voy a deciros. Ahora mismo... está en estado grave. Habrá que esperar para precisar si su vida corre peligro. Yo... bueno, quiero decir que ahora mismo su vida corre peligro, pero no hay que adelantar acontecimientos — respondió torpemente.

Los rostros de los cuatro pasivos oyentes pasaban, lentamente, de la desesperación a la ruina. El doctor García hizo una pequeña pausa antes de continuar, con el fin de que la información la pudieran ir asimilando en su totalidad. Sabía que se estaban aturdiendo, pero aún no les había contado todo. Y no sabía si hacerlo ahora, como era su obligación, o esperar la evolución de la paciente. Pero Isidro lo forzó.

— ¿Qué tiene exactamente? Quiero saberlo.

—Bueno, por un lado, sufre un traumatismo craneoencefálico y está en situación de inconsciencia con resistencia a estímulos externos.

— ¿Eso significa que está en coma? —se adelantó

Pedro.

—Sí, efectivamente, pero en estadios iniciales. Normalmente, en casos de traumatismos o lesiones en la cabeza, las posibilidades de recuperación son mayores.¹ — ¿Qué debemos hacer nosotros? —interrogó Arturo, el padre, prácticamente llorando—. ¿Podemos estar a su lado?

—De momento no. Está en cuidados intensivos y hay que esperar para ver cómo evoluciona en estas primeras horas. Os aconsejo que os vayáis y tratéis de dormir un poco. En el mejor de los casos, os esperan días bastante duros. Si el estado de coma se prolongase, tendríamos que pautar unas horas de visita en las que vosotros debéis turnaros. Y en esas visitas tendréis que actuar como terapeutas con la paciente. Ya sabéis, hablarle, cantarle, recordarle cosas positivas... Es importante que oiga voces de sus familiares y... Bueno, creo que nos estamos adelantando. No debería haber dicho esto, porque la Medicina, al fin y al cabo, es pura estadística. Jugamos continuamente con probabilidades.

—Doctor, hay algo más, ¿verdad? —El ahora infalible instinto de Isidro estaba leyendo los ojos del médico. Sabía que se había guardado otra dura noticia, y quería que la “soltara” de una vez.

—Sí... Veamos, aparte del golpe en la cabeza, obviamente, ha sufrido otras lesiones. El equipo de traumatología está preocupado, especialmente, por una lesión de la médula espinal. —De nuevo accionó el botón “pausa” para dejarlos masticar antes de digerir.

— ¿Qué repercusiones puede tener? —El profesor ya no tenía paciencia para seguir esperando.

—No lo sabemos. Pero cabe la posibilidad de que, si saliera del coma, pudiera sufrir paraplejía, o sea, una parálisis de la parte inferior del cuerpo. Aunque también es posible que se recupere. Eso aún no lo sabemos. Pero, honestamente, creo que no deberíais pensar en ello. Sería torturarse por algo que no se sabe si va a ocurrir o no. Mi¹ obligación era contarlo. Todas las cartas están sobre la mesa, pero el azar será el que las levante.

— ¿Cuándo volveremos a saber algo? —preguntó

Pedro.

—Si hubiera alguna novedad importante, cosa improbable en las próximas horas, os llamaríamos por teléfono inmediatamente. Son las cinco de la madrugada; os recomiendo que os vayáis y volváis sobre las diez de la mañana, por lo menos alguno de vosotros. Por supuesto que podéis quedaros, si queréis; solo es una recomendación. Es importante que establezcáis un sistema de turnos. Casi siempre, los cónyuges y los padres se sienten responsables o culpables y no quieren despegarse del paciente. Pero, créanme, el hecho de estar siempre aquí no va a contribuir a que Marlene reaccione antes o después. Y tampoco le hará ningún bien que esté cuidando de ella una persona sin reflejos por no haber dormido, ni descansado, ni ingerido alimentos. El sistema de turnos, lo digo por experiencia, es la opción más inteligente.

Dicho esto, el médico se marchó. A Isidro le parecieron coherentes las últimas palabras. Ahora habría que pactar con Antonia en esa (casi segura) lucha por decidir quién se quedaría más tiempo con Marlene.

Ninguno quería irse a casa, pero Isidro logró que Pedro convenciera a sus padres para retirarse. Quedaron en que volverían a reunirse allí a las diez. Él se quedaría un par de horas más, por si hubiese alguna novedad, tomaría algo en la cafetería (aunque estaba seguro de que no pasaría de un café en la máquina del pasillo) y, tal vez, iría a su casa a coger algunas cosas. Además, tenía que recoger el coche de Marlene del supermercado. Pasaría por casa de la vecina que lo llevó al hospital para ponerla al corriente y pedirle ayuda con algunas tareas pendientes¹ del hogar, sobre todo, recoger la ropa que habían dejado tendida.

Pensaba en todas estas trivialidades, haciendo un voluntario esfuerzo para no martirizarse ante la avalancha de desgracias que lo estaban sepultando. Marlene podía morir o no morir. Si no moría, escenario en el que debería sentirse muy contento, podía ocurrir que tuviera secuelas cerebrales o no (lo que, por cierto, no había comentado el médico); y podía ocurrir que quedara en una silla de ruedas o no. En el mejor de los escenarios posibles, si recuperara a una Marlene sin secuelas cerebrales ni medulares (por lo menos graves), las que siempre quedarían serían las secuelas psicológicas, por la pérdida de los gemelos.

Entre la noche del 23 de diciembre y la madrugada del 24, había vivido los peores momentos de su existencia. Pero lo más trágico era que, posiblemente, los momentos venideros serían aún peores. La vida de Isidro León había quedado marcada por un punto. Habían dos “Isidro León”: el anterior al 23 de diciembre de 2010 y el posterior.

Cuando su familia política se marchó, salió a despejarse al pasillo contiguo a la sala. En el mostrador de enfermeras estaba hablando por una línea interna de teléfono el doctor “telediarista”, el portador de malas noticias y falsas esperanzas, quien, justo cuando Isidro pasaba a su lado, terminó su conversación.

—Siento mucho lo que estáis sufriendo. Tengo un momento libre. ¿Puedo invitarle a tomar algo?

—No creo que pueda ingerir nada en este instante. Le agradezco el tacto que ha tenido para transmitirnos la situación. Supongo que esa es la parte más difícil de su trabajo.¹ —Sí, al final, uno se acostumbra a todo. Nunca sabes cómo va a reaccionar cada familiar, pero suelen haber unas pautas comunes de conducta. Nosotros intentamos llevarles datos objetivos de la forma menos dañina posible, pero el dolor que encierran nuestras palabras va a ser, igualmente, inyectado en su ya desequilibrado estado anímico.

— ¿Puedo hacerle una pregunta que hasta ahora la tenía en “stand by”? No sé si debo hacérsela a usted — dudó Isidro—. Se trata del atropello. ¿Dónde está el causante?

—Entiendo. Es lógico que se lo plantee. Tal vez le cueste digerir lo que le voy a decir, porque, en su situación, cualquiera verá culpables por todas partes. Empezando por uno mismo, claro. Pero, aparte de las emocionales, también buscamos a quien pedir responsabilidades directas. Verá, eso ya no es asunto mío, por supuesto. Usted actuará como crea más conveniente. Pero, ya que me lo pregunta, sí le diré algo sobre el accidente.

Isidro no dijo nada, esperando a que el médico continuara con el relato.

—El conductor debe estar ahora declarando en la comisaría de policía de La Orotava. Pero, paradójicamente, además de ser el presunto responsable civil de la situación de Marlene, también, hasta cierto punto, puede haberle salvado la vida. Eso no es un hecho científicamente probado, pero, según ha contado la Guardia Civil basándose en declaraciones in situ de los vecinos, nada más producirse el accidente llamó inmediatamente al “unounodos”, y luego estuvo todo el tiempo cogiéndole la mano a su mujer. Tal vez usted no pueda creerlo, pero ese contacto físico quizá la mantuvo viva hasta que llegaron los servicios sanitarios.¹ —Le agradezco de nuevo sus palabras. No sé si a ese individuo debo odiarlo, agradecerle su actitud o ambas cosas —expresó el profesor—. Buenas noches, doctor.

—Por eso le decía que la situación es paradójica. Buenas noches.¹

19. DISTRIBUCIÓN EXPONENCIAL

Hace referencia al tiempo transcurrido entre la ocurrencia de dos “sucesos raros” de Poisson.

Echaba terroríficas cabezadas en la (ahora, casi vacía) sala de espera. Finalmente, había decidido no ir, todavía, a casa. Ya eran las siete de la mañana. Cada vez que entraba en trance, las pesadillas de la realidad se hacían aún más afiladas y crueles; pero peor era el momento en que el sobresalto le hacía abrir los ojos y regresar a la vida. Aquello no era un sueño. Era la maldita lotería. Y así, una vez tras otra.

— ¿Isidro León? —La radiofónica y cuidada voz que lo despertó, lo desubicó por unos instantes—. Disculpe, ¿es usted Isidro León?

—Sí. Deje que me recupere un momento —respondió el confuso profesor.

Tenía ante sí a un individuo impecablemente vestido, con un traje a medida, sobre una almidonada camisa blanca, y corbata listada azul y blanca. Calzaba unos zapatos de diseño, de gama alta. Su ovalada cara estaba adornada con una cálida y correcta sonrisa que dejaba entrever una perfecta dentadura, consecuencia de una pulcra obra de ortodoncia.

—Disculpe mi intromisión en su merecido descanso. Me llamo Julio Domínguez —se presentó, tendiendo la1 mano a Isidro—. Siento comunicarle que soy la persona que ha atropellado a su mujer.

La entrada por sorpresa fue totalmente descon

certante. Con cara de tonto, Isidro no tuvo más remedio que estrechar aquella mano. Julio se sentó a su lado y salió en su ayuda.

—No se preocupe por lo que pueda dictarle su corazón sobre mí. Lo entenderé perfectamente. Incluso, si quiere, puede denunciarme; supongo que la policía se pondrá en contacto con usted. Y si un juez determina escarmentar a mi injustamente limitada responsabilidad civil y tuviera que pagarle una indemnización, mi seguro lo haría. Y si hubiera responsabilidad penal, que le aseguro que no la habrá, no me importaría pasar alguna temporada en un incómodo (pero merecido) centro penitenciario. Aunque me temo que eso no va a ocurrir. Pero le garantizo que no hay castigo económico o penal que supere el sentimiento de tristeza y de culpabilidad o, mejor, de responsabilidad, que me invade.

—Bien... —el profesor trató de pensar qué debía decir—. Yo no estaba allí y no sé qué ocurrió realmente.

A Isidro le sonaba aquella cara y, sobre todo, aquellos gestos y formas tan exageradas, esas palabras tan cuidadas y pulidas. Pensó que Julio era un genio de la comunicación.

—Verá, señor León. Permita que este humilde conductor le relate su subjetiva visión de los hechos. Dado que soy parte teóricamente interesada, aunque nada más lejos de la realidad, tendrá que contrastar lo que le cuente con los informes policiales. Pero no olvide que soy el principal... mejor dicho, el único testigo que puede verificar el accidente.

—Entiendo. Prosiga, por favor. —Isidro no salía de su asombro ante aquel exceso de atildamiento. Y había algo familiar, pero no lograba recordarlo.1 —El caso es que estuve casi toda la tarde en uno de mis locales de La Orotava, como podrá verificar fácilmente la policía (aunque eso es irrelevante), y circulaba por la carretera comarcal para acceder a la Autopista del Norte. Aquí viene la parte más triste, señor. Usted lo entenderá. Mi principal tribulación deriva del hecho de que el atropello no tenía que haberse producido; pudo llegar a evitarse.

—Explíquese, por favor. No dé tantos rodeos —se desesperó Isidro.

—Siento mucho este exceso de prosa, pero es una fea costumbre mía. A lo que iba, tenía ganas de escuchar música. Mi coche tiene uno de esos aparatos lectores de MP3, pero, como habitualmente suelo poner la radio, no tenía ningún CD puesto.

— ¿Está insinuando que se puso a hurgar en la guantera y se le fue el coche? —La agresividad de Isidro, que se estaba poniendo de pie, era evidente.

—No, no, espere, no es eso. Detuve el coche. Jamás me pondría a rebuscar cosas mientras conduzco, se lo garantizo. Lo que quiero decirle es que cuando estaba detenido buscando la música, justo antes de aquella maldita curva, su mujer pasó caminando al lado de mi coche, me adelantó. Por lo menos, eso creo. Yo estaba entretenido en la guantera, pero ahora, con el paso de las horas, tengo un vago recuerdo de ver a alguien caminando. No recuerdo, siquiera, si era un hombre o una mujer. Las terribles circunstancias son las que me inducen a pensar que era ella.

— Y... ¿qué tiene eso que ver con su...? ¿Cómo lo ha llamado? ¿Tribulación? —Isidro se desesperaba.

—Si yo no hubiese detenido el coche, no la hubiese arrollado, ¿no le parece, señor León?1 El tono de Julio se volvía un poco más irreverente, y eso no cuadraba con sus (hasta ahora) impecables formas. Con mucha tranquilidad, y dirigiendo a Isidro una inescrutable sonrisa, se quitó la chaqueta y la extendió sobre el brazo de la silla contigua a la suya.

— ¿Quiere usted tomarse un café? Yo lo invito, tengo dinero —dijo, mientras sacaba un monedero del bolsillo y se lo mostraba a Isidro; las palabras y gestos de Julio parecían no venir a cuento.

—No, por favor. Le ruego continúe.

—Poco más hay que decir. Me entretuve un rato con el disco, seleccionando una canción. Puse el tema “El atropello”, del grupo de rap cubano “Los Aldeanos”. Muy apropiado, ¿no le parece?

¿Estaba oyendo bien? ¿No se había despertado del último sueño? El relato sonaba a disparate. Una súbita sensación de náusea y de mareo invadió al inestable profesor. Todo a su alrededor daba vueltas y vueltas. Julio continuaba con su hazaña.

—Enfilé la carretera y, después de la curva, no vi nada. Ella no tenía chaleco reflectante. Caminaba casi por el centro de la carretera. Al principio no sabía por qué, pero luego los vecinos me explicaron y me mostraron que no había arcén. Tal vez pueda usted sacar partido económico denunciando a Obras Públicas, señor León. Siempre hay que mirar el lado positivo de las cosas.

— ¿De qué demonios está usted hablando? ¡Parece que no coordina bien lo que dice! ¿Ha estado bebiendo?

¿Le hicieron anoche la prueba de alcoholemia? —Isidro llegó a pensar que, tal vez, el hombre tuviera algún trastorno bipolar.

—Señor León, es evidente que la Guardia Civil me ha hecho el control. Debe usted saber que esa es su obligación. Le aseguro que todo lo que le he contado es1 correcto. Si lo desea, puedo desarrollarle las cuestiones que no le hayan quedado claras de mi relato. Entiendo su nerviosismo y su preocupación. Le perdono que me llame borracho, no se preocupe por eso.

— ¡No me preocupo por eso, en absoluto! ¡Y le diré lo que no me ha quedado claro! ¿Está usted loco y trata de reírse de mí? —preguntó un cada vez más alterado Isidro. Aquel tipo

parecía un auténtico torturador, pasando de la amabilidad y teatralidad excesiva al daño más encarnizado. ¡Sí, eso era! ¡Un sádico!

— ¿Por qué me pregunta esas cosas? Son incoherentes. Lo achacaré a su estado emocional — contestó Julio.

—Le pido, por favor, que abandone esta sala. — Ahora el profesor elevaba excesivamente el tono de voz, y las dos personas que había al fondo de la estancia lo miraron.

—Está usted bastante alterado. ¿Cómo está su mujer?

— ¡Ese no es su problema! O se retira, o llamaré a la policía —amenazó Isidro.

— ¿A la policía? ¿Y qué va a decirle? —Julio mostraba ahora una agresividad totalmente contrapuesta a su actitud anterior. Su metamorfosis estaba alcanzando la fase final. El contraataque amenazante pilló de sorpresa al profesor. Hablaba en voz baja, para asegurarse de que no lo escuchaban los del fondo de la habitación.

—Lárguese, por favor. Déjeme con mi dolor — suplicó, sin fuerzas. Aquella discusión no llevaba a ningún sitio. Ya se verían en los tribunales.

Entonces, Julio disparó a bocajarro al centro neurálgico de Isidro.

—Ha estado usted investigando el pasado. Ha hecho demasiadas preguntas y su mujer casi muere. Aún está1 viva. Y usted también. Debe considerarse afortunado, después de todo. ¿Le parece si dejamos las cosas así? — Pronunció estas escalofriantes palabras y le tendió, provocativamente, la mano en un ridículo intento gestual de sellar un pacto.

Entonces Isidro estalló. Primero estalló por dentro. Sentía como si una plaga de neuronas reventara radiactivamente dentro de la cabeza. ¿Realmente estaba aludiendo a lo que parecía? ¿A Salka? ¿Aquella infernal misiva de hacía trece años le estaba arrebatando la vida de su mujer?

¡No! La carta no le había arrebatado nada. No podía culpar a Salka de los actos de un demente. Era Julio, y no Salka, quien había atropellado a Marlene. Entonces estalló por fuera. Comprimió toda su rabia y la cargó en su brazo izquierdo. Lo levantó, elevando fuertemente el codo hacia atrás y, con toda la contundencia disponible, lo proyectó brutalmente contra el rostro de Julio. Lo alcanzó en toda su estúpida y burlona sonrisa. Sus nudillos explotaron, pero él no sintió dolor alguno.

Julio estaba esperando ansiosamente aquel golpe. Fue lanzado hacia atrás y su tabique nasal se deshizo. La sangre manaba abundantemente de nariz y boca. Algún diente habría perdido, pero merecía la pena. Se había reído de Isidro y por eso le concedía este pequeño triunfo de sus instintos más primarios. Disfrutaba sabiendo que el profesor se estaba quemando en los infiernos.

La jefa de enfermeras entró corriendo en la sala de espera, alertada por los gritos de los testigos. Cuando llegó, Isidro arrastraba por el suelo el cuerpo de Julio, tratando de levantarlo para abatirlo nuevamente.

— ¡Por favor, deténgase! ¡Decidle a mi compañera que llame a seguridad, rápido! —gritaba la enfermera.¹ Agarró fuertemente a Isidro por los hombros, pero este le dio un fuerte empujón y ella cayó al suelo. El profesor no atendía a razones. Miró de soslayo a la enfermera, que intentaba levantarse mientras el peso arrastrado de Julio la entorpecía, pero su prioridad era aquel mal nacido. Estaba dispuesto a reventarlo, aunque tuviese que pagarlo con la vida. Lo agarró por la solapa e intentó incorporarlo, pero pesaba más que él. Entonces oyó nuevos gritos. Era el doctor García, Jefe de Servicio de la UCI.

— Pero ¿qué ocurre aquí? ¿Quién lo ha dejado entrar? ¡Mierda! ¿Cómo han permitido que estén solos?

¡Ya basta, señor León!

Empujó la cabeza de Julio contra el suelo y lo soltó. No podía con él, y el médico lo había importunado.

— ¡Es un asesino! ¡Él atropelló a mi mujer! ¡La ha intentado matar! —gritó, dirigiéndose al doctor. Se volvió hacia Julio, que trataba de incorporarse, y se lanzó de cabeza, como un obús, contra él. Aquel sádico, con la cara llena de sangre, se tapó con ambas manos para protegerse.

— ¡Te mataré, grandísimo hijo de puta!

En aquel momento llegó una pareja de miembros del equipo de seguridad del hospital. Entre ambos separaron a Isidro, quien golpeaba a puñetazos los antebrazos de Julio, y lo redujeron firmemente.

— ¡Lo voy a matar! ¡Soltadme, cabrones! —Cada vez estaba más desquiciado. El doctor García estaba totalmente impresionado.

—La culpa ha sido mía, doctor —dijo Julio, jadeando—. Solo quería disculparme y no medí bien las posibles consecuencias de mis actos. Al principio, todo parecía ir bien, pero, de repente, se abalanzó sobre mí y me agredió. Pero entiendo perfectamente su situación, tal vez yo hubiera reaccionado igual, nunca se sabe.

— ¡Te juro que te mataré! —Isidro trataba de desembarazarse de los dos guardias, pero era imposible.

Dos enfermeras atendían en el suelo a Julio y lo ayudaron a incorporarse.

—Va a tener que pasar por la zona de urgencias, señor. Seguramente tengan que operarle el tabique nasal. Si quiere, llamamos ahora mismo a la policía para que pueda presentar la correspondiente denuncia. —La enfermera jefe parecía ansiosa por impartir justicia.

—No. No lo quiero denunciar. Bastante tiene, el pobre hombre, con la desgracia del accidente. Para él, yo soy el único responsable, y eso es entendible. ¡Ay! Creo que van a tener que administrarme un calmante urgentemente.

Isidro seguía emitiendo improperios y tratando de zafarse. Las venas de su cuello intentaron agarrar a Julio cuando pasó a su lado, con una de las enfermeras.

—Has cometido un error diciéndome la verdad. No pararé hasta acabar contigo —dijo Isidro, con una voz que manifestaba una calma que no tenía, para tratar de intimidar.

—Señor León, si no se calma, no me quedará más remedio que pedirle que abandone el hospital. Y no creo que quiera usted despedirse de las visitas a su mujer, incluso antes de la primera de ellas. —Esta vez, fue el doctor García quien amenazó.

Sabía que el médico tenía razón. Si continuaba con esa actitud, no iba a conseguir nada que no fuera empeorar las cosas. No sabía cómo explicarle al doctor lo que estaba ocurriendo. Tal vez podría acudir a la policía, pero no tenía pruebas que sustentasen los hechos. Se imaginaba relatando la verdad:¹ “He recibido una carta de 1997. Es un crucigrama, y yo lo he resuelto con las letras de mis canciones, ¿veis?

¡Aquí pone “inmigrante” y aquí “ilegal”, y tengo una canción llamada “Inmigrante ilegal”! Alguien se propasó con la remitente de la carta y, como lo estoy investigando, han querido disuadirme, atropellando a mi mujer. Investigad qué estaba haciendo el conductor en Navidad de 1996, y qué relación tiene con Luis Figueruela”.

Sonaba tan absurdo que la idea de buscar protección en la policía quedaba descartada. Lo más que podía ocurrir era que creyesen que se había trastornado tras el accidente. De lo único que podía acusar a Julio, con alguna base (quizá), era de imprudencia temeraria; de eso ya se encargaría su abogado. A Isidro solo le quedaba un camino posible; le quedaban dos, pero el primero de ellos, olvidarse de todo el asunto de Salka, lo había tapiado Julio. El conductor había cavado una tumba: la suya o la de Isidro. No había marcha atrás. Pensaba llegar hasta el fondo de aquel misterio, aunque muriese en el intento.

Aquel loco había metido la pata. Pero ¿por qué? Hubiera bastado con el atropello a Marlene para que Isidro abandonase, ya que su vida estaba arruinada. Pero Julio lo había provocado, se había delatado voluntariamente. ¿Por qué? Solo había una respuesta posible: porque no era más que un jodido sádico; le gustaba aterrar a la gente. Se jactaba del dolor y la desgracia ajenos.

Una vez calmado, pidió perdón al doctor García y le prometió que no volvería a ocurrir algo así, otra vez, dentro del Hospital Universitario. El doctor le aconsejó que fuera a descansar unas horas e Isidro accedió. Los encargados de seguridad se retiraron tras evaluar la¹ inexistencia de riesgo, más por la ausencia del (ahora)

paciente del hospital, Julio, que por fiarse de Isidro.

El profesor salió de la asfixiante sala de espera y se dirigió a la máquina de café del pasillo. Necesitaba despejarse un poco, para poder conducir. Metió un euro, pulsó el botón de “Sin Azúcar” y, a continuación, el de “Café Largo”. Pero la máquina hizo un extraño ruido y empezó a salir café sin vaso. Tampoco devolvió el cambio.

— ¡Maldita seas tú también! —gritó, lanzando una tremenda patada a la estafadora máquina. La Coordinadora de Enfermería se dirigió inmediatamente hacia el profesor.

—Señor León, si no se controla usted, tendré que avisar otra vez al personal de seguridad. Y voy a informar a la dirección del Hospital sobre su comportamiento.

Se retiró sin dirigirle la palabra a aquella injusta víctima de sus iras. Cuando salió del Hospital Universitario de Canarias recordó que no necesitaba un café para despejarse, porque no había traído su coche. Lo había llevado al hospital su vecina. Se dirigió a la parada de taxis y se marchó a descansar.

**

En el taxi, miró su reloj. Tan solo eran las siete y media de la mañana. No había pasado sino media hora (y le parecía un mundo) entre los dos “sucesos raros”: la aparición del Julio excesivamente correcto, atildado y gestual; y la transformación en el Julio venenoso, saturado de sadismo, que disparaba a matar.

**1 El juego se estaba volviendo cada vez más peligroso, pero aceptaba el reto. Tal vez Marlene nunca saldría del hospital. En ese caso, él no tenía nada que perder. Iba a por todas, y no pensaba protegerse las espaldas. “¡Pobre de aquel que intente detenerme!”, pensó.

20. DISTRIBUCIÓN GAMMA

Hace referencia al tiempo transcurrido hasta la r -ésima ocurrencia en un proceso de Poisson.

Regresó al HUC sobre las once y media de la mañana. Había tratado de descansar, sin mucho éxito, se había dado una ducha, y había pactado con su vecina una ayuda con los asuntos domésticos pendientes.

—Lo siento mucho, Isidro, de verdad —le había dicho Juana, con los ojos anegados y apretándole las manos en gesto de apoyo.

Posteriormente, llamó a su abogado e intentó explicarle la verdad a grandes trazos, pero, a mitad de conversación, se dio cuenta de que sonaba ridículo; el abogado estaría compadeciéndose de él por su pérdida de sensatez. Precisamente él, que era un ejemplo de

prudencia, objetividad y equilibrio, se estaba comportando como un imprudente, subjetivo y desequilibrado a ojos de cualquier mortal. Cambió de estrategia y se limitó a dejar en manos del abogado la parte correspondiente al atropello. Él tendría que encargarse de la ciencia ficción.

En el hospital estaban Pedro y sus padres. Antonia le dedicó una solemne mirada recriminatoria por llegar tan tarde.

—No ha habido novedades en cuanto al estado de coma —le explicó Pedro—. La doctora que nos ha informado dice que eso no es una mala noticia. Dice que,

antes, hablaban de estado crítico y, ahora, de estado grave. Por lo visto, “grave” es menos grave que “crítico”. Eso es lo que he entendido, Isidro.

— ¿No podemos verla? —preguntó, esperanzado.

—Sí, podrás verla solo un momento. Nosotros ya lo hemos hecho. Te vas a llevar una fuerte impresión, porque está toda intubada. Ahora están con ella, creo que le van a cambiar una de las botellas de suero, o algo así. Enseguida podrás entrar.

La entrada a la habitación de la UCI, donde descansaba Marlene, fue, a la vez, gratificante y deprimente. Entró preparado para todo, y verla con respiración asistida, llena de mangueras y cables con ventosas en la piel, no fue tan duro como había pensado. Lo peor era la rigidez extrema de su cuerpo, la posición de la cabeza (tensada hacia atrás por la acción de un collarín, que rodeaba su cuello) y los ojos cerrados. Eternamente cerrados.

—Vas a salir de esta —le susurró al oído, agotando las pocas probabilidades de que le escuchase.

Isidro se acercó al regazo de su mujer, se inclinó y acercó su boca a la mano izquierda de ella. Entonces, dio un beso en las yemas de cada uno de los tres dedos centrales de dicha mano. Era esa una costumbre cariñosa y familiar que repetía cada mañana, al despertarse junto a ella. Pronunció las mágicas y rutinarias palabras de aquel acto:

—Donde se proyecten tus sueños, allí llegaré.

Pero ella no le contestó “y yo allí te esperaré” para cerrar el ritual. Él se echó a llorar, desconsoladamente.

**

Igual que la distribución gamma, la nueva vida de Isidro modelizaba variables que describían el tiempo transcurrido hasta que ocurren “r” sucesos raros; solo que, en Estadística, son “r” sucesos raros iguales, mientras que en las vivencias de Isidro eran muchos y diferentes. Relacionados, eso sí, pero diferentes. Entre el primero y el último de estos extraños sucesos, es

decir, entre la recepción de la carta (el miércoles 3 de noviembre, en el municipio de Arona) y el atropello de Marlene (la noche del

23 de diciembre), ese tiempo transcurrido era exactamente de 50 días. Hacía unos meses, navegando por Internet, el profesor había leído (en <http://www.abc.es/20100915/ciencia/come-taexplotacada-dias-201009151603.html>) que se había descubierto un cometa entre Júpiter y Saturno que estallaba cada 50 días. Así se sentía Isidro, como si, en menos de dos meses, un cometa le hubiese truncado dos veces la vida.

**

Los cuatro familiares pasaron el resto del día en el centro hospitalario. Nadie quería irse a casa; la Nochebuena la compartirían con ella, por lo menos, físicamente. Almorzaron juntos en la cafetería del edificio y hubo un cierto acercamiento afectivo, motivado por las circunstancias, entre Isidro y los padres de Marlene. El profesor no pensaba en Julio, ni en Luis, ni en Salka. Ya habría tiempo para eso. Ahora tenía que estar allí, consolando a los padres de Marlene, a su hermano y a sí mismo.

Tras el almuerzo, echaron varias cabezadas, continuamente interrumpidas, en la sala que tan malos recuerdos le traía al profesor de Estadística. Isidro recibió, durante todo el día, varias llamadas de su familia carnal, desde La Palma, y de diferentes amigos y compañeros de trabajo. También llamaron, varias veces, a Pedro y a sus padres.

Durante la tarde comenzó la procesión de visitas. Realmente eran visitas a la familia, porque a Marlene no podían molestarla. Isidro opinaba que la gente no tenía consideración alguna al seguir aquellas arcaicas costumbres sociales. ¿No se daban cuenta de que el día siguiente a una desgracia los seres más próximos a la víctima no necesitan consuelo, porque no sirve de nada, sino descanso?

Definitivamente, tuvieron que olvidarse de las anhelantes cabezadas. Por la noche cenaron en silencio unos bocadillos. Era Nochebuena, pero no había nada que celebrar. En la cafetería había algunos grupos de personal sanitario, familiares, incluso pacientes, deseándose una Feliz Navidad. Casi todos sonreían, pero sin excesos; todos allí tenían el suficiente tacto, adquirido con la experiencia que te da la estancia en un hospital, como para no contraponer cruelmente su coyuntural alegría a la pena y desgracia de otros. Y esos otros, ahora mismo, eran Antonia, Arturo, Pedro e Isidro. Entretenido en la observación de aquellos rostros anónimos, el profesor toleró mejor el vomitivo bocadillo de pollo que le habían servido.

Los días siguientes transcurrieron prácticamente igual, sin novedad en la evolución del estado de coma. Las únicas noticias esperanzadoras, derivadas de los resultados radiológicos, hablaban de que, si salía del coma, era muy probable que, finalmente, Marlene no necesitara una silla de ruedas para el resto de sus días. Tendría que someterse a una rehabilitación muy rigurosa, intensiva y bastante lenta. Armarse de paciencia era la clave, habían dicho. Además, le habían quitado el collarín de su cuello.

La tarde del lunes 27 de diciembre recibió una visita entrañable. Se trataba de Dora, la portera del edificio donde habían residido, en Arona. Aquella mujer de extraños rasgos faciales, ahora parecía un ángel, ante los conformistas y agradecidos ojos del profesor.

—Hola, Dora —dijo, dándole un beso. No sabía cómo se había enterado de la noticia pero, en un lugar limitado geográficamente por el mar, estas vuelan—. Gracias por venir.

—Hola, cielo. ¿Cómo lo llevas? —preguntó, cariñosamente, Dora.

Estuvieron recordando con nostalgia los viejos tiempos. Dora se acercó un par de minutos a la habitación donde estaba Marlene y, luego, regresó llorando a la sala.

—Espero que estés rezando mucho por ella. Yo lo hago desde que me enteré de lo ocurrido. Tenemos que ayudarla entre todos.

—Te lo agradezco, Dora, aunque yo no soy creyente, y no creo que rezar sirva de mucho. Soy profesor de Estadística, y creo más en el azar.

—No deberías hablar así, porque podrías recibir un terrible castigo. El de arriba es todopoderoso y te estará oyendo.

—Lo siento, Dora, pero tengo mis propias ideas. Si quieres, te expongo mi teoría. Yo la denomino “teoría de Sancho Aranda”.

No quería acribillarla con sus crueles argumentos estadísticos que, según él, eran inapelables. Dora no lo merecía. Pero ella no era, precisamente, una mujer descerebrada. La tenía por una persona de aguda inteligencia, que habría podido llegar más lejos en la vida si se lo hubiera propuesto o las circunstancias le hubiesen sido más favorables. Por eso, consideraba un deber aplicarle un poco de lógica a la siempre bullente mente de Dora. De su lógica. Y es que Isidro tenía la indeseable e indecente costumbre de adoctrinar en el ateísmo a cualquier creyente.

Sancho Aranda era un genio de la magia, básicamente de cartomagia. Su popularidad actual se debía, en gran parte, a sus dotes para entretener a la vez que “ilusionaba”, aplicando un sentido del humor bastante irónico y afilado. Trabajaba semanalmente en un programa de televisión, líder de audiencia en su franja horaria, y ello contribuía a mantenerlo en el candelero. En sus números, siempre vestía un escandaloso bañador femenino de competición, de poliéster y lycra. En cada espectáculo utilizaba uno de un color diferente.

— ¿Sancho Aranda? ¿El ilusionista? ¿Crees que

Jesucristo es una ilusión? —preguntó Dora, confundida.

—Algo así. Bueno, más bien un ilusionista. Yo digo que si “soltáramos” a Sancho Aranda en aquellos tiempos, digamos... unos años después de la muerte de Jesucristo, o incluso como coetáneo suyo, la historia podría haber cambiado. Sancho Aranda aterrizaría entre aquellas primitivas y supersticiosas mentes, y haría estragos. Empezaría a sacar conejos de la chistera, aunque no lleve chistera, marearía a todos mezclando cartas de su baraja, sacando ases por aquí, reyes por allá... ¡Los dejaría boquiabiertos!

—Supongo que ya sé a dónde quieres ir a parar. Pero la gente no era tan primitiva como piensas.

—Lo que yo pienso es que el estupor sería tan grande, que los hechos traerían consecuencias decisivas para la humanidad. Soltar un tres de corazones boca abajo sobre la mesa, levantarlo, y verlo convertido en un siete¹ de picas, superaría a la conversión o multiplicación (no sé qué era, ni me importa) de panes y peces.

—Y eso ¿qué tiene que ver con mis creencias?

—Pues que, si las cosas hubiesen ocurrido así, creo que se habría escrito una Biblia sobre la vida de Sancho Aranda, y no sobre Jesús de Nazaret. Y entonces, cuando entrases en una iglesia, en vez de a Jesucristo, te encontrarías a Sancho Aranda crucificado con un bañador de mujer y, lo que es más curioso, ¡ni siquiera te parecería grotesco! Y luego vendrían los milagros; las apariciones de Sancho Aranda. Gente afirmando, con los brazos extendidos en oración: “Se me ha aparecido Sancho Aranda con bañador de color púrpurapasión, con el pelo mojado, como si acabara de hacerse unos largos”.

—Creo que estás blasfemando, Isidro. Lo que dices, solo puede entenderse por el mal trago que estás pasando

—trató de justificar aquella buena mujer.

—No solo por este mal trago mío. La vida es una broma pesada; es injusta y absurda, en general. Podría hablarte de una norteafricana que conocí hace tiempo, cuyo único delito en este mundo fue haber nacido en el sitio equivocado. Trató de abrirse paso en el paraíso de las oportunidades, y allí, solo encontró desprecio y una inflexible oposición a su intento de ocupar un insignificante hueco que nadie más pretendía. Tal vez Salka haya muerto tras una agonía emocional tan grande como las que cuenta la Biblia. —Isidro hablaba casi para sí mismo.

— ¿Has dicho Salka? Yo también conocí a una Salka. ¿No te referirás a la morenita que vivió en Arona, hace unos quince años? —preguntó Dora.

El profesor volvió a acelerarse ante aquella pregunta.

¡Dora había conocido a Salka! No se le había ocurrido antes. Estaba tratando de investigar sobre ella en el ámbito universitario, pero no en el lugar donde vivía. Y él sabía que había sido vecina suya; por lo menos, cogía el autobús en la parada más próxima al edificio donde él había residido y donde seguía trabajando Dora.

— ¿Tú la conocías, Dora?

—Si hablamos de la misma persona, sí. Era vecina mía. Sabes que yo vivo a un par de calles del trabajo. Ella estaba en un piso alquilado, en el tercero B, y nosotras vivíamos en el tercero D. O sea, la puerta de enfrente.

Al decir “nosotras”, Isidro recordó que Dora vivía con su hija, Gloria, a quien Marlene e Isidro habían invitado a su casa a tomar café, más de una vez, cuando la veían a la entrada del edificio, esperando a que su madre terminara el turno. La portera nunca se casó ni emparejó

con el padre de Gloria, ni con ninguna otra persona. Gloria era una joven que estudiaba, entonces, Medicina. Cuando Marlene y él estuvieron en Arona, en noviembre, Dora les había dicho que Gloria había dejado los estudios, y ahora trabajaba en una peluquería en Los Cristianos, zona turística y costera de Arona.

— ¿Qué recuerdas de Salka? ¿Sabes si tenía algún problema? Me gustaría saber cuándo se fue de Tenerife

—preguntó esperanzado.

—La verdad es que hace tanto tiempo que no recuerdo mucho. Sé que pasó algo gordo, pero en aquella época pasé mucho tiempo ingresada en el hospital; y cuando no estaba ingresada, tenía que ir y volver continuamente. Mi cabeza estaba en otro lado, encerrada en mis problemas. Pero recuerdo oír cosas sobre Salka. No te puedo concretar.

Isidro sabía a qué se estaba refiriendo. Recordaba que, cuando ellos vivían en Arona, hubo una época en que Dora estuvo de baja porque le habían extirpado un tumor. Creía recordar que se trataba de un cáncer de1 mama, pero no estaba seguro del todo y no quiso abordar ese tema.

—Supongo, Dora, que sabrás de alguien en tu edificio, o que conociera a Salka, que pueda ampliarme esa información. Te resultará extraño mi interés, pero fue alumna mía y, en la Facultad, queremos saber qué fue de ella. —Era la enésima trola de Isidro, a quien, cualquiera lo diría, no le gustaba mentir. Pero aquel era un peligroso juego que tenía que jugar él solo. No iba a involucrar a nadie más.

—Claro, tengo a la persona más indicada. Salka y ella se reunían casi todas las noches en su apartamento y se contaban sus secretos. Eran buenas amigas.

— ¿Puedes ponerme en contacto con esa persona?

—el profesor estaba, ahora, realmente emocionado—.

¿Dejarme su teléfono, por ejemplo?

—No creo que haga falta. Le diré que venga aquí a hablar contigo y, así, podrá rezar también por Marlene.

— ¿De quién estás hablando?

—De mi hija. De Gloria.

Era el momento de ponerse las pilas. Allí, sentado todo el día, no era útil a ningún objetivo. Marlene no iba a recobrar la conciencia por el hecho de estar o dejar de estar él en el hospital. Tenía que retomar el asunto de la carta; la pista que le brindaba Dora lo había entusiasmado. Trató de recapacitar y ordenar la información.

Le faltaba una palabra en el crucigrama, “el eslabón más débil”. Había tres nombres: Edu, Germán y Amanca.

¿Quién era Edu, si no era alumno? No sabía el papel que jugaba Mauro en todo esto, pero sospechaba que él y Salka habían tenido una relación. Todo esto era lo que se derivaba de la carta de Salka.

Pero había otros parámetros misteriosos que no sabía cómo encajarlos. Básicamente, las reacciones de los1 compañeros de promoción de Salka. Por un lado, Javi, el “morboso” profesor de Economía de la Salud. Se había mostrado bastante evasivo cuando Isidro lo había interrogado. Dio a entender algo así como que Salka fue acosada porque se lo merecía. Luego estaba Sara, la mujer de Luis, pero su extraño comportamiento tenía que ver con el engaño de su marido, y no con el asunto de Salka. En principio, quedaba descartada del enigma. También había hablado con Rosa, la fanática creyente, con quien él no se había comportado correctamente. Y, sin embargo, era la persona que más información había aportado a Isidro; paradojas de la vida.

Dejó para el final, intencionadamente, un nombre. Realmente, dos nombres. Iba a empezar por ahí. El desquiciado Luis Figueruela. La única persona (a excepción de Marlene) a la que había hablado directamente de la carta, de Edu y de Germán. La única persona que había advertido y amenazado a Isidro. La única persona que pudo contratar a un sicario llamado Julio para amedrentarlo o quitarlo de en medio, arrancando de su lado lo que más quería en este mundo: Marlene. Figueruela no era, desde luego, el eslabón más débil de la cadena.